

amanda adams



*EL*  
**SOLTERO**

LOS HERMANOS WALKER, LIBRO 1

# EL SOLTERO

Los hermanos Walker, Libro 1

AMANDA ADAMS

## ÍNDICE

[Acerca de El Soltero](#)

[Derechos de autor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[Libros por Amanda Adams](#)

[Biografía](#)

[Libros por Amanda Adams \(English\)](#)

## ACERCA DE EL SOLTERO

**A**lgunos sueños son difíciles de matar.  
Cuando Chance Walker era un niño, soñaba con ser muchas cosas.

UN BOMBERO.

Un astronauta.

Un dios del rock and roll.

LÁSTIMA QUE NUNCA APRENDIÓ A TOCAR LA guitarra.

Lástima que se entregó a la edad adulta y fue a la escuela de Derecho en lugar de a la de Rock.

Lástima que la mujer más hermosa que haya visto en su vida no quiera tener nada que ver con él.

Ella tiene secretos.

Grandes secretos.

Y si él cree que un beso va a sacudir su mundo... bueno...

TAL VEZ TENGA RAZÓN.

Y tal vez ella pueda ser mucho más de lo que él esperaba.

¡UN CLIC AHORA!

## DERECHOS DE AUTOR

Derechos de autor 2018 Amanda Adams

El Soltero:

Los hermanos Walker, libro 1

Diseño de portada - Derechos de autor 2016 ebook indie covers

Todos los derechos reservados.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personas, lugares y eventos son completamente producto de la imaginación del autor o usados ficticiamente. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es una mera coincidencia.

## PRÓLOGO

**C**hance Walker deslizó su dedo bajo el cuello almidonado de su camisa e intentó aflojar la corbata que amenazaba con estrangularlo. No se bajó del auto, se quedó sentado allí como un tonto, tratando de armarse de valor. Miraba los pequeños cúmulos de nieve que se alineaban en ambos lados del camino de entrada. Témpanos de hielo colgaban del techo de la casa y una cálida nube de aire blanco flotaba desde algún lugar del techo.

Miró a la puerta principal durante cinco minutos sin moverse. No había nada en este mundo que quisiera menos que entrar en esa casa, sentarse en la mesa de la cocina de la Sra. Klasky y escuchar a su esposo leer el testamento de su madre.

—¡Maldita sea! —Chance golpeó sus manos contra el volante y decidió que era hora de dejar de ser tan cobarde. Su madre estaba muerta. Perder a un ser querido es algo que le pasa a la gente todo el tiempo. Lo superaría. ¿Verdad? Eventualmente, el sudor de sus manos y la aceleración apanicada de su corazón se detendrían.

Con un suspiro salió del auto y buscó su chaqueta azul marino en el asiento trasero. Sólo iba a sentarse en una habitación con sus hermanos y un abogado, pero había aprendido de la manera difícil, hace mucho tiempo, a ir a cualquier reunión legal preparado para la batalla. Algunos instintos difícilmente mueren.

Cerró la puerta del auto de un golpe y subió por la entrada, pasando junto a un gran camión blanco, un deportivo de color rojo cereza y el Jeep de veinte años que conducía su hermano Derek cuando el tiempo lo obligaba a aparcar

su Ducati Monster negra personalizada. El elegante Mercedes deportivo negro de Chance parecía el único auto de un adulto estacionado frente a la casa de ladrillo de dos pisos y con cien años de antigüedad. Y tenía que agradecerse a su madre. Le había dejado a sus hijos una póliza de seguro de vida muy grande. Según Chance, el auto nuevo había sido su último regalo para él.

No era sorpresa que Klasky, el abogado de su madre, tuviera una camioneta o una minivan estacionada en el garaje. Los Klasky tenían ocho nietos y siempre jugaban a ser los choferes de al menos dos o tres de los más pequeños. Chance los veía por la ciudad cada vez que volvía para visitar a su madre, cosa que nunca era suficiente.

Llamó al timbre y esperó. Unos segundos más tarde, la Sra. Klasky abrió la puerta. Llevaba puestos un par de pantalones azul marino y un suéter de gran tamaño de color crema. Debía tener al menos setenta años, pero parecía diez años más joven.

—Oh, querido, estás aquí. —Ella lo empujó hacia dentro y cerró la puerta suavemente tras él—. Siento mucho lo de tu madre, cariño.

—Gracias. —¿Qué se suponía que contestara a eso? Nadie sabía qué decir cuando alguien moría. Se sentía terrible. Dolía mucho. Y no había una buena manera de expresar ninguna de esas emociones, entonces decidió enterrar su cabeza en asuntos del trabajo y no hablar de ello. Cuando la Sra. Klasky se quedó allí de pie, frotándose las manos de manera nerviosa, indicio de que estaba pensando en abrazarlo, se despejó la garganta y dio un paso atrás—. ¿Dónde están todos?

—Oh, lo siento mucho. Pasa. Pasa. Están en la cocina.

Genial. Exactamente como él esperaba.

Caminó por el pasillo lleno de fotografías, algunas viejas, otras nuevas. No conocía ninguno de aquellos rostros. Tenía las manos apretadas en puños dentro de los bolsillos de la chaqueta. No quería estar allí. No quería hablar de esto. Ni hoy, ni nunca.

—Chance. —Su hermano, Derek, se levantó de su asiento al final de la mesa y se acercó para abrazarlo. Derek olía a asfalto, aceite de motor y menta. Había dejado de mascar tabaco hace unos años, pero lo reemplazó con un hábito de mascar chicle que mantendría a las compañías de chicles en el negocio sin ayuda. Nunca salía de casa sin un paquete de hierbabuena bien

guardado en uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero negra.

—Hola, perdedor. —Después del abrazo rápido, Chance le dio una palmadita en el hombro a Derek y se sorprendió un poco al ver a sus otros dos hermanos, Jake y Mitchell, en fila para abrazarlo también.

Derek no le respondió con la misma calidez, ni siquiera con un puñetazo en el estómago. «¿Qué demonios estaba pasando? ¿Mamá muere y todos nos convertimos en tontos?», pensó Chance.

—Tarde a la fiesta, como siempre. —Jake lo tomó y lo levantó del suelo. Chance medía poco menos de 1.80 m, la misma altura que sus dos razonables hermanos. Pero el más joven, Jake, era cuatro pulgadas más alto y cincuenta libras más pesado que el resto de ellos. Llevaba la camisa de cuadros de siempre, Wranglers y botas de vaquero que convertían sus seis-cuatro en seis-seis.

—Y tú aún hueles a hamburguesas de vaca y fardos de heno. —Jake era grande, rubio, de ojos azules y más guapo que los demás. Así que, por supuesto, le habían dicho que era adoptado. Él les había creído hasta los cinco años, cuando su madre le reveló la verdad a su hijo menor.

Todos fueron adoptados.

—Amor fuerte, hermano. Pero hueles como si te hubiera limpiado el culo un asistente de baño con una toallita húmeda perfumada. ¿Te estás convirtiendo en uno de esos chicos metrosexuales de la ciudad? —Jake lo echó para atrás y Mitchell ocupó su lugar. De todos sus hermanos, Mitchell era el único que pasaba más tiempo en la ciudad que Chance.

—No, hombre. Ese sería yo. —Mitchell sonrió y tomó a Chance por los hombros. Le dio un apretón, pero se quedó ahí parado. Mitchell vivía en la ciudad ahora, pero corría hacia las montañas cada vez que podía. Diablos, su hermano le envió fotos colgando del costado de una pared de roca en un saco de dormir, a unos 30 metros de altura por el lado de un acantilado. Mitchell era cirujano y vivía para la adrenalina de la sala de emergencias. Las heridas de bala sangrientas y los apuñalamientos hacían a su hermano más feliz que el flujo constante de enfermeras con las que siempre salía.

Chance sólo sonreía. Era el único hombre de traje en la habitación. Incluso el Sr. Klasky, el abogado de ochenta años de su madre, llevaba caquis y una camiseta de golf.

El Sr. Tenso. Así lo llamaban, y mirando alrededor de la habitación, el nombre encajaba.

—Ahora que están todos aquí, podemos empezar. —El Sr. Klasky sacó un pequeño televisor con el viejo combo de VCR. La pantalla era sólo de unas diecinueve pulgadas, y tan vieja que Chance no estaba seguro de si tendría imagen a color.

Jake se echó en una de las sillas y Mitchell lo dejó ir para volver a su asiento. Chance se sentó en la mesa de la cocina y volvió a tirar de su corbata. Maldición, hacía calor aquí.

Todos ellos agradecieron respetuosamente a la Sra. Klasky mientras les servía limonada y una bandeja de galletas con chispas de chocolate, tal como lo había estado haciendo desde que estaban en la escuela primaria.

Cuando se acomodó contra la pared, Jake le ofreció su asiento, pero ella amablemente se negó.

—Chicos, van a querer sentarse para esto —dijo ella.

Sus hermanos parecían tan confundidos como él. Como el abogado de la mesa, todos lo miraron para hablar de leyes con su anfitrión.

—Con el debido respeto, Sr. Klasky, la propiedad de mi madre se repartió hace meses, cuando se enfermó por primera vez.

—Sí. Sí. Lo sé. —El hombre mayor se inclinó, buscando un enchufe en la pared para poder conectar aquel dinosaurio de televisor.

—¿Entonces por qué estamos aquí? —Chance miró desde el Sr. Klasky, quien finalmente había encontrado una toma de corriente y le estaba clavando las clavijas eléctricas, hasta su esposa, que lo miró con una ceja levantada—. Señor —añadió.

Satisfecho, el Sr. Klasky se puso de pie y se frotó las manos como un colegial entusiasmado.

—Bueno, muchachos. Le prometí a su mamá que los reuniría a todos hoy, seis semanas después de su muerte, que en paz descansa.

—¿Pero por qué? Ya todo ha sido arreglado.

—No todo. —La Sra. Klasky sacó cuatro sobres del bolsillo de su

delantal. Cada uno lucía como si tuviera una tarjeta de cumpleaños de gran tamaño. Se acercó a la mesa y le dio una a cada uno de ellos—. No abran esto todavía. Tienen que ver el video primero.

Chance miró fijamente el sobre verde pálido que tenía en la mano y le dolió el corazón. Ahí estaba su nombre, escrito con letra gruesa en el frente de la tarjeta con la letra de su madre. Levantó la vista para ver las tarjetas de sus hermanos. Seguramente su madre había escrito sus nombres en cada sobre antes de morir.

—Santo cielo. —Jake se reclinó en su asiento y comenzó a golpear su sombrero de vaquero contra su rodilla, una señal segura de que estaba agitado.

El Sr. Klasky introdujo una vieja cinta VHS en el reproductor y la pantalla borrosa se volvió negra durante unos segundos. Escuchó el zumbido de la cinta mientras se reproducía y negó con la cabeza. ¿Hace cuánto que su madre había hecho esa cinta? ¿Veinte años?

Y allí estaba ella, joven y sana. Sí, probablemente hace quince años. Tendría unos doce años cuando ella hizo este video. Recordó esa cara. Esa sonrisa.

Dios, dolía verla. Pero el verdadero golpe en el estómago llegó cuando su voz resonó por la pequeña cocina.

*«Hola, mis preciosos niños. Voy a hacer esta cinta y se la daré al Sr. Klasky por si me pasa algo. No planeo ir a ninguna parte, pero si lo hago, quiero que sepan que los amé más que a nada y siempre me sentí orgullosa, todos los días, de ser su madre».*

Jake se sonó la nariz y apartó la mirada. Chance no se molestó. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó la mejilla. ¿Cuándo iba a dejar de doler tanto? Intentó con todos los consejos de los gurús que escuchó. Trata de estar agradecido por el tiempo que compartiste con ella. Concéntrate sólo en los buenos recuerdos. Recuerda cuánto los amaba. Bla, bla, bla, bla. Un sinfín de consejos de personas que intentan ayudar. Nada ayudó. Tenía un agujero en el pecho y nada iba a llenarlo.

*«Ustedes saben lo mucho que siempre los incentivé para que siguieran a sus propios corazones. Sigán sus sueños, les digo. Bueno, he estado pensando mucho en esto el año pasado. Derek tiene catorce años ahora, y veo que ya está sucediendo.*

*La vida se va a apoderar de ustedes y los va a despojar de sus sueños. Lo sé. El mundo real es duro e implacable. Los chicos ya no apuestan por sus sueños. Tienen que ser hombres. El mundo va a esperar de ustedes que sean duros. Y sé que pueden ser duros como un clavo. Todos ustedes. Sé de dónde vienen. Nacieron en un mundo duro. Traté de mostrarles una vida diferente, pero tengo miedo. Temo a que crezcan y olviden quiénes son realmente. No quiero que olviden sus sueños.*

*Así que hice algo un poco loco. Tal vez lo recuerden, tal vez no, pero en mi cumpleaños hace unos años les pedí a cada uno de ustedes que escribieran una tarjeta muy especial...»*

Chance la carta que tenía en la mano mientras un recuerdo se agitaba, un recuerdo de hace mucho tiempo. Una tarjeta con su superhéroe favorito en el frente. Un sobre verde a juego.

De ninguna manera.

La risa de su madre lo golpeó y él levantó la cabeza para ver sus ojos y su sonrisa brillantes una vez más. Era la mujer más hermosa que había visto. Siempre lo sería, por dentro y por fuera. Incluso calva y enferma, ella había sido hermosa para él. Verla así, joven, sana y riendo. Se sintió como si fuera un niño otra vez.

*«Le voy a pedir al Sr. Klasky que guarde estas tarjetas por un tiempo. Algún día moriré. Tal vez tenga noventa años, tal vez no, pero si me voy y necesitan que se los recuerde, él les recordará quiénes son realmente».*

Se puso serio y se inclinó hacia adelante hasta que su cara llenó toda la pantalla.

*«Los amo. A todos y cada uno de ustedes. Y cada uno de ustedes me hizo una promesa años atrás. Y muerta o no, espero que la mantengan».*

Luego se volvió a reír. *«Muerta o no. ¿Qué les parece eso? Los amo. No olviden para qué nacieron. Abran sus tarjetas ahora. Léanlas. Y sobre todo, recuerden por qué las escribieron. Cumplan su promesa. Los amo, y saben que los estaré observando».*

Chance miró el papel seco y el borde amarillento que corría a lo largo del sello de su sobre. Sabía lo que encontraría al abrir la tarjeta... una imagen gruñona de El Increíble Hulk en el frente de la tarjeta. Su enmarañada

escritura de cuarto grado por dentro. Se acordó de aquel día, y de su madre riendo con él mientras escribía línea tras línea...

Demonios, estaba tan jodido.

**E**rin Michaelson vio al Sr. de Traje y Corbata en cuanto entró a la tienda. Alto, en forma y con buena apariencia, su traje azul oscuro moldeaba sus anchos hombros a la perfección. Su cabello castaño ondulado parecía tan suave que sus dedos se torcieron por una encimera de cristal.

Sus ojos eran cálidos y bien enfocados dondequiera que mirase. El color marrón chocolate profundo de sus ojos estaba perfectamente enmarcado por unas pestañas más largas que las de ella, lo que no era justo.

Inclinada sobre el mostrador para ver más de cerca, derribó el contenedor de lápices en la caja registradora con un fuerte estruendo. Bolígrafos, lápices y sujetapapeles salieron volando sobre el vidrio, haciendo un fuerte ruido que llamó su atención.

Mierda. Ahí viene.

Los nervios se le aceleraron y se apresuró a recoger los bolígrafos, pero su condenada presencia hizo temblar sus dedos y se le cayó la mitad de ellos. ¿Qué pasaba con eso?

—Déjame ayudarte. —Ahora estaba cerca, tan cerca que ella podía oler su picante colonia, como una mezcla de chocolate negro y canela. Su olor invadió su sistema y la hizo imaginar que lo mordisqueaba. En todas partes. Parecía un par de años mayor que ella y su dedo anular estaba desnudo, aunque no era como que ella estuviera mirando. No. Ella tenía la loca urgencia de enterrar su nariz contra su cuello para ver si olía igual de bien de cerca.

En unos cinco segundos limpió todo el desorden y se puso de pie, mirando la boca de Erin con ojos oscuros y melancólicos. Ella habría donado un litro de sangre en ese mismo momento para saber lo que él estaba pensando, porque parecía que podría estar, posiblemente, podría ser, tal vez, pensando en besarla, lo que la hizo pensar en devolverle el beso. Sin pensarlo, se mojó los labios lentamente, preguntándose si se daría cuenta.

Él no se movió, y ella empezó a sentirse como un pájaro enjaulado detrás del mostrador.

—Emm, gracias. Por ayudar.

—Claro. —Él sonrió y la miró a los ojos. Ella deseaba que no lo hubiera hecho porque su corazón latía con fuerza y se sentía como si un auto estuviera rugiendo en su pecho.

Como ella permaneció tan congelada como una escultura de hielo, él asintió rápidamente y deambuló hacia atrás, hacia las guitarras donde Samantha parecía demasiado ansiosa por ayudarlo a seleccionar una guitarra.

«Genial. Chica rara y perdedora ve a chico atractivo y se congela una vez más», pensó. ¿Por qué siempre se asustaba y perdía los nervios? ¿Por qué no podía ser más como su alter ego en el escenario? Esa perra era salvaje y valiente, un completo animal en el escenario.

Su alter ego saltaría sobre el mostrador y lo seguiría, pero las mariposas en su estómago la mantenían de su lado del mostrador. Además, su camiseta deshilachada de la banda de rock, sus pantalones de mezclilla andrajosos, su cola de caballo y su cara descubierta eran un muy fuerte repelente de hombres. Ella realmente necesitaba mantener la cabeza recta, no distraerse por un sueño andante.

Bajó la mirada a la canción que estaba escribiendo. Sip. Lo más inteligente que pudo hacer fue dejar que Samantha se acercara al chico guapo. Samantha era hermosa, burbujeante y estaba vestida con un adorable suéter y *leggings*. Mientras que Sam nunca conocía desconocidos y podía hablar con cualquiera, Erin sabía que se le veía tranquila e intensa en un buen día. Sam era fuego y Erin hielo. La banda de Erin, Fourth Strike, había practicado hasta las dos de la madrugada, y ella tenía que estar trabajando en la tienda de música a las ocho. Apenas había tenido tiempo de ducharse, mucho menos de ponerse lápiz labial y perfume.

Su cliente solitario se tomó su tiempo con las guitarras, tocando muchas de ellas con sus manos largas y delgadas. Pasó las yemas de sus dedos por los lados lisos y los bordes ásperos suavemente, exploró las guitarras como lo haría un amante. El estudio y la atención completa que le dio a los instrumentos la hizo retorcer. Su reverencia por las guitarras se manifestó en el suave deslizamiento de sus dedos y la mirada serena de su rostro, y ella no pudo evitar que su imaginación reemplazara las seis cuerdas que tenía bajo sus manos por las suaves inclinaciones y curvas de su propia carne desnuda.

Dios, qué patética. Si él la excitaba tan sólo estando parado ahí en la tienda, sería mortal para sus sentidos si realmente empezara a tocar. ¿Podía tocar? La forma en la que envolvió sus manos alrededor del instrumento la hizo pensar que sí podía. El pensamiento lo hizo subir aún más en la escala de lo sexy.

Sacudiendo la cabeza para despejarla, se obligó a mirar hacia otro lado. Había crecido pobre, pero había visto a los de su tipo bastante a menudo. Ropa fina. Hoyuelo en la barbilla. Hombros anchos y una forma de erguirse que gritaba confianza.

Tipos como él habían hecho algo de sí mismos. Parecía un corredor de bolsa o un banquero, alguien cómodo jugando con el dinero y la vida de la gente. No quería enredarse con ese tipo de hombres. Un hombre así podría hacerle doler el corazón y mojarle las bragas al mismo tiempo. Totalmente peligroso y fuera de su alcance. Podía hacerla querer cosas que ella no tenía por qué querer. Un tipo así le rompería el corazón en un millón de pedacitos.

Su voz se inclinó hacia ella en el mostrador y ella cerró los ojos. Por supuesto que su voz sería suave y profunda, el tipo de voz que hacía que todo su cuerpo estuviera ansioso por arrancarle la ropa y rogarle que le hablara sucio. Dios, su mente estaba en la alcantarilla. Ella trató de no escuchar mientras él hablaba con Samantha sobre los diferentes modelos de guitarras que estaban montados en la pared.

Pasaron unos quince minutos y Erin hizo lo mejor que pudo para ignorar a Samantha y a aquel dios del sexo andante mientras recorrían toda la sección de guitarras. Se acercaron cada vez más a donde ella estaba inclinada sobre la vitrina de cristal junto a la caja registradora.

—Oye. Quiere la Gibson. —Samantha se acercó y puso la costosa guitarra

sobre el vidrio. Erin ni siquiera levantó la vista—. Va a necesitar un...

—Necesito un estuche. —Sus palabras se superpusieron a las de Erin y ella miró hacia arriba, llamando su atención cuando hablaron exactamente al mismo tiempo.

—Oh, cierto. —Samantha tomó del brazo al Sr. Hermoso y lo llevó a los estuches de guitarras. Regresó corriendo para tomar la guitarra que Erin sostenía—. Cierto. Lo siento. Hay que adaptar la guitarra a la caja.

Erin no respondió, sólo regresó a su batalla actual con la nueva letra de la canción de la banda. Su hermano, AJ, ya la había ayudado a pulir el riff de la guitarra y ella tenía una gran melodía martillada en el piano, pero, ¿las letras? Esa era generalmente su parte favorita del proceso. Hoy se le estaba ocurriendo un gran cero.

*POR qué no puedes ver*

*Por qué no puedo estar*

*Perdida en ti...*

No. Eso fue una basura total.

Borró las dos últimas líneas y volvió a empezar.

*POR qué no puedes ver*

*Por qué eres tan malo conmigo*

*Me haces sangrar...*

MIERDA. Terrible. Odiaba las letras quejumbrosas. Casi hizo un agujero en el papel con su goma de borrar esta vez. Más valía que empezara a garabatear en otra hoja de papel, porque esta tenía los acordes de guitarra y todas las notas de la melodía del piano escritas en clave de Sol. Si lo arruinaba, tendría que empezar de nuevo.

Hmmm.

*DICEN que debemos vivir y aprender*

*¿Pero todo lo que hacemos es lujuriar y querer? ¿Romper? ¿Chofer?*

Se echó a reír de su propio chiste y lo borró todo con frustración. La canción tenía posibilidades, pero su cerebro se quedó totalmente en blanco con las palabras, tal como lo había estado durante las últimas seis semanas. Una sequía total de canciones. Incluso AJ había empezado a preocuparse. Erin no sabía por qué no fluía nada. Se sentía agotada. Y cansada. Y no estaba segura de que a alguien le importara una mierda lo que ella escribiera.

Ella había escrito toda la música original que la banda tocaba, pero últimamente se sentía completamente sin inspiración. Nada había cambiado. No iban a ir a ninguna parte. Los contrataban para los mismos conciertos en los mismos bares noche tras noche, semana tras semana. Cada bar tenía sus clientes habituales. Sabía que cada martes por la noche en el bar The Red Crow tendría a las mismas doce personas borrachas escuchándola, y que ya habían estado allí la semana anterior.

Pero tal vez, sólo tal vez, finalmente habían conseguido un respiro. Le había enviado a AJ las buenas noticias hace una hora. Por fin habían conseguido un concierto para la semana siguiente en el Funk Club. Era un popular club de baile pop que frecuentemente albergaba a algunos de los nombres más prometedores de la música. Y la dueña, a quien había estado acechando durante semanas tratando de conseguir el concierto, le dijo que Wesley Shipton de Shipton Records había pedido verlos tocar.

¡Qué momento tan increíble! Casi se le cae el teléfono en el inodoro cuando recibió el mensaje.

Tocar para Shipton podría ser el respiro que necesitaban. Así que no le dijo a AJ ni a los demás quién a estar allí. Se volverían locos y harían algo estúpido, como aparecer drogados. O borrachos. O ambas cosas. La mayoría de las noches ella lograba controlarlos hasta que terminara el trabajo, pero este tipo de presión empujaba a AJ al límite.

No, el concierto del Club Funk la semana siguiente iba a ser perfecto. Suponiendo que pudiera ocurrírsele la letra de esta nueva canción. La banda

había practicado la música durante semanas, pero, ¿las letras? Aún no ha habido suerte. Nada. Zip. Nada. Su musa la había abandonado completamente. Con el sello discográfico ahí para verlos tocar, era un mal momento para que su musa se tomara unas vacaciones.

«Perra malvada», pensó.

Para colmo, su padre, después de veinte años, había decidido intentar ser un padre. Las últimas tres veces que ella lo había visto, él le había gritado a ella y a su hermano menor que conseguiran un trabajo real, una vida real. Una carrera.

Lo que realmente quería era un sueldo fijo y alguien que lo cuidara. Erin, a los veinticuatro años, tenía suficientes problemas cuidándose a sí misma.

Además, ella no quería un trabajo ‘real’ y la vida en el cubículo. Había ido a la universidad durante dos años y la odiaba. No le importaba el cálculo o la maldita historia del mundo. Ella quería cantar y tocar su guitarra. Ella quería un contrato discográfico, giras mundiales y hombres atractivos, como el que andaba por la tienda ahora mismo, lanzándose a sus pies y rogándole que los dejara besarlos. Pero si su musa no empezaba a comportarse, nada de eso iba a pasar.

—Jamás. —Tipos como él no iban a conciertos ni le rogaban nada a ninguna mujer. El calor corrió a través de ella al pensar en sus manos y boca sobre ella. No, ¿con un tipo como él?— Yo sería la que rogaría.

—¿Disculpa? —El Sr. Maravilloso estaba de pie frente a ella con un aspecto tan caliente que tuvo que obligarse a parpadear antes de responderle. ¿Realmente acababa de decir eso en voz alta? Mierda. El calor le subió por el cuello y sabía que su cara se estaba volviendo de un color carmesí vergonzoso.

—¿Qué? —«Brillante respuesta, Erin. Realmente inteligente», pensó.

—¿Qué? —Al parecer, había logrado confundir a ambos, porque él la miraba como si tuviera dos cabezas. Cuando su mirada se dirigió a las partituras que ella había esparcido por el cristal, se apresuró a apilarlas y a empujarlas fuera de la vista en el armario detrás de ella.

—¿Puedo ayudarle?

—Sí. —Levantó un estuche en perfectas condiciones sobre el mostrador

—. Tengo que pagar esto.

—De acuerdo. —Revisó la caja e introdujo la información en su registro sin levantar la tapa para comprobar que la guitarra ya estuviera dentro. Él la detuvo cuando ella le dijo el total.

—Pero ni siquiera miraste la guitarra.

—¿La Gibson, Les Paul?

—Sí.

—Sé cuánto es. Confía en mí. —Le había echado el ojo durante tres meses, desde que el dueño de la tienda la sacó de la caja. Tendría que ahorrar su dinero durante tres años para poder pagarla.

—Si no te importa, echaré un vistazo.

Ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—Adelante. —Ella levantó una ceja, pero no movió un dedo para ayudarlo. El contacto accidental debía evitarse a toda costa.

Él le dio la vuelta al estuche y ella trató muy, muy duro de no mirarle las manos. Se derretía ante un buen par de manos. Y por supuesto, de cerca, las suyas eran preciosas. Dedos largos y fuertes con puntas cuadradas y una palma grande y bonita que podría cubrir toda la parte posterior de su cabeza o de su seno...

Oh, no. Ella no iba a ir allí.

Demasiado tarde. Sus pezones se endurecieron dentro de su sostén y ella se inclinó un poco hacia adelante para asegurarse de que no fuera tan evidente y que no estuviera dándole un espectáculo.

Cielos. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba con un hombre? ¿Ocho meses? ¿Y por qué estaba pensando en esto ahora? Tenía por delante el mayor concierto de su vida. Necesitaba concentrarse...

—Vale. Tenías razón. Ten. —Sacó su tarjeta de crédito negra con esa mano sexy. Ella la tomó sin responder, pero notó cómo su mirada caía sobre su pecho.

Sus estúpidos pezones probablemente se veían durísimos. No se había puesto su sostén de fuerza industrial para ir a trabajar hoy. No. Llevaba uno de

esos delgados encajes y satenes que se veían sexys pero que no hacían mucho más. Ella había querido sentirse bonita esta mañana, así que se había puesto su ropa interior sexy debajo de sus pantalones de mezclilla y la camiseta que normalmente usaba en el trabajo. Pero el algodón delgado, apretado sobre satén, no iba a ocultar mucho.

Oh, bueno. Sólo otro día en la oficina.

Él firmó el recibo y ella le devolvió su copia y su tarjeta.

—Gracias por venir. Que tengas una buena tarde.

—Necesito inscribirme en clases. Estoy un poco oxidado.

Ella lo miró con ojos nuevos. Así que... ¿en realidad tocaba la guitarra?

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Siete años.

—Auch.

Él sonrió, y ella dejó de respirar. Ese nivel de sexy debería ser proscrito como totalmente injusto. ¿Y tenía un gran gusto para las guitarras? Si había un hombre perfecto en el mundo, ella estaba bastante segura de que lo estaba mirando ahora mismo.

—Muy bien. ¿Cómo es tu horario? ¿Estás libre los lunes por la noche? — Ella sacó el libro con el calendario de lecciones del estante detrás del mostrador y lo abrió hasta la semana siguiente. Había cuatro instructores de guitarra. Eddie sería probablemente la mejor opción. Cerca de la edad del tipo, Eddie era un excelente músico. Eddie Guitarra era el niño rico cliché que a los veinticinco años había pasado de rebelarse contra los planes de sus padres de que asistiera a la escuela de Leyes de Harvard, a simplemente rebelarse contra el status quo. Por supuesto, fue fácil para él ser un rebelde ya que sus padres todavía le pagaban el auto y el alquiler.

Bastardo con suerte.

—No.

—¿No, ¿qué? —Ella miró sus labios. Estaban llenos y parecían blandos. Besables. ¿Qué le había preguntado?

—No puedo el lunes.

—De acuerdo. ¿Qué tal los martes? —Ginny enseñaba los martes. Ginny podría manejar a este tipo. Estaba casada, tenía dos hijos y estaba totalmente enamorada de su marido. No habría problema.

—No.

Miró abajo hacia el libro, luego hacia arriba y sus miradas se encontraron.

—¿Miércoles? ¿Jueves?

—No y no.

—¿Cuándo exactamente estás libre, entonces? Porque los sábados están reservados, y nadie enseña los viernes por la noche.

—No estoy libre, nunca. Pero me prometí que encontraría el momento, así que tengo que trabajar en ello. ¿Tienes algo de 9 a 10 el domingo por la mañana?

—¿Hablas en serio?

—Desafortunadamente sí. —Un tenue matiz de color trepó sobre sus pómulos y ella lo miró, fascinada. ¿Se estaba sonrojando? El pensamiento la intrigó.

—Basta ya.

—Lo siento. —Quitó la guitarra del mostrador y la colocó sobre la alfombra a sus pies.

Erin negó con la cabeza, nerviosa.

—Tú no. Lo siento. Estaba hablando conmigo misma. —Sí, la cara del tipo se veía un poco rosada, y tiró del cuello de su camisa azul pálido y de su corbata roja. Y qué mala suerte, sus dedos deseaban alcanzarlo y desenvolverlo como un regalo de cumpleaños. Ella apostaba a que la piel de su cuello sabía tan bien como se veía.

—Lo siento. Sé que son horas extrañas. —Volvió a tirar de su corbata y se despejó la garganta—. Pero es todo lo que tengo disponible. Y Samantha también dijo que Aaron es el mejor profesor que tienes aquí, así que me gustaría una cita con él.

—¿Quieres a Erin, pero sólo el domingo por la mañana de 9 a 10? — Cerró el libro de lecciones y deslizó sus manos sobre la cubierta de cuero. Por

mucho que la idea de pasar una hora cada semana con él la tentaba, el sentido común prevaleció. Los domingos por la mañana eran duros. Los conciertos de los sábados por la noche solían durar hasta la una o las dos de la madrugada. Podría llegar a la tienda a las nueve, pero se vería y se sentiría como si la hubiera atropellado un camión—. Lo siento. Eso no va a funcionar. Te escribiré los números de un par de otras tiendas que dan clases.

Él se acercó y envolvió su mano alrededor de su muñeca cuando ella quitaba el libro del mostrador.

—Por favor. Estoy dispuesto a pagar extra por las horas no disponibles.

Su toque hizo que su piel se estremeciera y le quemó el sentido común. Las palabras «por favor», pronunciadas con esa voz suave y profunda, le hicieron cosas extrañas a su estómago. Se congeló y cerró los ojos para saborear la sensación mientras el calor de su toque se derretía a través de su lógica como un cuchillo caliente cortando mantequilla.

Ella se mantuvo completamente quieta bajo su tacto, temiendo que él se alejara si ella se movía, y aún no estaba lista para abandonar el contacto. Ella abrió los ojos y lo encontró mirándola. Su mirada vagó por su cara, permaneció en sus labios, y luego volvió a sus ojos cuando ella despejó su garganta.

—Normalmente no enseñamos los domingos. Nadie lo hace. ¿Tiene que ser domingo? —¿El único día de la semana en que podía quedarse en casa y dormir? ¿En serio? ¿El universo iba a ser así de cruel? Incluso en los raros fines de semana en los que arrastraba su arrepentido trasero a la iglesia, no iba al servicio temprano. El mediodía era lo suficientemente temprano.

—Sí. El domingo es el único día que me funciona.

—Bueno, normalmente son 50 dólares la hora.

—Cien por hora, si me anotas a los domingos por la mañana.

Ella debería decirle que su mítica profesora de guitarra era realmente ella, pero una parte de ella no quería. Quería ver cómo reaccionaría cuando entrara en la tienda el domingo por la mañana y la encontrara esperándolo. Y si ella estaba siendo totalmente, completamente, cien por ciento honesta consigo misma, y siendo veraz, al menos consigo misma, era muy importante para ella, ella quería esa hora a solas con él aunque estuviera cansada y no tuviera el

mejor semblante.

Ella se retorció la muñeca y él aflojó su agarre lo suficiente como para que ella pudiera zafar su mano de la grande y cálida mano de él.

Lo siento. —Parecía confundido y un poco avergonzado de haberla tomado.

—No hay problema. Déjame ver la sala de clases. Sólo un minuto.

Limpiándose la mano en el muslo en un débil intento de restregarse el efecto de él sobre ella, caminó por el pasillo corto hacia el estudio de clases. Podía sentir la mirada de él siguiéndola, y los pequeños pelos en su nuca se alzaron para llamar la atención, igual que sus pezones. Aliviada de estar fuera de su vista, entró en el estudio de clases donde Samantha estaba parada esperándola con una enorme sonrisa en su cara.

—Bueno, ¿preguntó por ti? ¿Como le dije que hiciera? Porque ustedes dos están destinados a estar juntos. Lo apruebo ahora mismo. Es sexy. —Samantha juntó los pulgares y los dedos para formar un corazón.

Erin puso los ojos en blanco.

—Esto no es animé, Sam. Esta es mi vida. Y no hay nada que envidiar. Él cree que Erin es un hombre. *Alguien* también le dijo que Erin es el mejor profesor de guitarra que tenemos. Así que supongo que preguntó por mí, si eso cuenta. —Erin frunció el ceño mientras Samantha se frotaba las manos con total alegría.

—¡Me debes una por esto! Le dije que preguntara por ti. Y es totalmente sexy.

—Ya dijiste eso.

—Lo sé. Deberías invitarlo a salir. Averigua si es bueno en la cama. —Samantha frotó sus manos sobre las curvas de su cuerpo, de arriba hacia abajo, como si Erin necesitara ayuda para que su cerebro fuera en esa dirección tan peligrosa.

—Voy a enseñarle a tocar la guitarra. Eso es todo.

—Eso no está nada bien. Eso arruinará mi genial plan. —Samantha caminó a su alrededor para asomarse por la puerta. Estaban escondidas en la sala de clases insonorizada y Samantha dejó que la cortina se cerrara de nuevo cuando

se dio la vuelta—. Es perfecto, Erin. Quiero una invitación para la boda.

—Estás perdiendo el contacto con la realidad.

—Ooooh, chica. Estás en problemas. Te gusta.

—No lo hagas.

—Lo quieres totalmente.

—No.

—Puedes cantarle en la cama. Apuesto a que eso lo haría ponerse muy, muy caliente. —Samantha rio.

—Estás loca.

—Bueno, él te quiere. ¿Viste cómo te miraba?

—¿Como algo que el gato arrastró? Me veo terrible.

Samantha regresó de la puerta y envolvió sus brazos alrededor de la cintura de Erin y apoyó su barbilla en su hombro.

—Eres hermosa, sexy y talentosa.

—Gracias, Sam. Pero a ese tipo de hombre le gustan las chicas ricas con ropa de diseñador, uñas de acrílico, tacones de cuatro pulgadas y bolsos de quinientos dólares. No una cantante con la cara descubierta que usa pantalones de mezclilla, con copas B en una camiseta rota.

—Date algo de crédito. Odio cuando hablas mierda de ti misma. ¿Por qué las mujeres hacen eso? Eres la amiga más increíble que tengo.

—Soy la única amiga que tienes. Facebook miente.

—Invítalo a salir.

Erin suspiró y abrazó a su amiga, quien tenía una piedra del tamaño de Texas en su mano izquierda y planes para una boda en junio del próximo año. Un compromiso de dieciocho meses no era exactamente lo que Erin hubiera querido, pero Sam estaba feliz, y eso era todo lo que importaba.

—No todos tienen un prometido sexy y una historia de ‘felices para siempre’, Sam. Tienes suerte.

Samantha rio pero apretó más fuerte.

—No fue suerte. Eso es lo que te estoy diciendo. No puedes conocer al hombre de tus sueños si te niegas a salir. Invítalo. A. Salir.

—De ninguna manera. Probablemente sólo sale con modelos de Victoria's Secret.

—Como sea. Me rindo. Eres testaruda.

—Lo sé.

—¿Vas a enseñarle a tocar o no?

—Sí. Lo hare. —Erin sonrió.

Erin se dirigió de regreso hacia el mostrador y sonrió. Cien más a la semana iban a comprarle esa *laptop* nueva en un santiamén. Su vieja máquina le permitía grabar pistas en capas, pero el software tenía tres años. Antiguo. Así que cuando ella lo pensó de esa manera, ¿qué tan malo podía ser? Todo lo que ella tenía que hacer era darle una lección, y no involucrarse personalmente. Fácil. ¿Verdad?

Le enseñaría a un caniche a tocar con sus dientes por cien dólares la hora.

—Vale. Te agendaré en el libro de horarios. ¿Cómo te llamas?

—Chance Walker.

¿*En serio?* Erin negó con la cabeza y abrió el antiguo libro hasta el domingo para anotarlo. Chance Walker. Súper caliente. Súper sexy. Bien vestido. Nombre de estrella de cine. ¿Este tipo era perfecto, o qué?

—Vale, Chance, ¿cuál es tu número por si necesito localizarte?

Le dijo su celular, y luego la sorprendió.

—¿Cuál es tu número? En caso de que no pueda llegar.

Erin le dio su número y él lo programó en su teléfono.

—Gracias.

—No hay problema. —Se encogió de hombros. No hay problema en absoluto.

Chance tomó la funda de su guitarra, y Erin tuvo que admitir que le quedaba bien. Ella esperaba que saliera por la puerta, pero él la miró.

—Eres Erin, ¿verdad?

Su sonrisa apareció en su cara antes de que pudiera siquiera pensar en detenerla. Así que él la había descubierto.

—Sí. Lo soy.

Dejó la funda de su guitarra en el suelo.

—¿Ibas a dejarme ir sin decírmelo?

Ella le sonrió.

—Bueno, lo habrías descubierto el domingo.

Él sonrió.

—Cierto. Pero me gustaría empezar ya. ¿Estás libre ahora?

—¿Ahora mismo?

—Sí. La tienda no está exactamente llena de clientes.

Correcto. Era el único cuerpo vivo que había entrado en la última hora.

—Voy a ver si Sam puede cubrirme.

Samantha eligió ese momento para salir por detrás de la puerta.

—Yo te cubriré. Lo tengo. —Mantuvo la puerta abierta y agitó su brazo frente a ella para indicar que él debía entrar.

Chance miró desde la sonrisa ansiosa de Samantha hacia Erin.

—¿Y bien?

Erin no tenía nada mejor que hacer. Y le vendrían bien los cien extra.

—De acuerdo. ¿Por qué no?

—Excelente. —Chance pasó con su guitarra al lado de la sonriente Samantha, quien dejó que la puerta se cerrara tras él y pronunció un silencioso «me debes una».

Erin puso los ojos en blanco, pero por dentro temblaba como una hoja. Actuar normal durante cinco minutos con un mostrador de cristal entre ellos era una cosa. ¿Una hora a solas, enseñándole a tocar?

Samantha tenía razón. A ella le gustaba. Mucho.

**C**hance llevó su nueva guitarra a la pequeña sala de clases y se sentó en una de las dos sillas plegables acolchonadas. La habitación estaba vacía excepto por las sillas, una azul y otra gris; dos amplificadores de guitarra, dos atriles y un piano vertical que había sido empujado contra la pared lejana.

El piso estaba cubierto por alfombras cortas de calidad comercial, y pósters de estrellas de rock y varios instrumentos se alineaban en las paredes. La habitación olía a viejo, como a polvo, moho, metal y paredes de concreto. Le recordó cómo olían los pasillos de su antigua escuela secundaria. Lo cual fue apropiado, ya que en ese mismo momento se sintió como el chico nuevo de la clase que no tenía idea de nada.

Conectó su guitarra y se sentó a mirar el reloj. Erin entró pero no lo miró. Llevaba una guitarra electroacústica y un montón de partituras.

Ella caminó directamente hacia él, y él se dio cuenta de que era aún más baja de lo que él había pensado al principio. Tal vez de cinco a tres, si se estiraba, pequeña... pero con curvas en todos los lugares correctos.

Cuando ella colocó las partituras en el atril frente a la silla gris y se sentó, él observó cada movimiento. Ella sostenía la guitarra como una vieja amiga, como si lo hubiera hecho miles de veces y ni siquiera tuviera que pensar en ello, como si fuera parte de ella.

Ella lo intrigó. Últimamente había estado con muchas mujeres que parecían más interesadas en sus manicuras que en tener una conversación real. Erin parecía diferente. Sin maquillaje. Sin adornos. Sin juegos. Ella lo miró a los

ojos, pero no habló mucho. Le pareció inquietante, y sus entrañas estaban llenas de nervios. No había estado tan nervioso desde que invitó a Hannah Parker al baile de graduación.

Y eso no había funcionado muy bien.

—Vale, Chance. ¿Comenzamos?

—Sí.

Ella asintió, colocó su guitarra en su regazo como si fuera parte de ella, y con una técnica de *fingerpicking* comenzó a tocar un patrón triste en escala menor. Lo hizo sin mirar.

—Muy bien. Veamos lo que tienes.

—No recuerdo nada.

—Está bien. Todo el mundo tiene que empezar en alguna parte. —Sonrió y sus ojos azules y grises lucían suaves y brillantes mientras levantaba su barbilla con un gesto de asentimiento hacia él—. Piensa en la guitarra como tu amiga. Tiene una personalidad y un sonido único en el mundo, y es tuyo. Sólo ella y tú. Nunca te gritará si te pierdes una nota, ni te juzgará por lo que elijas tocar. Lo único que quiere la guitarra, lo único que la hará feliz, es cantar para ti.

—De acuerdo. —Wow. A ella le gustaba mucho su guitarra. Por muy extrañas que fueran sus palabras, le ayudaron a relajarse. Colocó su propia guitarra en su regazo y soltó sus nervios. La guitarra ya no era un reto imposible, ya no la veía como un desperdicio de tiempo, sino más como una compañera amistosa.

—Dijiste que han pasado siete años. ¿Qué recuerdas?

—Acorde de Sol. Eso es todo.

—Bueno, el acorde de Sol es mejor que nada. —Ella cambió su agarre de mano izquierda para que coincidiera con el de él y tocó un acorde de Sol.

Él la imitó y no le dio a la cuerda porque la miraba fijamente a la boca. Jesús, ¿qué le pasaba? No podía concentrarse. Tal vez necesitaba empezar a dormir más. O tal vez era sólo ella, y esa camiseta apretada. O el ligero olor a flores que había en el aire a su alrededor.

Erin estaba completamente concentrada en la mano de Chance y no notó su falta de atención.

—De acuerdo. Vamos a empezar con los acordes básicos. Te explicaré todos, pero tendrás que conseguir una tabla de acordes y practicar en casa.

—Solía tener los acordes en un póster en la pared de mi habitación.

—Yo todavía tengo uno. —Ella le sonrió, de verdad, y él se quedó helado ante la transformación. Con la guitarra en su regazo y esa sonrisa en su rostro, podía imaginarla como una de las famosas musas griegas, etérea e iluminada por algún tipo de poder divino sobre la música y el hombre—. Vamos repasar los acordes mayores, lentamente. Sólo sígueme.

Ella pasó la siguiente hora poniéndolo a prueba y él no tuvo tiempo de pensar. Le ardían las puntas de los dedos y le dolía el cuello al doblarse sobre la guitarra para ver las cuerdas, pero tuvo los acordes básicos en menos de una hora.

Cuando se les acabó el tiempo, ella dejó su guitarra a un lado y revisó los papeles que había puesto en el atril.

—Ten. He escrito todos los acordes en una cuadrícula. Quiero que practiques el cambio de acordes. Empieza despacio. Es más importante hacer bien la digitación que ir rápido.

—De acuerdo. —La camiseta de Erin se estiró sobre sus pechos y abrazó la curva de su cintura mientras ella se inclinaba hacia adelante para señalar la cuadrícula que había creado. Totalmente llamativa.

—Empieza de izquierda a derecha, como si estuvieras leyendo un libro. — Ella trazó el camino con su dedo y él miró la suave piel de la parte interior de su muñeca. Quería besarla allí, para empezar. Luego subiría por su brazo hasta su cuello, y exploraría su boca un rato antes de viajar hacia el sur hasta sus pezones, que habían estado jugando a las escondidas con él durante la última hora. ¿Le gustaría un mordisquito? ¿O querría que fuera gentil y lento?

—A su polla le gustaban ambos planes y eligió ese momento para levantarse dentro de sus pantalones. Afortunadamente, tenía la guitarra en su regazo para ocultar su condición, pero iba a tener que ponerse de pie eventualmente, y la lección estaba a punto de terminar.

—Mierda.

—¿Disculpa? —Sus cejas se arquearon sobre sus ojos, que se habían abierto con confusión.

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa. Olvidé hacer algo en el trabajo. —Su confusión se convirtió en un ceño fruncido, y él trató de arreglar su error—. Soy abogado, estaba pensando en un caso.

—De acuerdo. Bueno, supongo que es bueno que hayamos terminado. —El calor que había visto momentos atrás huyó de sus ojos, dejándolos remotos e indiferentes. Era la cara que ella había usado con él hace una hora, cuando eran extraños, y él se dio cuenta de que realmente quería que Erin le devolviera el calor y la sonrisa.

—Lo siento. —¿Y por qué había dicho eso, de todos modos? No era de los que se jactaban. No era su estilo. ¿Intentaba impresionar a su profesora de guitarra sacando el título de abogado? Pésima movida. Así que quería gustarle. ¿Por qué le importaba?

—Porque es sexy y quieres besarla —se dijo a sí mismo.

Genial. Ahora estaba hablando solo. Ella no era su tipo normal, pero desde el momento en el que se conocieron, ella lo tenía haciendo y diciendo estupideces que él normalmente no haría ni diría. Algo en ella lo desequilibró. No podía usar su plan normal de hablar sobre el trabajo porque a ella no le importaba. Ella tenía su propia pasión, su propia cosa. Y maldición, eso era muy sexy.

—Me disculpo. De verdad, normalmente no soy así. No dormí mucho anoche.

—Yo tampoco. —Se frotó las palmas sobre sus muslos vestidos de mezclilla y se encogió de hombros—. Bien. Entonces, de izquierda a derecha, de arriba a abajo. Cuando domines eso, inviértelo.

—¿Insomnio? —La pregunta salió de su boca por sí sola, aunque sabía que no era asunto suyo.

—Algo así. Tengo otro empleo y usualmente trabajo hasta muy tarde. —Ella suspiró y apiló sus partituras antes de ponerlas dentro de su todavía abierto estuche de guitarra. Él estaba a punto de preguntarle cuál era su otro trabajo, pero ella empezó a hablar de nuevo—. Practica el patrón. Una vez que puedas cambiar entre los acordes en este orden —trazó la ruta originalmente

asignada de los acordes con su dedo—, empiezas por la parte inferior derecha e inviertes el orden. Tienes que aprender a cambiar de cualquier acorde a cualquier otro acorde como ese.

Ella chasqueó los dedos y él admiró su método. No recordaba mucho, pero el maestro que había tenido en octavo grado había tomado el dinero de su madre durante un año y no lo había tenido tan entusiasmado por tocar.

Por supuesto, había sido un imbécil de trece años con mala actitud en ese entonces. Todavía tenía esa actitud, pero había tenido más de una década para dominarla.

Ahora sólo podía oír a sus hermanos. Le habían dicho que había perdido la cabeza, sentado aquí con un profesor de guitarra, tratando de aprender a tocar un instrumento que no había tocado desde que era niño. Peor aún, no podía dejar de querer tocar a su maestra. Nunca había sido de los que deseaban a sus maestras, pero Erin lo hacía sentir demasiado cómodo. Ella lo hizo querer dejar salir al cavernícola de la cueva. Algo en ella le hacía sentir que podía ser él mismo. Era mucho más alto que ella, y eso le gustaba. Su pequeño tamaño lo hacía sentir primitivo y protector.

Normalmente, no deseaba a ninguna mujer en particular, y no jugaba juegos. Cuando salía con alguien, tomaba lo que su acompañante le ofrecía y mantenía su cabeza y su corazón firmemente plantados en el mundo real. Tenía mucho que hacer en el trabajo como para tener una relación seria; demasiadas batallas por la custodia, casos de derechos de paternidad y acuerdos de divorcio feos de los cuales ocuparse.

Pero había algo en Erin que lo hizo bajar la guardia. Era una completa sorpresa. Parecía simple y divertida, alguien que no tenía un feo pasado persiguiéndola, o un armario lleno de sucios secretos. Ella se sentía real, y él estaba empezando a pensar que ella podía gustarle.

Ese tren de pensamiento era peligroso. Apartó la vista de Erin y se concentró en guardar su guitarra antes de meter la mano en su billetera y sacar un billete de cien dólares. Se lo dio con una sonrisa de disculpa.

—Ten. Gracias por aceptar hacer esto los domingos. Es muy importante para mí.

—No hay problema. —Ella tomó el billete de su mano, con cuidado de no tocarle la piel. Su precaución lo tentaba a resbalar a propósito, o a tomar su

mano sólo para forzarla a hacer contacto. Lo cual era una estupidez. Acosarla era una forma segura de ser un imbécil y hacer que cancelara sus clases. Eso no sería bueno. Necesitaba tiempo para conocerla mejor, para saber si era realmente lo que parecía. Dos o tres lecciones, y la invitaría a cenar. O a ver una película. O algo así. Lo que fuera. Él sabía que ella lo intrigaba y él quería saber más.

—Está bien. Te veré el domingo. —Él tomó su tarea y su estuche de guitarra y salió por la puerta. Pero podría jurar que sus ojos le quemaron un agujero en la nuca todo el camino.

**C**uatro botellas de cerveza medio vacías, una orden de nachos y una hamburguesa gigante de jalapeño se alineaban en la barra. Chance se sentaba entre sus hermanos, con Jake a su derecha y sus dos hermanos mayores a su izquierda. Derek y Mitchell estaban ocupados buscando mujeres en el bar, como siempre.

—¿Qué hay de ella? A las tres en punto. Suéter azul. —Su hermano mayor, Derek, llevaba su atuendo habitual de ciclista, unos pantalones de mezclilla rotos, una camiseta negra y una chaqueta de cuero negro que anunciaba su tienda de motocicletas europeas personalizadas en la parte trasera. Derek personalizaba motocicletas, particularmente las de alta velocidad, las italianas de carrera, y era muy bueno en eso.

—Anillo de compromiso, Derek. Sabes que no juego a eso. —Mitchell le dio un mordisco a su hamburguesa gigante. Si Derek, con su cabello negro largo y sus tatuajes, no tenía problemas para atraer a las mujeres, Mitchell literalmente tenía que ahuyentarlas con un palo. Era un residente de cirugía de segundo año en el hospital local, siempre estaba bien arreglado y era todo un mujeriego. Incluso conducía un auto deportivo rojo cereza.

—Bueno, bien por ti. Pero no creo que Jake haya tenido acción por lo menos en un año, no al contar ovejas. —La broma de Derek sobre las ovejas se estaba haciendo vieja, pero la había estado usando desde que Jake tenía unos trece años. La broma era prácticamente una tradición.

Jake, el más joven, el más alto y el más sentimental del grupo sólo sonrió, lo que Derek tomó como un desafío personal.

—Maldición, hombre. Eres como Fort Knox. ¿Tienes una dulce vaquera en el rancho de la que no sabemos nada? —Derek era el mayor de sus hermanos, sobrepasando a Mitchell por menos de seis meses, pero el cuerpo de dos metros de Jake hacía que el resto pareciera pequeño. Añadiendo el sombrero de vaquero de siempre, y Jake era un chico muy grande.

—No. Sólo estoy esperando a la chica adecuada.

—¿Te estás convirtiendo en un monje, o qué? —La pregunta de Mitchell no se escuchó claramente porque tenía la boca llena de hamburguesa.

—Qué lindo. Mejor dejémoslo en paz. Sabes que Courtney se llevó la polla de Jake cuando se fue. —Derek asintió al camarero y ordenó un trago de whisky.

—Eres un idiota. —Chance intervino en nombre de Jake. Courtney había sido la novia de Jake en la universidad. Jake le propuso matrimonio a la joven edad de 21 años. Todos le habían dicho que estaba loco, pero Jake estaba enamorado. Hasta que la trajo a casa. La chica de la ciudad y la vida en el campo no encajaban y ella le devolvió el anillo a Jake en sólo unos meses. Eso fue dos años atrás, y no habían visto a Jake con una mujer desde entonces.

—Vete a la mierda, Sr. Defensor Público. —Derek parecía estar de muy mal humor esta noche—. Nuestro hermanito puede responder por sí mismo.

—Soy un abogado civil, pene de lápiz. —Chance devolvió el disparo.

—Como sea. Jake es un chico grande. Necesita superar esa mierda. Courtney era una princesita egoísta. Igual que Claire en la secundaria. —Derek miró a su hermano pequeño y sus ojos marrones oscuros eran serios en todos los niveles—. Puedes conseguir a alguien mucho mejor.

—Como si pudieras hablar, hermano. —Mitchell engulló su último bocado con un trago de cerveza—. Esa perra motociclista tuya te tomó de las bolas y luego se acostó con tu competencia.

—Cierto. Pero yo seguí adelante.

—Cogerte chicas que apenas conoces en una serie de aventuras de una noche no es seguir adelante. —Mitchell revolvió una papa frita en ketchup y se la comió. Verlo comer le daba hambre a Chance.

—Así que, ¿crees que es mejor tener un montón de aventuras de una noche

con mujeres con las que trabajas? —Derek negó con la cabeza y tomó otro sorbo de su cerveza.

—Oye, todas saben exactamente en lo que se están metiendo conmigo. — Mitchell se encogió de hombros y volvió a prestar atención a las mujeres del bar.

—Miren, chicos. ¿Podemos no hacer esto esta noche? —Jake suspiró y movió su taburete lejos de la barra. Su sombrero de vaquero marrón descansaba junto a su tarro de cerveza vacía en la parte superior de la barra—. ¿No podemos pasar el rato, beber cerveza y escuchar algo de música?

Los tres miraron a Jake como si fuera un extraterrestre.

—¿Qué demonios? ¿Es esta una versión extraña de *La invasión de los usurpadores de cuerpos*? Derek entrecerró los ojos.

—¿Qué le pasó a nuestro hermano? —Mitchell sacó una linterna de bolsillo que los médicos siempre parecían llevar escondida en algún lugar y se la puso a Jake a los ojos—. ¿Qué le has hecho a nuestro hermano?

Jake inclinó su barbilla hacia Chance—. ¿Qué hay de Chance? Está sentado aquí haciendo pucheros y no creo que haya tenido sexo desde que le rompió el himen a Sherry Swanson en la secundaria.

Mitchell se ahogó con su cerveza y Derek rio.

—No, ese fui yo.

—Oh, sí. —Jake lucía asombrado. Su cabello rubio y sus ojos azules lo hacían parecer un niño gigante—. En serio, Derek. ¿Qué carajo? ¿Tenías qué? ¿Catorce?

—Ella estaba buena. —Mitchell intervino.

Derek sonrió, pero no alcanzó sus ojos.

—Tenía diecisiete años, se parecía a Barbie y tenía tetas del tamaño de melones. Como si tú hubieras dicho que no.

Jake y Mitchell negaron con la cabeza, pero Jake no lo dejó ir. Jugó con su sombrero en la barra, girándolo en círculos. Tenía un sombrero gracioso en la cabeza, como siempre, pero a Jake nunca parecía importarle la apariencias de la gente. Demonios, Jake no era feliz a menos que estuviera cubierto de lodo.

—Chance la habría rechazado.

—Eso es porque nuestro hermano es un bienhechor conservador. —El tono de Mitchell era tan serio que Chance sintió que su espalda se ponía rígida. Las únicas púas que dolían eran las que contenían granos de verdad.

Chance tomó un puñado de papas fritas del plato de Mitchell y esquivó el débil intento de su hermano de recuperarlas.

—Váyanse al diablo. Tengo derecho a ser una perra llorona esta noche. Tuve mi primera declaración hoy. Me pateó el trasero un cincuentón con una chaqueta verde oliva y una barriga cervezera del tamaño de Texas.

—¿Qué esperabas? Has sido un verdadero abogado durante seis meses. Este tipo probablemente empezó a limpiarse el culo con niños como tú hace 20 años. —Derek se quitó su chaqueta negra de motociclista y la colgó en la parte trasera del taburete. Su camiseta negra escondía la mitad de sus tatuajes. Combinado con su cabello negro y el ceño fruncido perpetuamente, Derek parecía un chico rudo. Lo cual era. Derek ordenó un trago de vodka, pero cuando llegó, lo deslizó por la barra hasta Chance—. Ten, Chance. Brindaremos por que te patearon el culo.

— Vaya, gracias.

—Al menos estás en el juego. Eres inteligente. Le ganarás la próxima vez. —Jake jugueteó con su sombrero de vaquero, tomándolo como si fuera un oso de peluche. Parecía demasiado serio. Las palabras de aliento conmovedoras no eran exactamente su estilo familiar, especialmente cuando bebían. Siempre actuaba como un sabelotodo.

Chance estudió a su hermanito rubio. Jake se veía como todos los días, pantalones de mezclilla y botas, una camiseta bien estirada y una camiseta de franela encima. Jake superaba a todos ellos por unos cinco centímetros sin sus botas puestas, y les encantaba burlarse de él por eso. Pero esta noche el niño grande tenía ojeras debajo de los ojos y líneas de expresión en los bordes de la boca. No era normal.

—¿Estás bien? ¿En serio?

Derek y Mitchell permanecieron en silencio, esperando la respuesta de Jake. Todos bromeaban y se hacían la vida imposible, pero eran hermanos, y cuando les pasaba algo, se cubrían las espaldas los unos a los otros.

—Sí, hombre. Estoy bien. Estoy bien. El truco de la carta de mamá me está molestando mucho, ¿saben?

—Sí. —Chance pensó en la guitarra en el asiento trasero de su auto. La había tenido durante veinticuatro horas, y desde que salió de la tienda de guitarras no se había atrevido a abrir el estuche—. A mí también.

Mitchell despejó su garganta.

—Por favor díganme que no vamos a llorar y a abrazarnos mientras revelamos nuestros secretos más oscuros como niñas bonitas.

—Diablos, no. —Derek puso fin a esa posibilidad antes de que tuviera tiempo de desarrollarse y Chance se alegró. Se sintió como un idiota por lo que había escrito. Los sueños de un niño de diez años eran sólo eso, sueños de la infancia. Había escrito tres cosas, tres metas de vida.

Había logrado una. Más o menos.

Las otras dos estaban resultando... difíciles.

Jake le dio una palmada en el hombro y se dirigió a los baños de la parte de atrás del bar, a la derecha del escenario donde la banda de esta noche, Fourth Strike, estaba preparando su equipo. Nunca había oído hablar de ellos, pero no importaba. El primer viernes del mes se encontraba con sus hermanos en Tucker's Bar. Las chicas iban y venían. Trabajos. Autos. Lo que sea. A menos que estuvieran en el extranjero, o en la cárcel, y Derek hubiera estado en ambos, todos ellos conseguían tiempo para reunirse cada mes.

Sólo una promesa más que todos cumplieron a su madre muerta.

—Hola. —La voz sensual de la cantante principal salió del sistema de sonido y Derek y Mitchell se dieron la vuelta para encontrar la fuente. El pulso de Chance se aceleró en anticipación de escucharla hablar de nuevo, y se giró para encontrar la cara que encajaba con esa voz—. Somos Fourth Strike. Soy Eva James, y este es mi hermano AJ en la guitarra principal, Ricky en el teclado y Todd en la batería. —Ella sonrió y asintió con la cabeza por el amable aplauso del público—. Y ahora, es hora de empezar esta fiesta.

La multitud aplaudió cuando Eva tocó su primer acorde en el bajo y Chance llevó su mano a su boca para silbar mientras el resto de la banda se unía. Unos cuantos latidos más tarde, su voz llenó la habitación y él no podía dejar de mirarla.

Maldita sea. La mujer era demasiado sexy. Tenía un bajo sobre el hombro y lo manejaba como que sabía lo que hacía. Su falda negra corta coqueteaba con el peligro, sus piernas eran largas y apretadas y se mostraban a la perfección con un par de botas negras hasta la rodilla. Su blusa de encaje rojo apretado abrazaba cada valle y curva, pero dejaba sus hombros al descubierto. Sus pechos eran lo suficientemente grandes como para hincharse por encima de la parte superior del encaje y tentarlo. Su cabello largo y rubio caía en olas alrededor de sus hombros y en su espalda. Acomodó parte de su cabello de manera que las olas doradas enmarcaran sus pómulos altos y su delicada estructura ósea. Sus labios eran de color rojo cereza y brillaban bajo los focos rojos y azules que iluminaban la banda. No podía distinguir sus ojos desde el otro lado de la barra, pero desde allí parecían intensamente concentrados. Intrépidos.

Mierda. Conocía esa cara. Su polla se movió en sus pantalones y se despejó la garganta. Otro trabajo y muchas noches largas, ¿eh?

—Dios mío. —Derek se inclinó hacia adelante.

—No es mi tipo. —Mitchell se apoyó contra la barra y se puso un pretzel en la boca. Su hermano nunca dejaba de comer. Cómo mantenía su cuerpo en tan buena forma sería uno de esos misterios eternos.

Derek golpeó a Mitchell en el costado con un codazo amistoso.

—¿Sólo te gustan con el uniforme de hospital, o qué?

—No. Ella es sexy. —Mitchell tuvo que gritar por encima de la música fuerte y Chance se inclinó para asegurarse de que entendía lo que Mitchell estaba diciendo—. Pero ella es problemática. P mayúscula. Esa no es la clase de chica con la que quieres meterte. Tiene demasiados asuntos. Sólo mírala.

Chance se veía bien. Y a diferencia de su hermano, a él tampoco le importaría enredarse. En los últimos años, todas sus novias habían sido como él, adictas al trabajo y demasiado ocupadas persiguiendo sus futuros como para vivir el momento. Todo en sus vidas se sentía como si estuviera centrado en la necesidad de preocuparse por el mañana. O el mes siguiente. O dentro de cinco malditos años.

Trabaja. Adelántate. Sigue corriendo. Sigue trabajando. La soga alrededor de su cuello se sentía como si se apretara un poco cada día, y se encontraba a sí mismo mirando el monitor de su computadora, preguntándose si esto era

todo. El gran desvanecimiento. ¿Casarse, tener hijos y pasar los próximos treinta años pagando una minivan que odiaba y una casa que no podía pagar? ¿Era esto todo lo que quedaba en su vida? ¿Seguir corriendo en la rueda del hámster? ¿Ser lógico? ¿Responsable? ¿Razonable?

Miró a Erin cantar en ese escenario y admiró su coraje. Ella se transformó completamente de la profesora de música suave en una sirena sexy, del maquillaje salvaje a los tacones de cuatro pulgadas en sus botas. Estaba viviendo su sueño, luchando por él. Testaruda. Inquieta. Apasionada.

Pero él sabía que ella tenía otro lado, un lado suave, amable, inteligente, de chica común. Y ahora mismo, su cerebro estaba teniendo problemas para clasificar las dos facetas. Su polla, sin embargo, no tenía ningún problema. Cuanto más miraba, más se endurecía.

Jake se deslizó hacia atrás en su taburete, echó un vistazo a la cara de Chance y ordenó una ronda de tragos cuando la canción llegó a su fin.

Chance sonrió a su hermano pequeño.

—Buena idea. —Eva James era la misma mujer con la que había pasado una hora un día antes, la misma chica que había deseado mientras le enseñaba a tocar su nueva guitarra. Y el hecho de que tuviera ese alter ego le fascinaba.

¿Qué personalidad tendría en la cama? Su mente se preguntaba, pero a su polla no le importaba qué versión de ella aparecería en el dormitorio, siempre y cuando ella lo dejara desnudarla y enterrarse hasta las pelotas. No había lógica ahí, sólo lujuria.

Una hora después, Eva, la seductora en el escenario, anunció que la banda iba a tomar un descanso de diez minutos. Pusieron música acartonada de Internet y dejaron su equipo.

Chance miraba cada movimiento que hacía. Sabía que debía esperar, que probablemente no era el mejor momento para acercarse a ella. Sí. Él lo sabía. No le importó un carajo. No pudo hacer que le importara. No esta noche. Jugar a lo seguro le había ganado una sólida patada en el trasero por su socio mayor hoy. El impulso de hacer algo imprudente le hizo un agujero en el estómago. Estaba cansado. No quería acatar las reglas. Era hora de dejarse ir un poco, volver a ser chico duro y sabelotodo que regularmente se metía en peleas en el patio de recreo.

Se suponía que debía actuar como un adulto ahora. Ser responsable. Trabajar como un loco. Pero, ¿qué demonios? Realmente amaba a ese maldito niño. Al menos ese chico tenía algo de emoción de vez en cuando.

Ver a Derek ser sacado de la corte esposado ya había sido bastante malo. Pero la primera vez que su madre los llevó a visitar a Derek a la cárcel, Chance casi se caga en los pantalones. Ese lugar lo había asustado. Eso fue hace siete años y estaba empezando a pensar que quizás había llevado las cosas demasiado lejos. Claro, después de eso no robó más autos para ir de paseo ni grafitó edificios. Pero tampoco se divertía. No se arriesgaba. Chance había estado abrochado tanto tiempo que se sentía como si hubiera olvidado cómo vivir.

Eva James, o Erin, o como quisiera llamarse, era un comodín. Brillaba con fuerza, se arriesgaba y seguía a su corazón. Y quería probar ese lado salvaje con ella.

Cuando Eva James desapareció por el pasillo que llevaba a los baños, él se levantó del taburete. Dio un paso antes de que la mano de Mitchell aterrizara en su brazo derecho y la de Jake en el izquierdo.

—Ey. ¿A dónde crees que vas? —La sonrisa de Jake decía que ya sabía la respuesta a esa pregunta.

—Voy a buscarla.

Derek se echó a reír.

—Déjalo ir. Tengo que ver este desastre.

—Vete a la mierda, Derek.

Hasta Mitchell sonreía ahora, pero soltó el brazo de Chance.

—Adelante, hermano. Te va a adorar, chico malo. Sólo para que lo sepas, esa corbata tuya puede ser usada para todo tipo de cosas además de llevarla en la corte.

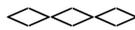
Derek seguía riéndose.

—Tendremos que arrancarla de tu trasero rebelde con una palanca. Chance les levantó el dedo medio a todos y se dirigió al lado del escenario para esperarla. No le importaba una mierda lo que dijeran sus hermanos. ¿Y qué si no era su tipo normal? A la mierda con lo normal. Él la quería a ella. La vio y

le gustó. Fin de la historia.

Estaba cansado de jugar a lo seguro. Cansado de ocuparse de los problemas de los demás. Necesitaba un maldito descanso. Quería que ella lo sacara de su estado normal.

Quería hablar con ella, tocarla. ¿Y si no huía asustada? Seguro que la iba a meter en su cama.



ERIN REVISÓ su maquillaje una vez más. Los lentes de contacto de color amarillo ámbar la hacían lucir extrañamente exótica. Le encantaba usarlos y tenía los ojos pintados de negro y gris ahumado para realzar el color. Las extensiones de clip en su cabello hacían que sus mechas rubias cayeran en olas salvajes a la mitad de su espalda. Su longitud normal era lo suficientemente larga como para llegar a una cola de caballo, pero no lo suficiente como para ser un dolor de cabeza. Práctico y eficiente. Erin era ambas cosas.

Su alter ego de estrella pop, Eva James, no era ninguna de las dos cosas.

Ella revisó la falda y el top de encaje que había comprado la semana pasada. Se veían bien. Y sus pechos eran naturales. No eran grandes, pero parecían tentadores, sobre todo dentro de aquel sostén *push-up*. Ella pensaba que se veía sexy. Sexy. Como una mujer que sabía lo que quería y lo tomaba. Esa era la imagen que ella había trabajado arduamente. Y hasta ahora, su imagen como Eva James estaba funcionando.

¿Pero como Erin? No tanto. Erin seguía siendo callada y reservada, una música en apuros que tenía miedo de nunca lograrlo en la música. Erin era sólo una estudiante de veintitantos años que había abandonado la universidad y no estaba segura de si iba a poder pagar el alquiler este mes. Ella le había enviado diez canciones a múltiples agentes, así como a uno de los mayores representantes de talento en la industria actualmente, con la esperanza de hacer una gran venta con una de una de sus canciones. Hasta ese día, no había recibido respuesta de ninguno de ellos.

Pero Shipton Records estaría en su show la semana siguiente. Dentro de

unos días, su vida podría cambiar. La vida que quería estaba tan cerca que prácticamente podía saborearla.

—Finge hasta que lo consigas, nena. —Erin sonrió a su alter ego sexy en el espejo.

—Dales duro, Erin. —Melanie Ross, la novia de su baterista durante los últimos ocho meses, la había seguido al baño. Erin miró a su amiga en el espejo. Melanie estaba un poco pálida.

—¿Estás bien, Mel?

Melanie asintió con la mano sobre su estómago mientras apoyaba su cadera contra el lavabo.

—Sí. Estoy segura de que fue algo que comí. La comida del bar es asquerosa, ¿sabes?

—Sí. —Lo que fue una de las principales razones por las que Erin solía traer su propia comida. Eso, y que le alcanzaba para pagar los precios de los restaurantes, y no todos los recintos alimentaban a la banda—. ¿Quieres que te llame un taxi? ¿O que vaya a buscar a Todd?

—No, gracias. Voy a quedarme aquí un minuto por si necesito vomitar. —Su sonrisa, aunque obviamente forzada, era contagiosa y Erin la devolvió—. Estaré bien.

—De acuerdo. Envíame un mensaje si me necesitas. —Erin hizo un gesto con la mano al salir y mantuvo la cabeza baja mientras se dirigía hacia el escenario.

Normalmente, intentaba no mirar a nadie a menos que estuviera en el escenario. Sabía que los hombres tomaban el contacto visual como una invitación para venir a hablar, y cuando tocaba en un concierto, generalmente no tenía tiempo para coquetear.

Además, no querían hablar con ella, con Erin. Querían salir con Eva James, la sexy cantante de Fourth Strike. Eva no era una persona real, era una armadura que Erin usaba cada vez que subía al escenario. Eva James era sexy, segura de sí misma y una chica muy agresiva. Eva James era sólo una apariencia y montaba un gran espectáculo. Comparada con Eva, la Erin de siempre era aburridísima.

Por eso ya no salía con nadie. Salir con alguien era demasiado complicado. Ser Eva todo el tiempo era demasiado trabajo, pero ser Erin decepcionaba a los hombres que decían estar interesados.

Erin caminó de regreso al final del pasillo y observó a la multitud. Varias personas que habían estado sentadas en el bar ahora habían emigrado al frente del escenario. Como de costumbre, más de unas cuantas chicas ya estaban exhibiendo su escote y lanzándose sobre AJ y los otros chicos. Y como siempre, Todd, que estaba completamente loco por Melanie, las ignoró, pero AJ y Ricky estaban disfrutándolas. Erin suspiró y se resignó a conducir la camioneta sola, como siempre. Los chicos encontraban chicas para pasar la noche, y una vez que la camioneta estaba cargada con su equipo, Todd se iba con Melanie, y los otros dos desaparecían hasta el día siguiente. Ella trató de no ser molestada por otros pocos minutos de retraso mientras su hermano y Ricky coqueteaban y manoseaban a las chicas que los rodeaban.

Algunos días se avergonzaba de ser mujer.

Una cálida mano rodeó su brazo mientras caminaba detrás de dos altavoces apilados cerca del borde del escenario. Se asustó y su corazón se llenó de pánico cuando se dio cuenta de que estaría fuera de la vista del resto de la banda.

—Hola.

Erin empezó a empujar el brazo que la mantenía firme, pero luego miró hacia arriba. Santo cielo. ¿El Sr. de Traje y Corbata estaba aquí? Chance Walker estaba aquí, y mirándola como si fuera la única mujer del planeta. Como un hombre de las cavernas. El calor concentrado en su mirada la hizo temblar.

Sin palabras, ella le echó un vistazo. Se veía aún más sexy con un par de pantalones de mezclilla y un suéter marrón claro. El suéter era del color exacto de sus ojos, aunque no era como que ella se diera cuenta de cosas así. Su inusual y sobrehumana habilidad para oler debió haber sido activada por la canela y la especia de chocolate negro que parecía estar emanando de su piel, pues ella realmente la distinguió del olor a cerveza rancia y grasa que impregnaba el lugar. Su olor ahogó su lado lógico y pensante, e hizo que le doliera el cuerpo en todos los lugares correctos. Maldición, este hombre era peligroso.

Su mirada se fijó en la de ella como un rayo láser, y ella no pudo apartar la vista.

—Hola, tú.

—¿Así que esto es lo que llamas insomnio?

Avergonzada, pero halagada de que se hubiera acordado de la conversación del día anterior, ella le pestañeó con sus largas y locas pestañas postizas.

—Una chica tiene que pagar las cuentas.

—Este no es exactamente el segundo trabajo habitual.

—No soy exactamente el tipo de mujer habitual.

—Puedo ver eso. —Su mirada deambuló por la cara de ella y parecía que él quería decir más al respecto, pero cambió el tema por algo mucho más seguro—. Ese fue un concierto increíble. ¿Tú escribiste la música?

Aflojó su agarre sobre el brazo de ella, pero en vez de soltarla, corrió la palma de su mano sobre su brazo de arriba hacia abajo. Una y otra vez. El toque de piel sobre piel electrificó todo su sistema hasta que se sintió paralizada con puro deseo. Él se acercó e invadió completamente su espacio personal. Deberían haber sonado campanas de aviso, pero era Chance y no parecía importarle.

—La mayor parte. —El leve rastro de alcohol en el aliento de Chance la hizo querer saber cómo sabía él con un toque de whisky en la boca. Si otro hombre la hubiera tomado, ella habría salido corriendo, pero ella ya había conocido a Chance, y él no la hacía sentir incómoda o amenazada. No, le hacía desear inclinarse hacia adelante y ofrecer sus labios por un beso.

Su tranquila fuerza y su intensa mirada le causaban dolor en todos los lugares correctos. Apenas lo conocía, pero algo en él la hacía sentir imprudente, salvaje y necesitada como el infierno. No había podido dejar de pensar en él desde que salió de la tienda el día anterior. Saber que lo volvería a ver el domingo por la mañana hacía que las mariposas revolotearan en su estómago. No había estado tan interesada en un chico desde... bueno, nunca.

—Tengo esta loca necesidad de besarte. —Él se inclinó para susurrar las palabras contra su oído y su aliento caliente corrió por su cuello y sobre su

hombro desnudo como la caricia de un amante. Se quedó allí unos segundos, con su mejilla apretada contra la de ella, acariciando la oreja de ella con su nariz.

La música y la conversación fluían sobre ellos hasta que ella se sintió como si estuvieran en una burbuja, en su propio pequeño mundo. ¿Era el mismo chico rico y con traje que había estado en la tienda ayer? Y lo que era más importante, ¿qué iba a hacer con él? ¿Besarlo, como él quería? ¿O rechazarlo?

Ella consideró ambas cosas y cerró los ojos cuando el calor que emanaba de su cuerpo se hundió directamente en el de ella y atropelló su buen sentido tan fácilmente como una excavadora podría aplastar margaritas.

Vale, ella realmente, realmente quería besarlo. Ella quería pasarle los dedos por el cabello y marcarlo de alguna manera, reclamarlo. Tal vez hacerlo enloquecer un poco.

Estaba ahí. Ahora que la oferta de un beso estaba sobre la mesa, descubrió que quería saber cómo sería tocarlo, saborearlo. ¿Salvaje o suave? ¿La haría arder o la dejaría fría? ¿Era tan reservado como había parecido el día anterior en la tienda, o sólo se escondía detrás de esa camisa con botones y corbata? Tal vez era como ella, con su verdadera naturaleza siempre escondida detrás de una máscara.

—¿También sientes una loca necesidad de besarme? —Su segunda pregunta hizo temblar sus rodillas y ella levantó sus manos hacia los brazos de él para sostenerse. Ella estaba en problemas allí, y él ni siquiera la había besado todavía—. Mis hermanos creen que me vas a mandar al demonio. Estoy seguro de que ya están apostando en el bar. —Inclinó la cabeza hacia la barra.

Volteó la cabeza, y por supuesto, tres pares de ojos intensamente interesados se concentraron en los dos.

Sus hombros llenaron sus sentidos mientras se inclinaba sobre ella. Su tamaño la encerraba, la hacía sentir femenina y protegida. La mente de Erin registró un pensamiento seductor, pero lo dejó ir a favor de otra observación.

—Todos son guapos. —Ella no había querido que ese hecho saliera volando de su boca, pero en el momento en el que él había hecho contacto piel a piel con su brazo, su cerebro aparentemente se había desconectado de su

boca.

—¿Y yo no lo soy? —Se echó hacia atrás para mirarla y ella se volvió hacia él, sus caras tan cerca una de la otra que podía contar las astillas de oro que manchaban sus oscuros ojos.

—Yo no dije eso. —Sí que estaba bueno. Y cada pensamiento de autopreservación se evaporaba de su cabeza como una gota de agua en un plato caliente. Eva James estaba al mando en ese momento, y su desinhibido alter ego le exigió que lo besara. Si ella fuera Erin ahora mismo, con sus pantalones de mezclilla y su camiseta, se alejaría de la idea. Pero no era la aburrida Erin ahora mismo. Ella era Eva, y Eva James quería hacer algo más que besarlo. Ella quería pasar sus manos sobre su pecho y enterrar sus dedos en su cabello, no para sentir las mechas suaves, sino para sostenerlo cerca hasta que ella estuviera lista para dejarlo ir. Eva, la salvaje, quería frotar su cuerpo contra el suyo y envolver sus piernas alrededor de sus caderas, quería que la levantara y que empujara su espalda contra la pared. Eva James no quería besar a Chance, quería que él la besara... en todas partes.

—¿Quieres besarme?

Erin se mojó los labios. No estaba maltratándola ni manoseándola, no la había empujado contra la pared y tomado lo que quería. Le estaba *preguntando*. Dándole el control y siendo un caballero al respecto. Y eso, combinado con el hecho de que ella no había sido capaz de dejar de pensar en él desde que salió de la tienda el día anterior, la hizo asentir con la cabeza incluso antes de responder a su pregunta.

—Sí. —Erin echó su cabeza hacia atrás con un suave gemido mientras los labios de Chance trazaban calientes patrones sobre su mejilla. Se movió un poco, sosteniendo la cara de ella con sus suaves manos mientras se tomaba su dulce tiempo para bajar su boca a la de ella.

Apenas podía respirar. Su susurrada admisión la había llevado al borde y al oscuro abismo donde el sentido común y la razón dejaron de existir. Se inclinó hacia adelante y el beso comenzó como una exploración suave, como si necesitara persuadir a un animal salvaje, como si tuviera miedo de que ella corriera.

De ninguna manera. Ella lo envolvió con sus brazos y lo sostuvo quieto, prisionero a su tacto, al calor de ella, hasta que sus brazos se estrellaron

contra su cintura y él la aplastó contra su pecho. Él subió la temperatura, y ella estaba ahí con él.

No la probó, sino que la saqueó y exploró. Su beso la marcó con el débil sabor del whisky y el calor. Él era el dueño de su mente y su cuerpo en ese momento. La dejó sin lugar para esconderse y sin espacio para retirarse. Ella estaba ardiendo y su mundo se redujo al exótico sabor de su boca, los fuertes brazos que rodeaban su cintura, el agresivo calor de su cuerpo presionado contra el de ella y el suave deslizamiento de su cabello en sus puños mientras ella lo acercaba, exigiéndole que le diera más.

Y más.

Ella gimió y el sonido de necesidad apenas se notó. En algún lugar lejano y lógico de su mente, sabía que nunca antes había hecho ese sonido. Debería haber servido como una advertencia, pero en vez de eso la empujó aún más a la locura. Ella no quería parar...

—¡Oye! ¿Qué demonios, Erin? Tenemos un concierto que terminar aquí. — La irritada voz de AJ penetró la niebla de lujuria que la rodeaba, y Erin se estrelló de regreso con la realidad.

Oh, mierda. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Su hermano estaba a menos de un metro de distancia, frunciendo el ceño.

—Lo siento, AJ.

AJ se cruzó de brazos y miró a Chance con un brillo menos que amistoso en sus ojos.

—Quita tus manos de mi hermana antes de que te patee el trasero.

Chance no estaba mirando a su hermano, él la estaba mirando a ella.

—¿Qué vas a hacer después del concierto?

Erin estudió la mirada acalorada en los ojos de Chance y se dio cuenta de dos cosas. Uno, ella realmente, realmente quería otro beso. Y dos, un solo beso no sería suficiente. Ella lo quería desnudo, caliente y duro, reclamando su cuerpo de la manera más elemental posible. Cada una de sus células estaba iluminada por el deseo. Ella se sacudía, sus manos temblaban tanto que temía no poder tocar su guitarra.

—¿Estás libre después de esto?

—Vamos, hermanita. Vamos. —La demanda de AJ coincidió perfectamente con la pregunta de Chance.

—Hablaré contigo más tarde. ¿De acuerdo? —Erin se desenredó del abrazo de Chance y quiso poner los ojos en blanco cuando sintió frío al instante sin el contacto con él. Llevó su mano a su rostro y se limpió la mancha de lápiz labial rojo brillante de su boca con el pulgar. Maldita sea. Incluso con el corazón sangrando un poco, sólo podía pensar en besarlo de nuevo. Qué estupidez.

¿Y qué tal si dejaba que Eva se divirtiera por una vez? ¿Qué daño haría? Ella tenía un chico sexy interesado en ella, y ella lo quería. Tal vez era hora de dejar de lloriquear y dejar que Eva obtuviera exactamente lo que *ella* quería por una vez. Y lo que ella quería era a Chance Walker.

—De acuerdo. Búscame después del espectáculo. —Ella dio un paso atrás y él enredó sus dedos con los de ella mientras ella se alejaba, y se aferró a ella hasta el último momento posible. Era como una escena de una película, y su corazón se tambaleó un poco en su pecho mientras le apretaba los dedos y la hacía sentir que no quería dejarla ir.

Mientras ella caminaba de vuelta al escenario, la pequeña voz molesta empezó a regañarla. Si él la deseaba tanto, ¿por qué no había hecho una movida durante la clase de guitarra del día anterior? Habían estado completamente solos por más de una hora. No la había invitado a tomar un café ni le había dicho que quería llamarla. Ni siquiera había coqueteado con ella. Y ahora, ¿sólo porque estaba vestida así, la acorraló en medio de un bar y la besó como si no hubiera un mañana?

Erin suspiró. Una conquista más para la sexy Eva James. Un hombre más que sólo quería tener sexo caliente con la cantante principal de Fourth Strike, pero que ni siquiera se fijaba en la ‘oh-qué-promedio’ Erin Michaelson, guitarrista y compositora frustrada por la falta de éxito.

«Pero si hubiera sido Erin esta noche, me habría perdido un gran beso», pensó.

Se dio la vuelta, respiró hondo y se recordó a sí misma exactamente cómo iba a ir esto. Ella lo había visto antes. Volvería al bar, de regreso con sus hermanos y seguiría bebiendo. Para cuando la banda terminara su concierto,

estaría demasiado borracho para hablar con él, o se iría. Tan predecible. ¿En resumen? Toda esta preocupación era una tontería. Estar con Chance no iba a ser una opción. En realidad no. Probablemente encontraría otra boca para besar. Era mejor no ilusionarse y dejarlo ir. Una cosa era besar a un hombre sexy en un bar, y otra llevárselo a casa.

Con la decisión tomada, hizo todo lo que pudo para apartar el beso de su mente. Todo lo que tenía que hacer era soportar el resto de la noche.

AJ se quedó a su lado y le extendió el brazo como un verdadero caballero para ayudarla a volver a subir al escenario. De vuelta al centro de atención, agitó la cabeza para despejarla y levantó la correa del bajo sobre su hombro.

—¿Estás lista? —La pregunta de AJ apagó el proceso de pensamiento y Erin sonrió a la multitud, se acercó al micrófono y anunció su siguiente canción. Ahora estaba en piloto automático.

Su mirada se dirigió al bar y a los hermanos de Chance mientras terminaba la primera canción. Chance le dio la espalda. Dos de sus hermanos, uno rubio grande vestido como un vaquero y el otro con pantalones y una camisa abotonada, estaban sentados cerca, hablando con él. Pero el hermano al final parecía un motociclista con cabello negro y tatuajes que salían de debajo del cuello y las mangas de su camisa. Una chaqueta de cuero negro estaba colgada sobre el respaldo de su silla. Su pecho era enorme, su ceño estaba profundamente fruncido y tenía la mirada como si fuera el diablo encarnado.

Ella devolvió la mirada al hermano de Chance con su propia mirada desafiante. No se había echado atrás ante un matón desde que tenía diez años. De ninguna manera iba a empezar esa noche.

Cuando terminaron el concierto, Chance estaba esperando en la barra, mirándola. Su mirada la había estado quemando durante la última media hora.

¿Por qué tenía que ser tan irresistible? ¿Por qué tenía que ser tan grande y cálido, y saber a whisky y a sexo caliente? Cada vez que se daba por vencida y miraba en dirección suya, lo deseaba.

Fuerte. No necesitaba que le rompieran el corazón. Ese era el punto. Un hombre que no estaba interesado en ella sin la peluca y algo de maquillaje podría de una vez tener la palabra «rompecorazones» escrita en su frente con letras verdes gigantes de neón.

Ella les dio a AJ y a Todd la silenciosa y preestablecida señal de que se escabulliría por detrás y saltó del escenario para desaparecer antes de que Chance pudiera alcanzarla. Ella captó el movimiento de Chance de reojo, pero sabía que AJ y los muchachos lo interceptarían antes de que él pudiera seguirla. Lo habían hecho antes, cuando algún tipo se emborrachaba demasiado o era demasiado agresivo, o si ella simplemente no estaba interesada.

Ninguno de esos casos aplicaba esta noche. Pero huyó de todas formas. La hora de jugar había terminado, y era hora de volver a su vida real.

Temblando, abrió las puertas de la camioneta y se deslizó en el asiento del pasajero para esperar a los chicos. La banda cargaría su equipo y ella conduciría a casa sola, como siempre.

Se evitó el corazón roto. Alzó la mano y tiró de las extensiones que tenía en el cabello. Era hora de que Eva desapareciera y Erin regresara.

—Bravo para mí. —Su cuerpo sobrecalentado y necesitado no apreciaba su decisión de dejar a Chance en el bar, o su sarcasmo. Miró por el parabrisas, esperando en silencio hasta que un golpe en la ventana la hizo saltar.

Volteó y encontró la cara de Chance Walker a escasos centímetros de la suya, al otro lado del cristal.

**C**hance esperó a ver qué haría Erin ahora, hablar con él o dejarlo plantado.

—Se había ido después del concierto, lo que eran una mala noticia. Pero esta noche, ella le había devuelto el beso. Mierda, si ella le había devuelto el beso. Había estado ardiendo durante la última hora y media, mirándola, esperando para reclamar esos labios otra vez.

Y luego había huido como un conejito asustado.

La antigua camioneta azul era lo suficientemente vieja como para tener ventanas controladas manualmente. Fascinado por el juego de la luz en el cabello de ella, él la miró moverse de un lado al otro mientras giraba la manija para bajar el vidrio y así poder hablar con él.

—Hola, Erin.

—Hola. —Sus ojos eran oscuros y cautelosos. ¿Cuántos idiotas habían intentado coquetear con ella en un bar? ¿Cuántos la habían seguido hasta la camioneta? A juzgar por la resistencia que había recibido de su hermano y de los otros dos miembros de la banda, la respuesta fue muchas. Demasiadas, carajo. Finalmente se había dado por vencido, salió por la puerta principal y corrió alrededor del edificio hacia atrás.

—Supongo que me pasé un poco, ¿eh? —Se pasó la mano por la nuca en un gesto de nerviosismo que hizo que ella quisiera perdonarle cualquier cosa —. ¿Quieres ir a tomar un café? ¿O por algo de comer? —Sintió como si su corazón dejara de latir mientras esperaba su respuesta. La miró fijamente.

—¿A dónde iríamos? Todo está cerrado. —Eso no fue un no. Sin embargo, era la una de la mañana. Pero también era el fin de semana. Demonios, él le ofrecería llevarla a su casa y hacerle algo en su propia cocina, pero dudaba que eso fuera a funcionar bien ahora mismo. Y tenía que admitirlo, la idea de tenerla sola en su casa lo hizo pensar en todo tipo de situaciones, cada una de ellas terminando con los dos desnudos. Ella lo estaba volviendo completamente loco.

—A donde sea. Hay un lugar de waffles abierto las 24 horas a un par de cuadras de aquí. —Se metió las manos en los bolsillos para protegerse del frío y se alejó de la puerta para darle un poco de espacio, pues no podía dejar de mirarle los labios. Y el cuello. Y la curva de su mejilla—. Vamos. Vive un poco. Podemos caminar, te compraré un waffle y luego te llevaré a casa.

Erin inclinó la cabeza, miró por el parabrisas delantero y luego bajó la cabeza durante unos segundos mientras él se preguntaba qué tipo de debate estaba ocurriendo en su mente. ¿Estaba asustada? ¿Ya tenía novio? Lo había revisado antes, sin anillo de bodas. Así que, por lo que él pudo deducir, ella estaba soltera. Lo que demostraba que todos los hombres de la ciudad eran unos completos idiotas.

Ella levantó la cabeza y la giró para encontrarse con su mirada. El extraño color ámbar de sus lentes de contacto le daba un aspecto totalmente exótico, pero para su sorpresa, deseaba que se los quitara para que pudiera volver a ver su normal color azul gris. Los lentes de contacto de color le hacían muy difícil leerla, saber si estaba interesada o si simplemente estaba perdiendo el tiempo.

En vez de contestar, abrió la puerta de la camioneta y salió para pararse frente a él. La parte superior de su cabeza apenas alcanzaba sus labios, y si él hubiera querido inclinarse hacia adelante, podría haber enterrado su nariz en su cabello color miel.

Él giró y le extendió el brazo, y respiró aliviado cuando ella le envolvió las manos alrededor del codo y lo siguió fuera del aparcamiento poco iluminado. Estaban cerca de una sección muy concurrida del centro de la ciudad, así que una vez que se alejaron de la parte de atrás del edificio, había gente por todas partes, saltando de bar en bar y divirtiéndose.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —preguntó ella. Su pregunta hizo que él se

diera cuenta de cuánta confianza le había dado al aceptar su oferta. No tenía abrigo, ni bolso, ni teléfono que él pudiera ver. Y estaba temblando. Una caminata en Colorado aún podía sentirse fría por la noche.

—Ya que pensé que no querrías caminar 10 cuadras con esos tacones, creo que tenemos dos opciones: ¿Teddy's o waffles? —Teddy's era un bar popular, y el lugar de los waffles estaba justo enfrente.

—De acuerdo. —Ella sacó un teléfono celular de un lugar misterioso donde las mujeres se meten cosas en el sostén y él sonrió mientras le enviaba un mensaje de texto a su hermano para hacerle saber dónde estaba. Hecho esto, metió el teléfono de nuevo en su escondite secreto con una traviesa inclinación en sus labios, y deslizó su brazo hacia atrás a través del de él—. No quería que los chicos se preocuparan por saber dónde estaba.

La acercó a él por el codo y puso su mano sobre la de ella. Ella temblaba y él deseaba haber traído un abrigo para cubrirle los hombros.

—¿Entonces?

—Waffles. Ella le sonrió y él le devolvió la sonrisa, feliz de estar con ella.

Ignoró a todos y cada uno de los hombres que pasaban por allí. Ella era de él ahora mismo, y todos podrían estar verdes de envidia y besarle el trasero.

Llegaron un par de minutos más tarde y Chance le ofreció una vieja silla desvencijada antes de sentarse a su izquierda en la mesa de cuatro lados. Las mesas estaban cubiertas de negro con tiras de metal plateado envueltas en el borde. El lugar era anticuado, con dispensadores de servilletas en cada mesa que se paraban orgullosamente junto a una selección de cinco jarabes de sabores: maple, moras azules, albaricoque, fresa y vainilla cereza.

El lugar estaba medio lleno y la camarera tomó su orden de inmediato. Una vez hecho esto, y una vez desaparecidos los menús, Chance estudió la cara de Erin mientras ella jugaba con la envoltura de su popote, doblándola y volviendo a doblar el papel en pequeños rectángulos blancos.

—Entonces, cuando dijiste que tenías otro trabajo y que trabajabas hasta tarde, ¿te referías a la banda?

Sí. —Ella lo miró a través de sus largas pestañas postizas y él vio, fascinado, cómo un tenue rubor se extendía por sus mejillas.

—¿Cuánto tiempo llevas en una banda?

—Cinco años.

Mierda.

—Debes haber empezado joven.

—Tenía diecisiete años.

—Entonces, ¿tienes 22 años?

—No. Tengo 24 años. Me tomé dos años lejos de la música y fui a la universidad. —Había una historia no contada allí, así que él esperó y fue recompensado cuando ella continuó—. Odiaba todas las clases. Cada minuto sentía que mi música moría dentro de mí. No pude soportarlo. Faltaba a clase para explorar las bandas locales y estar al tanto de lo que pasaba en la ciudad. Después de un tiempo, pagar la universidad era una obvia pérdida de dinero, así que renuncié. AJ y yo reclutamos a Todd y Ricky, y empezamos la banda.

—¿Qué estudiabas?

Ella lo miró.

—Nunca lo decidí. Tomaba clases de tronco común. ¿Qué estudiaste tú?

—Psicología, hasta que tomé la primera clase de Psicología. Luego cambié a Justicia Penal, luego a la facultad de Derecho. No me importa qué hace que la gente haga lo que hace, sólo quería asegurarme de que tuvieran que pagar las consecuencias por sus acciones.

—Entonces, ¿eres un abogado penalista?

—No. Civil. Me ocupo de divorcios, custodia de hijos, patria potestad...

Ella se ahogó con el agua.

—Las cosas divertidas, entonces.

—Sí. Las cosas divertidas.

—Estás loco. —Ella negó con la cabeza. Tenía una pequeña sonrisa en su cara, pero dolor detrás de sus ojos—. Yo no podría hacer eso.

—¿Por qué no? —Proteger a los niños de situaciones jodidas se había convertido en su única misión en la vida. Sabía cuánta diferencia podía hacer una persona a la que le importaba en la vida de un niño. Lo aprendió de

primera mano.

—Estaría en la cárcel por asesinato. Hay personas que pueden ser unos completos imbéciles. —Su mano izquierda jugueteaba con las puntas de su tenedor, y él la cubrió con la suya.

—Sí, pueden. Conoces a unos cuantos imbéciles, ¿eh? —Preguntó en broma, pero para su sorpresa, ella le contestó honestamente.

—Mi mamá era una borracha triste que estrelló su auto contra un árbol cuando yo tenía quince años. Mi padre no estaba mucho por aquí. Se divorciaron cuando yo tenía cuatro años. Pero no importaba. No podía mantenerse alejado de los casinos, y el dinero que no perdió, se lo inyectó en una vena. Así que, después de que mamá murió, AJ y yo estuvimos en una casa de acogida hasta que crecimos.

Mierda. Y él pensaba que sus primeros años habían sido jodidos.

—¿Metanfetaminas?

—Heroína. —Dios.

—Lo siento. ¿Todavía está vivo?

Ella rio, pero no había humor en el sonido.

—Sí. No sé cómo, pero lo está. Ha entrado y salido de rehabilitación tantas veces que perdí la cuenta. Vive en un hogar grupal para adictos que está dirigido por una de las iglesias a un par de kilómetros de aquí. Está sobrio y libre de drogas, por el momento. O al menos eso es lo que él dice.

—Así que todavía hablas con él.

—AJ piensa que soy demasiado blanda, pero sí, aún hablo con él. Es estúpido, pero sigo esperando que cambie.

—Y duele cuando no lo hace.

Ella asintió con la cabeza y él apretó su mano, pero se vio obligado a dejarla ir porque la camarera apareció de la nada para traerles la comida. Su hermano tenía razón. Era demasiado blanda, y sonaba como si necesitara a alguien que la cuidara. Una parte muy primitiva de su psique se levantó y le exigió que tomara el trabajo. Él quería estar ahí para ella.

Quería ser el hombre de su vida, con el que ella contara cuando las cosas

se pusieran feas. Lo quería con una vehemencia que lo escandalizaba.

Diablos, con un pasado como ese, era un maldito milagro que ella aceptara ir a cualquier parte sola con él.

Cuando la camarera se fue, Erin centró toda su atención en untar mantequilla sobre su waffle belga.

—Entonces, ¿te arrepientes de haberme invitado a salir a comer waffles? Todo esto es un poco pesado para una primera cita.

—Mírame, Erin. —Se detuvo con el jarabe de albaricoque sobre su plato—. No voy a enloquecer por nada de lo que me digas. No le temo a la verdad. Mis padres eran unos adictos a las metanfetaminas que murieron cuando yo tenía siete años. Mi madre adoptiva me acogió a mí y a mis tres hermanos. Todos tenemos locuras en nuestro pasado. Todos. Es parte de ser humano. Pero o nos enfocamos en nuestro pasado, o elegimos crear una vida diferente. Seguir adelante no te convierte en una figura trágica; significa que eres lo suficientemente fuerte e inteligente como para aprender de tu dolor en lugar de vivir en él.

Ella lo estudió durante un minuto entero y él dejó que el silencio se extendiera para dejarla asimilar sus palabras. Ella parpadeó y él se dio cuenta de que por más sexy que se viera con su ropa de Eva James, extrañaba sus ojos azules. No sabía lo que ella pensaba detrás de los lentes de contacto de color ámbar. Y él realmente, realmente quería saber lo que ella estaba pensando ahora mismo. Él acababa de meterle su jodido pasado en la cara como un idiota.

Erin finalmente miró hacia otro lado y se mantuvo ocupada empapando sus waffles en jarabe.

—Eres muy intenso.

—No me gustan las tonterías y no juego. —Chance quería ser perfectamente claro en esto, no sólo porque era verdad, sino porque su instinto le decía que ella necesitaba oírlo.

—Así que, ¿sin tonterías? ¿Entonces por qué no me invitaste a salir antes? ¿Por qué esperar hasta esta noche para hacer tu jugada? —Ella mordió sus waffles y gimió suavemente con placer en el momento en que el jarabe color naranja claro tocó su lengua.

Mierda. Quería oír ese sonido otra vez, y no por waffles.

—Quieres decir, ¿por qué no te invité a salir durante mi clase de guitarra?

Ella asintió, dio otro mordisco y jugueteó con su cuchara mientras esperaba su respuesta. Él se tomó su tiempo. Esto era crítico, y no quería arruinarlo.

—No te lo pedí entonces porque hubieras dicho que no. —Revolvió dos paquetes de azúcar en su café y vio el líquido oscuro girar alrededor del mango plateado de su cuchara. Ella lo vio untar sus propios waffles con mantequilla y verter el jarabe de maple regular por encima.

—Tal vez. Pero aun así podrías haber preguntado.

—Quería hacerlo, pero pensé que me tomaría otra semana o dos para acostumbrarte a la idea. No eras tan...

Ella no lo dejó terminar.

—Loca. Putita. Salvaje...

—No. Abierta. Durante nuestra lección mantuviste las cosas muy cerradas. Usas tu guitarra como un escudo.

Erin hizo un ruido molesto e ignoró completamente esa afirmación.

—¿Así que creciste con padres drogadictos, fuiste adoptado y decidiste ir a la escuela de leyes para ayudar a los niños a escapar de sus padres de mierda?

—Sí. Lo hice.

—Es increíble, Chance. Yo no podría hacer eso. No podría ver eso todos los días. Perdería toda esperanza en nuestra especie. —Ella trató de sonar casual, pero la conversación seguía teniendo un borde serio. Él había salido con mujeres durante seis meses y nunca había hablado así. Erin era tan real que no podía ocultar la verdad, y con ella no quería hacerlo.

La camarera se acercó y volvió a llenar su taza de café mientras miraba la seria expresión de Erin.

—No soy noble, Erin. Al principio, pensé que lo era. Pensé que iba a salvar el mundo. Cuando me di cuenta de la verdad, ya era demasiado tarde para cambiar de dirección.

Ella bebió de su jugo y lo miró por encima del vaso.

—¿Cuál era la verdad?

—Fui a la facultad de Derecho porque estaba molesto con el sistema. Quería entrar en el tribunal y hacer sangrar a la gente. —Su corazón estaba acelerado, y no tenía idea de por qué. Pero nunca había dicho nada de esto en voz alta. Ni siquiera a sus hermanos.

—Eres uno de los buenos, Chance. Yo no pude hacerlo. —Se inclinó hacia atrás y ladeó la cabeza para estudiarlo.

—Tú cambias el mundo, Erin. Escribes canciones que ayudan a las personas a sentirse como si no estuvieran solas, que les ayudan a sobrellevar la vida. Es una de las cosas que me fascinan de ti. —Tenía tantas ganas de tocarla que sus dedos temblaban. Tomó su servilleta y se limpió la boca, aunque no había nada allí.

Ella tenía un bocado de waffle en la boca y un poco de jarabe en el labio. Él quería inclinarse sobre la mesa y lamerla, pero se conformó con levantar la mano y limpiarle el jarabe de su grueso labio inferior con el pulgar. Cuando él se llevó la sustancia azucarada a la boca, sus ojos se dilataron y ella observó cada movimiento como si la hubiera hipnotizado.

—Realmente quiero besarte, ahora mismo.

—Entonces bésame. —Ella se puso de pie, justo al lado de su silla y esperó.

Había soltado la idea porque quería que ella supiera cuánto la quería. Pero él nunca esperó esto. Ella le estaba llamando la atención, retándolo a ponerse de pie y hacer un espectáculo de sí mismo en medio de un restaurante lleno de gente.

Había tenido docenas de citas en los últimos años, y ninguna lo había desafiado como ella.

Ninguna de esas mujeres le había hecho sentir tan vivo.

Se tomó su tiempo, repentinamente queriendo que cada par de ojos en el lugar se volteara hacia ellos para ser testigos de este beso. Estaba reclamando su derecho, aquí y ahora, y quería que todos supieran que ella era suya.

Miró a la mesa de al lado y notó que dos jóvenes parejas casadas los

miraban con más que un interés pasajero. Una sonrisa coqueta se dibujó en su rostro y abrazó a Erin.

Todos sus pensamientos huyeron una vez que sus labios tocaron los de ella. Ella era una llama viva en sus brazos y no se resistió cuando él profundizó el beso. Ella se abrió a su exploración mientras él se tomaba su tiempo para saborearla. Su boca estaba aromatizada con jarabe de albaricoque y vainilla, y él frotó su lengua contra la de ella, imitando lo que quería hacerle al resto de ella

Ella colocó sus manos en los lados de su cara y lo sostuvo fuerte, como si no pudiera soportar dejarlo ir. Sus senos fueron aplastados contra su pecho y sus cuerpos se presionaron muslo con muslo; su suave estómago era una distracción celestial para su erección furiosa.

No supo cuánto tiempo duró el beso, pero uno de los hombres casados en la mesa de al lado silbó y una ronda de alcoholizados gritos de aliento lo trajo de vuelta a la realidad.

Erin gimió mientras se alejaba, y él le enterró la mano en su cabello y presionó la cara de ella contra su pecho para que ambos se calmaran. Ese gemido de necesidad le pertenecía y no quería que nadie más lo escuchara. Ahora no. Tal vez nunca.

Ella se estremeció contra él y se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos. Podía imaginarse la imagen que hacían, él en sus pantalones de mezclilla y suéter marrón liso, ella pareciendo una diosa con ojos ambarinos y botas hasta las rodillas.

—Pareces una persona aburrida, pero eres totalmente peligroso.

Una pequeña carcajada estalló a su alrededor, pero Erin los ignoró a todos, como si realmente no le importara quién los observaba. Ella sólo tenía ojos para él, lo que no estaba ayudando a que su corazón dejara de latir. En todo caso, su silenciosa declaración tuvo el efecto contrario.

—Mejor terminemos de comer para que pueda llevarte a casa.

Se sentó y se comió el resto de su waffle como si su mundo no se hubiera inclinado.

**D**os días después, Chance se despertó con dolor de cabeza y una erección. Su cuerpo se había negado a dejarlo dormir.

En resumen, no podía dejar de pensar en Erin, y cada vez que lo hacía, su polla se ponía dura.

Se había visto obligado a ocuparse de su asunto él mismo antes de poder irse a dormir anoche. Habían pasado dos días y él juraría que aún podía saborear su beso. No había añadido su suéter a la pila de la ropa sucia porque cuando se lo ponía en la cara, olía a flores silvestres. Como su cuerpo presionado contra el de él. Como ella.

Le habría explicado que normalmente no conocía a una mujer en un bar e intentaba algo con ella, pero Erin lo estaba volviendo loco. Y ella no parecía querer una explicación. De hecho, ella era la responsable del beso número dos.

Frotó su mano a través de su cabello y saltó a la ducha. Hoy tenía su primera clase oficial de guitarra y no se la iba a perder.

Literalmente no podía dejar de pensar en ella. O ese beso de albaricoque. Ella había sido fuego líquido, tan caliente que lo quemó y lo dejó hambriento de más. Él quería más. Quería seducirla lentamente, besar cada centímetro de su suave piel y hacerla gemir y gemir, como lo hizo el viernes por la noche. El sonido había puesto su polla más dura que una maldita barra de acero. Había perdido la pista de todo menos de ella. Había estado tan envuelto en ella que había olvidado dónde estaba, en medio de un restaurante de waffles.

Lo cual nunca le había pasado antes.

Erin le había hecho perder la cabeza. Y ella lo había llamado «peligroso».

Quince minutos más tarde, sacó su nueva guitarra del estuche, se colocó en su sillón de cuero y trató de recordar algunos acordes básicos. Antes de Erin, en realidad no había tocado la guitarra desde la escuela secundaria; undécimo grado, de hecho. Desde el día en el que había decidido que iba a ser tomado en serio.

Dejando a un lado sus recuerdos llenos de dolor con su habitual eficacia, se concentró por completo en el instrumento que tenía en sus manos. Todavía recordaba el sonido de una guitarra bien afinada y ajustó las clavijas hasta que cada cuerda sonaba perfecta. Ahora. ¿El acorde Sol? Do? Lo tengo. ¿Mi menor?

Eso estuvo mal. Inténtalo de nuevo.

Miró la tarjeta de la tienda de guitarras en su mesa lateral, y consideró llamar sólo para escuchar su voz mientras El Increíble Hulk lo miraba con un amenazador gruñido desde el manto sobre su chimenea de gas.

Su madre probablemente se estaba riendo a carcajadas ahora mismo. Lograr el sueño de la infancia que había escrito en el interior de esa tarjeta era literalmente imposible, pero sabía que su madre querría que lo cumpliera en espíritu.

Así que aprendería a tocar la guitarra. Con Erin.

Ganar-ganar.

Tal vez, si tocaba muy bien, ella lo dejaría besarla de nuevo.

Media hora después fue a la tienda de guitarras. Un auto pequeño y blanco estaba estacionado cuidadosamente en el espacio delantero. Así que Erin estaba ahí. Le preocupaba que ella no apareciera.

Aparcó y tomó su guitarra del asiento trasero. Cerró la puerta y se dirigió hacia dentro con nudos en el estómago.

Cielos. ¿Estaba nervioso por tomar una estúpida clase de guitarra? ¿Qué le pasaba? No, no estaba nervioso por la guitarra, todo era por verla.

*«Está bien estar nervioso, cariño. Sólo significa que te importa».*

Las palabras recordadas de su madre no sirvieron de consuelo cuando abrió la puerta de cristal de la tienda de música y entró. El lugar estaba vacío, excepto por Erin. Estaba sola en la tienda, inclinada sobre el cristal con un lápiz y una goma de borrar. Esta vez, ella estaba en el lado del cliente, y él tenía una vista excelente de su trasero curvilíneo. Se veía adorable, pero tenía círculos bajo los ojos que no habían estado allí hace un par de días. Parecía cansada.

Su cabello rubio estaba acomodado en una cola de caballo y llevaba puestas un par de zapatillas planas de deporte color rosa. Hoy llevaba una camiseta negra con una banda de rock de los 70 al frente. Era hermosa, y se concentraba intensamente en lo que estaba frente a ella. Probablemente una nueva canción. Su cara estaba libre de maquillaje, y descubrió que le gustaba eso de ella. Sin pretensiones cuando estaba fuera del escenario. Ella era real. Sus labios estaban desnudos y de un rosa pálido. Parecían suaves y completamente besables.

Quizá debía buscar otro profesor, uno que no lo distrajera tanto.

Su mandíbula se apretó en protesta antes de siquiera pudiera terminar ese pensamiento. No.

Ella parecía dulce e inocente. Si él no la hubiera visto en el escenario aquella noche, nunca hubiera creído que ella tenía un lado tan salvaje, un lado que no podía esperar a explorar.

Y si ella no hubiera confesado la verdad sobre su pasado, él habría asumido que ella había crecido en una casita perfecta, con un comedor amarillo, una cerca blanca y una madre que horneaba estofados todos los domingos después de la iglesia.

Pero eso era sólo parte de la gran ilusión usada para hacer que la gente sintiera que su propia vida no era lo suficientemente buena. Nadie que conociera vivía así. Nadie.

El incesante golpeteo de su lápiz cesó cuando él entró, y ella lo miró frunciendo un poco el ceño.

—Llegas temprano.

—En realidad no. Se supone que mi lección empezará en cinco minutos. — Esperó, a la expectativa de algo... cualquier cosa que indicara que ella quería

hablar de la noche de los waffles. O mejor aún, que quería otro beso.

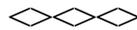
En vez de eso, ella actuó como si nada hubiera pasado, así que él hizo lo mismo.

Echó un vistazo al reloj en la pared y suspiró.

—Correcto. Lo siento. Perdí la noción del tiempo. Entra y prepárate. Toma la silla azul. Hay un amplificador ahí al que puedes conectarte. —Ella le hizo un gesto con la mano hacia la puerta con cortinas que llevaba a la sala de clases insonorizada.

—De acuerdo. —Pasó junto a ella y trató de no irritarse con sus modales distantes, pero la verdad es que esta mujer reservada y fría no era la mujer que había sostenido en sus brazos.

¿Qué demonios había pasado en las últimas treinta y seis horas.



ERIN VIO el destello de confusión en sus ojos y apartó su mirada para que no pudiera presenciar su lucha interna.

¿Cómo iba a sobrevivir la siguiente hora sin hacer el ridículo? Cuando se ponía una peluca y se transformaba en Eva James podía ser valiente, lo suficientemente salvaje como para atreverse a besarlo en medio de un restaurante lleno de gente.

Pero ahora había vuelto a la normalidad, a una cola de caballo y unos pantalones de mezclilla. De vuelta a la simple, aburrida, introvertida y ligeramente tímida Erin, la nerd de la banda. Su historial con los hombres dejaba algo que desear.

¿Todavía la querría vestida así? ¿O había estado mintiendo cuando dijo que le tomaría un par de semanas para invitarla a salir?

—Estás pensando demasiado. —Unos fuertes brazos la envolvieron por detrás y ella saltó mientras un pequeño chillido de sorpresa escapaba de su garganta.

—Me asustaste.

—Estabas pensando demasiado.

—Estaba trabajando en algo.

Él la empujó hacia atrás contra él y ella se fundió en su calor, colocando sus antebrazos encima de los suyos para aferrarse a él.

—¿Trabajando? Esperaba que pensaras en mí —dijo él.

—¿En serio?

Él se aprovechó de su cola de caballo y bajó sus labios a la piel desnuda en el lado de su cuello.

—Pensé en ti toda la noche, así que sería justo.

—¿En serio?

—Sí. En serio.

¿Y ella había pensado que él era peligroso? La palabra parecía tan débil ahora. Más bien letal. Sus labios hicieron su magia, y cuando ella giró la cabeza hacia un lado, él cambió la atención para besar a lo largo de su mandíbula. No, no letal, adictivo. Totalmente, jodidamente adictivo. Lo cual era mucho, mucho peor.

Ella cerró los ojos y bajó la cabeza para descansar sobre su hombro.

—De acuerdo. Un beso, Chance, y luego tenemos que ir a trabajar.

—Eres una esclavizadora.

Ella se echó a reír.

—No tienes ni idea. —AJ había usado ese mismo término en más de una ocasión, usualmente en combinación con múltiples maldiciones y gruñidos de enojo—. Estoy concentrada. Hay una diferencia.

Él la giró en sus brazos y ella se fue voluntariamente, apoyando sus manos sobre sus bíceps.

—¿Y si quiero que te concentres en mí?

El brillo travieso de sus ojos la hacía sentir atrevida, a pesar de que no llevaba su habitual armadura de Eva James.

—¿En qué parte específica quieres que me concentre?

Su mirada se inundó de calor mientras sonreía y bajaba su nariz para tocar la punta de la de ella.

—¿Y si digo cada parte?

—Eso podría tomar horas.

—Un hombre puede soñar.

Ella también podía, y sus sueños se centraron en volver a probarlo. Se levantó sobre las puntas de sus pies para poder cerrar el pequeño hueco entre ellos y tomó lo que deseaba, confiada, por una vez, en que este hombre la dejaría tomar lo que quisiera.

La idea hizo que su cabeza girara con posibilidades y que su corazón golpeará contra la parte de atrás de sus costillas como una baqueta tocando un redoble de tambor, demasiado rápido como para seguirlo.

Él la dejó tomar el control esta vez, y cuando ella corrió su lengua a lo largo del borde de su boca, él la abrió para ella y la dejó entrar.

Y así de rápido, todas sus buenas intenciones salieron por la puerta. Ella envolvió ambos brazos alrededor de la parte de atrás de su cabeza y presionó su cuerpo lo más fuerte que pudo contra el de él. Levantó su pierna derecha y la envolvió alrededor de la parte posterior de su rodilla para acercarlo, pero sin importar lo que hiciera, no podía acercarse lo suficiente. No era suficiente.

Quería contacto piel con piel.

Como si hubiera leído su mente, él movió sus manos hacia la parte baja de su espalda, y luego hacia arriba por debajo de su camiseta para explorar la pendiente de su espalda baja. Su toque era eléctrico, y ella quería que esas manos vagaran por cada centímetro de su piel.

Pero él era un caballero y limitó su tacto acalorado a la espalda y los lados de ella, justo debajo del volumen de sus pechos. Su mano firme combinada con tal control de hierro que hizo que ella quisiera empujarlo para ver cuán lejos podía llegar antes de que él perdiera el control y la doblara sobre el mostrador de cristal detrás de ella

—Había una silenciosa fuerza en él que ella encontraba completamente irresistible. Su voluntad de hierro la llevó a querer confiar en él, a empujarse a sí misma y a él a los lugares a los que antes había tenido miedo de ir. Por

primera vez en su vida, quería perder el control, entregarse por completo al toque de un hombre.

Él se echó hacia atrás y apoyó su frente contra la de ella. Ambos respiraban con dificultad. Ella suspiró y cerró sus ojos mientras sus manos descansaban, inmóviles, sobre la piel desnuda justo por encima de su cintura.

Adictivo. Sí, esa había sido la palabra correcta. Era tan diferente a ella, tan tradicional, formal y cuadrado. Respetuoso. Inteligente. Honesto.

Cuanto más sabía ella de él, más quería saber. Empezaba a pensar que él era el tipo de hombre del que había leído en los libros, el tipo con el que podía contar cuando la vida se volvía una mierda.

La idea de apoyarse en él, de confiar en él, tenía alarmas sonando en su cabeza y banderas rojas ondeando detrás de sus ojos, pero ella lo ignoró todo.

Erin dejó caer un beso rápido de boca cerrada en sus labios y se soltó de sus brazos. Se enderezó la camisa y retrocedió antes de que él la tentara a repetir ese beso.

—Ahora que tienes los besos cubiertos, es hora de que aprendas a tocar la guitarra.

—Hagámoslo.

Pasaron la siguiente hora tocando juntos la guitarra. Él tocó algunos acordes básicos de canciones populares de rock, ella tocó la melodía y cantaron juntos. Ella se echó a reír cuando él cantó cada línea de su balada favorita con voz completamente desafinada y plana. Él la miró en completo silencio cuando ella le cantó la misma canción de amor de la manera que se suponía que debía ser, inquietante, triste y solitaria. Ella cerró los ojos y se perdió en la melodía. Cuando el último acorde se desvaneció, ella abrió los ojos y lo encontró mirándola con una intensidad oscura que nunca antes había visto.

—Eres hermosa.

—Es música hermosa. —Sintió el calor de un rubor completo subiendo por su cuello hasta su cara y se giró para volver a colocar su partitura en el estuche. El calor se extendió por su pecho ante su alabanza y su atención. Ningún hombre la había mirado así. Eva James veía lujuria en los ojos de los hombres todas las noches, pero Erin nunca había visto ese interés concentrado

en los ojos de un hombre cuando no estaba vestida como su alter ego; era una mirada que prometía tanto. La miraba como si quisiera entenderla, conocerla de adentro hacia afuera. Como si importara, y no sólo por el sexo, sino por la verdadera mujer detrás de la máscara, la que mantenía escondida.

Guardó su propia guitarra y esperó como un centinela, observando cada movimiento que ella hacía. Se tomó su tiempo con su guitarra, con la esperanza de que algo de la intensidad en la habitación se desvaneciera.

No hubo tal suerte.

Ella cerró su estuche y se levantó para encontrar a Chance justo a su lado. La abrazó suave y lentamente, como si fuera frágil como una flor, o como si temía que huyera.

—No es sólo la música, Erin.

Su suave declaración derritió su corazón y todo lo que ella pudo hacer fue mirarlo impotente mientras bajaba la cabeza y colocaba un lento y reverente beso en sus labios.

Otro jueves por la noche, otro club. Erin se ajustó la peluca azul que llevaba puesta para el show de esa noche y tiró de su falda blanca corta. Ella tenía su propia mirada característica, y esta noche había añadido algo extra...

—Y no porque él vaya a estar aquí. —Se encontró con su propia mirada azul eléctrico en el espejo y suspiró. Tenía que admitir la verdad, al menos ante sí misma. Se había vestido para Chance esta noche. Ella quería que él estuviera loco por ella.

Debía estar asustada de que los ejecutivos de Shipton estuvieran esperando para ver el espectáculo. Debía haberse puesto este traje para ellos, para causarles una buena impresión. Pero la verdad era su lema, y la verdad era que ella no quería que Chance pudiera quitarle los ojos de encima. Impresionar a los ejecutivos de la música sería una ventaja adicional.

Erin trató de hablar con su corazón acelerado, pero no funcionó en absoluto. Los nervios siempre la molestaban justo antes del espectáculo, pero esta vez era peor. Mucho peor. Quería volver a ver esa mirada en los ojos de Chance Walker, esa intensa mirada de no poder pensar con claridad.

—Contrólate, mujer. —Chance la estaba cambiando. Tal vez ella debía saltar dentro de la cama con él y disfrutar del viaje.

Una cosa la detenía, una verdad que AJ amaba restregarle en la cara cada vez que podía. Erin no tenía sexo casual. Tenía un defecto psicológico que le hacía imposible el sexo casual. En el momento en el que un pene entraba en su cuerpo, Erin se enamoraba del dueño de dicho pene. AJ lo llamaba su

«pequeño problema de pene».

Ella simplemente no tenía sexo. Nunca. No importaba lo tentada que estuviera por dejar que su malvado alter ego se saliera con la suya. Eva James tendría sexo caliente y salvaje con Chance, y disfrutaría cada minuto. Erin lo pensaría dos veces, sería prudente y le romperían el corazón. Lo cual realmente apestaba, porque de vez en cuando una chica necesitaba un poco de alivio. Y la idea de sexo caliente y sudoroso con Chance la tentaba. Mucho.

*Bang-bang-bang.* Los fuertes golpes de AJ en la puerta del baño eran como un cubo de agua fría sobre su cabeza.

—¡Vamos, E! Tenemos un concierto que tocar. ¿Qué estás haciendo ahí dentro? ¿Dejando caer un dos? ¡Vamos!

—Estaré ahí en un segundo. —Ella le dio una mirada a la sexy chica en el espejo y asintió en aprobación. Tenía un trabajo que hacer. Era hora de hacerlo. Ella se dirigió a la puerta y la abrió para encontrar a AJ parado allí con una sonrisa en su cara. Tenía los ojos hinchados y rojos, y olía como si acabara de salir de una pipa.

—Hola, hermanita.

—Apestas.

—Fumar es el secreto para una vida larga y saludable.

—Eres estúpido, ¿lo sabías? —Ella lo miró fijamente y negó con la cabeza, pero no se quejó. En alguna época habría estado borracho o tomando pastillas, o ambas cosas, antes de subir al escenario.

—Pero me amas de todos modos. —Ella lo amaba. Y algo le había pasado en el último año. Se había vuelto un poco más serio. Tal vez fue cuando amenazó con dejar la banda.

Porque el hecho era que ella no quería tener que ser Eva James, gatita sexual, para lograr sus metas en la música. Quería escribir música, tocar la guitarra y ser ella misma en el escenario. Pero era demasiado cobarde. Aparte de su hermano, nadie en su vida había pensado que Erin Michaelson fuera suficiente. Ni siquiera su propia madre.

—Sí, lo sé. Pero sigues siendo un idiota. Mamá murió mientras estaba drogada con esa mierda, por si acaso lo olvidaste.

—Qué frío, E. Ella conducía borracha. Su elección. Yo no hago eso.

—Lo siento. —Sí, él no lo había olvidado. Ninguno de los dos lo olvidaría. Y tenía razón. Cuando fumaba o bebía, era el cliente más confiable de la compañía de taxis.

—Ah, hermanita, está bien. Eres tan dulce conmigo. Nada más que amor. —Su brazo envolvía los hombros de ella y los músculos de su cuello se tensaron en preparación. Oh, mierda. Ella conocía ese tono de voz.

—¿Qué quieres, AJ?

—¿Qué?

—Tú sabes qué. ¿Qué. Es. Lo. Que. Quieres? Nunca eres tan amable conmigo, y nunca me abrazas a menos que estés a punto de pedirme dinero.

—Sólo cien dólares. Eso es todo. Y te juro que te lo devolveré la semana que viene. —Tuvo el buen juicio de darle los ojos grandes y caídos de cachorro y el labio inferior triste y tembloroso. Ella no pudo evitar que se le escapara la sonrisa, por mucho que quisiera abofetearlo. Él era todo lo que ella tenía. Era inmaduro e imprudente, pero la amaba. Y ella lo amaba. Eran un caso clásico de codependencia, y ella lo sabía porque había leído algunos libros cuando había estado tratando de poner en orden su asuntos. Él la cagaba. Ella permitía su comportamiento pagándole la fianza. Clásico.

El problema con el amor duro era que era igual de duro para ambas personas. Decepcionarlo, o decirle que no, en realidad hacía que le doliera el corazón. Ella había estado cuidando de él desde que era un niño, y los viejos hábitos son difíciles de matar. Sólo deseaba sentirse más como una hermana y menos como una madre.

—Bien. Después del espectáculo. —Ella comenzó a empujarse para pasar al lado de él a través del pasillo pequeño y desierto detrás del escenario del bar, pero él tomó su brazo.

—Lo necesito ahora.

—¿Por qué?

—Porque le hice una promesa a una de las chicas que trabaja aquí.

—¿Una promesa? —Dios la ayude, ella iba a matarlo. ¿Estaba haciendo esta mierda esta noche? ¿Con los ejecutivos de Shipton ahí para ver su

concierto? Dios, podría arruinarlo todo—. ¿Quieres decir que le prometiste cien dólares si te la chupaba antes del show?

—Vamos, E. No seas mojigata. Sabes que me ayuda a calmarme.

O iba a vomitar o iba a matar a su hermanito.

—Por favor, dime que la llevaste a un lugar privado, al menos. —Si había llevado a la chica a la parte de atrás, o a su auto, tal vez Erin podría encargarse de esto y hacer que desapareciera sin que los chicos de la disquera se enteraran.

—Siempre soy discreto.

—Eres repugnante. Sólo ve a hacerte una chaqueta en la esquina la próxima vez.

—Por favor, E. Ella está esperando.

Erin suspiró. Se suponía que empezarían a tocar en menos de diez minutos y su hermano ya se había metido en problemas.

—¿Dónde está ella?

—Ella está ahí fuera, apoyada en el borde del escenario por mi guitarra.

—¿Cómo se llama?

—Emmm... —Tiró de sus barbas de chivo y no la miró a los ojos.

—Eres un imbécil. No importa. ¿Qué aspecto tiene? —No se atrevía a darle el dinero a su hermano, pues se desvanecería como humo de pipa en una brisa.

AJ describió a una morena con unas «enormes teclas» que llevaba una minifalda negra y una camiseta que todos los empleados del bar usaban para ir a trabajar.

—¿Cien dólares?

—Sí.

Erin volvió al pequeño casillero que el dueño del bar le había dado para guardar su bolso y sacó el nuevo billete de cien dólares de Chance de su billetera. Maldita sea. Se fue la mitad de los ahorros que había destinado a la nueva computadora.

—Pagaste de más. La próxima vez encuentra a una puta drogadicta que lo haga por diez. —Erin no reconocía a la perra fría e insensible que estaba hablando con su hermano en ese momento, pero comenzaba a salir a jugar más y más a menudo.

—Lo sé. Lo sé. Lo siento mucho. Lo juro. Es una buena chica, Erin. Nada de drogas. Y tiene un niño pequeño en casa sin papá. Quería ayudarla.

—¿Ayudarla? ¿Dejando que te la chupe? Eres un verdadero humanitario, AJ. —Sí, definitivamente iba a vomitar. La habitación empezó a girar y tuvo que apoyar su mano en la pared para evitar caer—. No voy a hacer esto otra vez. ¿Me entiendes?

—Lo prometo. —Sonrió y la jaló para darle un fuerte pero rápido abrazo—. Gracias, E. Eres la mejor.

AJ la dejó ahí con la cartera abierta y el ceño fruncido. Nunca más. ¿Cuántas veces le había dicho eso? Estaba sola en el pasillo de los empleados detrás del escenario y unos segundos más tarde oyó el sonido revelador de AJ calentando para la guitarra principal, Ricky tocando las teclas y Todd tocando unos cuantos ritmos diferentes en la batería.

Erin tomó el dinero y metió su bolso en el casillero. Maldiciendo silenciosamente a su hermano, lo cerró y salió a buscar a la última víctima de AJ.

Pero cuando vio a la mujer inclinando su cadera contra el escenario, mirando a AJ con adoración abierta, su estómago se acalabró. AJ debía haber dejado que la chica se saliera con la suya. Por la expresión de su cara, lo habría hecho gratis.

Pero entonces AJ tendría que tratarla como un ser humano, una mujer con sentimientos y expectativas reales. El dinero lo hacía emocionalmente estéril y parecía mantener su consciencia limpia. Y esa era la jugada que había aprendido de su padre.

Erin se acercó a la mujer y deslizó el billete de cien dólares en su mano con facilidad. AJ juró que sería la última vez, y él fingió creerlo, así que ella también fingió. Algunas noches, fingir era lo único que la mantenía viva.

—Finge hasta que lo consigas, Eva James. —Se susurró a sí misma el mantra mientras caminaba hacia las escaleras al otro lado del escenario, tan

lejos de AJ y de su club de fans de una sola mujer como pudo.

Mientras subía al escenario, su mirada deambuló entre la multitud. Melanie estaba allí, como siempre, con una sonrisa en la cara. Cada vez que miraba a Todd, la chica prácticamente brillaba de felicidad.

Amor verdadero. Ambos lo tenían escrito en sus caras cursis y en sus miradas largas y persistentes.

Nunca nadie la había mirado así. Había tenido un buen número de amantes, y ninguno la había hecho sentir querida o adorada. Ninguno de ellos la había hecho arder tanto como para no pensar.

Hasta el beso de Chance.

Cerró una puerta de acero frente a ese pensamiento antes de que pudiera arruinarla por la noche. Toda la semana el pensamiento de él se negó a dejarla en paz. Si ella dejaba de moverse, su olor, su gusto, su calor estaban justo ahí, atormentándola. Él era como un veneno lento en su mente, y ella no podía deshacerse de él, ni siquiera ahora, cuando tenía que trabajar.

La multitud del bar se había triplicado en la última hora mientras la banda se preparaba. Y más vendrían después. Eran sólo las siete. Aún era temprano, incluso para un jueves por la noche. Había mucho ruido, y el humo de las parrillas de la cocina flotaba cerca del techo en una espesa nube. El aire acondicionado no sería lo suficientemente fuerte como para evitar que sudara bajo las luces una vez que empezaran a tocar.

Ella sopló en el micrófono para probar el sonido y le mostró un pulgar hacia arriba a Ricky, y él le hizo un gesto con la cabeza desde la consola de audio detrás del piano. Todo listo. Ella tomó el bajo y se puso la correa en la cabeza. Cuando el peso familiar se posó sobre su hombro, ella sostuvo la guitarra y corrió con sus manos a lo largo de sus suaves planos y bordes. Tomar una guitarra siempre la ayudaba a calmarse y a encontrar su centro. Prefería ser la guitarrista principal o la pianista, pero era fácil tocar el bajo y cantar. Menos trabajo. Menos concentración en sus dedos y más en la ilusión elaborada que era Eva James.

Erin respiró hondo y esperó un tranquilo 'listo' de los muchachos. Ricky, Todd y AJ sonaron uno por uno y ella se acercó al micrófono. Miró sus botas de rayas blancas, hasta la rodilla, y su minifalda blanca con rayas azul eléctrico a los lados. Su top de esta noche era una camisola azul brillante bajo

un intrincado tejido de cinta plástica blanca brillante que le había llevado dos semanas hacer. El cabello azul brillante de su peluca cayó hacia adelante para ocultar su cara, y ella tomó tres respiraciones lentas y profundas para prepararse mientras la música se desvanecía y el bar se calmaba en anticipación a su primera canción.

Era hora de ser otra persona. Respiró hondo y levantó la vista con una brillante sonrisa en su rostro. Tres. Dos. Uno...

—Hola. Somos Fourth Strike. Él es AJ en la guitarra, Ricky en los teclados, Todd en la batería, y yo soy Eva James... —Ella comenzó a tocar un ritmo con el bajo y la multitud vitoreó. Todos menos uno.

Chance Walker se sentó en el bar y frunció el ceño hacia el escenario. Su mirada la habría asustado si hubiera estado dirigida a ella.

Si las apariencias mataran, AJ ya estaría muerto. ¿Por qué estaba mirando a su hermano? ¿Sabía lo que AJ había hecho?

Su sonrisa desfalleció. ¿Había visto Chance cómo le pagaba a la camarera? ¿La había visto humillarse? ¿Sabía que ella había encubierto a su hermano?

¿Por qué le importaba?

Las náuseas le entraron en las entrañas y las contuvo. Tuvo que despejarse la garganta antes de poder volver a hablar por el micrófono. Su vergüenza se transformó en ira. Chance no tenía derecho a juzgarla. Claro, su hermano pequeño era un imbécil, pero él era su imbécil.

Erin escuchó el ritmo y comenzó su cuenta de ocho tiempos para la entrada de las voces, pero su cabeza no estaba en ello. Se perdió en su cuenta y Todd tocó un solo de batería mientras ella se enderezaba la cabeza. No más pensamientos sobre identidades falsas, mala iluminación o besos robados. Ella era Eva James. Y en el escenario, Eva James era una asesina sin prisioneros.

AJ le dio la señal y cantó como si su vida dependiera de ello. Su cordura ciertamente dependía.

**C**hance quería partirle la cara a AJ, el hermano idiota. Sabía bien cómo iba a terminar esto. Había visto todo el triste espectáculo previo al concierto, incluyendo el acto de desaparición de AJ con una de las camareras.

Lo que más lo impactó fue el disgusto que vio en la cara de Erin y el dinero que la había visto deslizar encubiertamente en la mano de la otra mujer. Erin metió ese dinero como si lo hubiera hecho cien veces, y la mirada resignada en su rostro y la caída de sus hombros le dijeron que probablemente lo había hecho.

Ese hermano suyo era un problema. AJ no respetaba a las mujeres. Había deshonrado a su hermana y a esa camarera. Le estaba haciendo daño a Erin y además le estaba costando una fortuna. Especialmente si su comportamiento de esta noche era un hábito.

Y no era asunto suyo.

—¿Por qué estamos aquí? Te abandonó la semana pasada, Chance. Esa es más o menos la señal universal para ‘no interesada’. ¿Qué demonios haces persiguiendo un lío caliente como ese? —Derek se sentó a su lado, pero esta vez eran sólo ellos dos en la barra. El escenario estaba a la izquierda de ambos, lo que significaba que Chance tenía que inclinarse alrededor del perfil de su hermano para ver a la mujer que había venido a ver esta noche.

—Te lo dije, la alcancé después. Y ella me invitó. —Podía vigilarla y mantenerse oculto de la vista de Erin por detrás de los gruesos hombros de Derek.

—Si tú lo dices.

Derek le ofreció un trago de whisky pero Chance lo rechazó. Esta noche no. Esta noche el agua helada era su bebida preferida, y si tenía suerte, Erin sería el postre.

—Gracias por venir.

Derek levantó su vaso en señal de saludo.

—Absolutamente, carajo. No podía dejar de verte maltratándola detrás de los altavoces otra vez.

—Cállate. La besé. Eso es todo.

—Sí, claro. —Derek sorbió su whisky con notable moderación—. Por eso el perdedor de su hermano menor tuvo que intervenir.

—¿Qué? ¿Cómo sabes que AJ es más joven? —Eso le hizo quitar la mirada de Erin pavoneándose en el escenario. Ella había empezado a cantar y su voz vibraba a través de su pecho y se dirigía directamente a su entrepierna. Se estaba convirtiendo en un perdedor obsesionado. No podía dejar de pensar en ella. Había acechado a la banda en su página web, en su perfil de Facebook y en Instagram. Sabía sin preguntar que Erin lo publicaba todo.

—Ella es mayor. Confía en mí. Ella le cuida la espalda. —La mirada de Derek se posó en la camarera a la que Erin le había dado dinero... y se quedó allí—. Se ocupa de sus problemas. Limpia sus desastres. Veo las señales.

—Tú lo entenderías. —Derek era el mayor, y había sacado de apuros a cada uno de sus hermanos más de una vez. Demonios, incluso había ido a la cárcel durante seis meses para proteger a Mitchell. Chance sorbió su limonada y se inclinó hacia adelante para ver a Eva cantar. Ella miró a todos lados menos a él, lo que significaba que sabía que estaba allí—. Esto es una estupidez. Estoy obsesionado.

—Sí.

—Cállate, hombre.

—Mira. La chica no es tu tipo. Mírala, Chance. Mírala de verdad.

Oh, claro que estaba mirando, y tuvo que ajustar a los chicos de abajo para mantener las cosas cómodas.

—Estoy mirando.

Derek se inclinó hacia atrás y suspiró.

—Amigo, mira con algo más que tu polla. Esa chica te dejará atrás, te destrozará. No puedes soportar eso. —Derek levantó su whisky hacia la barra y delineó sus curvas con su vaso mientras continuaba—. Es demasiado ambiciosa para ti.

—Me gusta lo ambicioso.

—No, no es así.

Esa dolió.

—¿De qué demonios estás hablando? Quiero una mujer que sepa lo que quiere. La confianza es sexy. Eres una mierda si crees que no lo sé.

—Mentira, Chance. Quieres una maldita ama de casa, una mujer tradicional. Quieres una esposa que te apoye en tu carrera, no que te arrastre por todo el mundo para seguir la suya. Hace años me dijiste que querías media docena de niños. Esos niños van a necesitar una madre. No eso. —Derek inclinó la cabeza hacia el escenario para indicar exactamente de quién estaba hablando—. Esa no es una madre. No es una esposa adecuada y socialmente aceptable para un futuro socio en un bufete de abogados.

Derek bebió su trago rápidamente y de manera gentil dejó el vaso sobre la barra.

—Esa chica es un problema, Chance. Ella es talentosa. Es ambiciosa y nunca se rendirá. Conseguirá un contrato discográfico, se mudará a Nueva York, California o Londres y nunca mirará atrás. —La mano de su hermano bajó para descansar sobre su hombro—. No se detendrá por nada. —Apretó—. Y especialmente no por una polla pequeña.

—Eres un imbécil.

—Digo la verdad, y tú lo sabes. Pero oye, si sólo quieres divertirte un par de semanas, hazlo. Sólo recuerda que no será más que eso. No para ella—. Derek señaló al otro lado de la barra, hacia dos hombres que estaban mirando el concierto—. ¿Ves a esos tipos?

—¿Los idiotas de las gafas de sol? —Los dos hombres parecían de su edad, pero sobresalían como pulgares coloridos con gafas de sol y trajes. Y

ambos estaban observando a Erin como si tuvieran un interés personal en ella. Chance conocía esa mirada. También la querían a ella.

—Son Axel Thomas y Wesley Shipton.

—¿Quiénes?

La barbilla de Derek se le cayó al pecho y suspiró con disgusto.

—Dios, estás tan fuera de tu liga con ella que da miedo. ¿No lees?

—Todos los días, durante horas. —Informes legales, declaraciones juradas y un artículo ocasional sobre sus equipos deportivos favoritos—. Vamos, Derek. Deja de jugar conmigo y dime quiénes son.

—Construí una motocicleta para Axel Thomas el año pasado. Él es el más alto, traje azul, cabello oscuro. El rubio es su mejor amigo, Wesley Shipton. Axel pidió una motocicleta para celebrar el primer Grammy de su sello discográfico. Esos dos chicos tienen uno de los sellos discográficos independientes más populares de Los Ángeles, y por la forma en la que están viendo a tu chica, yo diría que va a llevar puesto un bikini en la playa de Cali tarde o temprano.

Mierda. Derek tenía razón. Los dos hombres tenían los ojos pegados al escenario, como todos los demás en aquel maldito lugar. La voz de Eva James tenía una calidad inquietante que no podía dejar de oír. aparentemente, ellos también lo creían.

Chance miró su ropa. Algunos días realmente quería odiar a su hermano. Pero mientras miraba desde el cabello azul eléctrico de Eva James, su sexy camiseta transparente y los tacones de cuatro pulgadas en sus botas blancas hasta su propia camisa con botones, pantalones negros y zapatos negros de cuero... parecía un abogado de cincuenta años, no un hombre soltero de veintisiete años con el que una sirena como ella perdería el tiempo.

Aun así, hubo ese beso ardiente como el infierno.

Que se jodan Derek y esos idiotas con gafas de sol de California. No le importaba. Él la quería, ya fuera por una semana o un mes. Y tenía la intención de tenerla, no importaba lo caliente que ella lo hiciera arder o cuánto le dolería dejarla ir. Había terminado de jugar a lo seguro, especialmente cuando se trataba de ella.

Derek lo dejó solo en el bar media hora después, alegando que tenía que levantarse temprano para ir a trabajar. Como sea. Chance mantuvo su agua helada y su mala actitud mientras Erin y la banda terminaban su concierto.

Se sentó y vio que los dos hombres que Derek le había indicado se acercaban a la banda tan pronto como habían terminado de tocar. AJ se empujó al frente de la conversación y tomó una tarjeta de presentación de la mano extendida de Axel Thomas. El pecho de AJ sobresalía y tenía una sonrisa descuidada en su cara empapada de sudor. Erin, sin embargo, hizo sonreír a Chance. Aceptó la tarjeta que le ofrecieron, sonrió educadamente y pareció ligeramente desinteresada en toda la conversación.

—Esa es mi chica, hazlos sudar. —Chance quería levantarle el puño y abrazarla, pero se quedó sentado y esperó. Su paciencia fue recompensada cuando los dos hombres se alejaron y ella miró de la tarjeta de presentación que tenía en la mano a él. Él levantó su vaso en señal de saludo y ella caminó hacia él.

Se quedó inmóvil un instante antes de que los modales que su madre le había inculcado a todos sus hijos se apoderaran, y se puso en pie para saludarla.

—Hola.

—Hola. —Ella lo miró fijamente mientras él intentaba no perderse en sus ojos azul eléctrico. Y fracasó. ¿Qué estaba pasando con ella? La última vez que la había visto, tenía el cabello largo y rubio sobre la espalda y ojos de ámbar que brillaban como los de un gato salvaje. Hoy llevaba puesta una peluca azul, y su cabello liso le rozaba la parte superior de los hombros. Sus ojos tenían rayas moradas y negras brillantes y el azul de su iris era más parecido al neón que al azul cielo, definitivamente el resultado de los lentes de contacto.

—¿Qué estás haciendo aquí? Pensé que nos veríamos más tarde. —Ella inclinó su cabeza hacia un lado como si fuera un rompecabezas que ella estaba tratando de resolver y movió la tarjeta de presentación en sus dedos de un lado a otro con un fuerte chasquido. Él quería quitársela y levantarle las manos alrededor de su cuello. Se despejó la garganta.

—No quería esperar.

Esa brillante declaración la hizo levantar las cejas y darle una tímida

sonrisa mientras la verdadera Erin se asomaba por detrás del disfraz.

—Oh.

Él señaló a la tarjeta.

—Felicidades. ¿Aquellos dos son buenas noticias hoy en día?

¿Quiénes?

—Wes Shipton y Axel Thomas. Apuesto a que todos ustedes están emocionados. ¿Vinieron desde California sólo para ver su concierto? —La conmoción rodeó los ojos de Erin mientras él estaba agradecido, como siempre, por su memoria. Rara vez olvidaba los detalles si eran importantes. Y esto se sentía importante. Tendría que agradecerle a Derek más tarde por haberle informado sobre aquellos dos. Él investigaría su sello, averiguaría qué tipo de reputación tenían, si tenían alguna acción legal pendiente...

—¿Sabes lo de Shipton Records?

—He oído que son uno de los sellos independientes más populares en este momento.

—Wow. —Ella le sonrió directamente, una sonrisa de verdad, la cual se sintió como un puñetazo. Lo único en lo que podía pensar era en besarla de nuevo—. Supongo que subestimé tu interés en el negocio de la música.

—Estoy interesado en ti. —Se adelantó e invadió su espacio personal, esperando a ver si se retiraba. Cuando ella se puso de pie, con sus labios a centímetros de los suyos, él levantó sus manos a sus caderas y se quedó quieto, a pesar de que era una tortura cuando realmente quería poner todo su cuerpo en contacto con el suyo.

—Necesito besarte de nuevo.

—Vale. Pero ha pasado tanto tiempo que no estoy segura de que recuerdes cómo.

—Recuerdo que hueles a flores silvestres —la beso en el pómulos— y que sabes a caramelo. —Mordisqueó a través de su pómulos hasta su oreja y presionó sus labios contra el borde exterior—. Y que nunca quise parar.

—Yo tampoco. —Su confesión sin aliento disparó un rayo a través de su sistema. Ella lo deseaba tanto como él a ella.

—¿No tuviste suficiente la última vez?

—Ni cerca.

Besó a través de su mejilla hasta su boca y rozó los labios de ella con los suyos. Sus alientos se mezclaron y ella lo miró a los ojos, retándolo. Ese era un reto que tenía la intención de tomar.

El ruido del bar se desvaneció hasta que no había nada más en la habitación que ella. Las suaves curvas de sus labios color rosa intenso, el tenue olor a flores silvestres de su piel y el brillo azul loco de sus ojos.

Mordisqueó su labio inferior, metió la suave carne en su boca y la sostuvo allí con sus dientes mientras exploraba su labio regordete con la punta de su lengua.

Y cada segundo, él la observaba. Él conocía el momento en el que ella se inclinó hacia él para rendirse. Escuchó su silenciosa quietud mientras ella contenía la respiración y esperaba su toque. Quería sonreír de satisfacción cuando sus párpados se cerraron y ella se rindió al instante. A él.

Entonces ella alzó las manos contra su pecho y él cedió a la tentación. Cerró los ojos y le saqueó la boca de la forma en la que había soñado a casi cada minuto desde la última vez que la había visto, sin dejarle espacio para correr ni un lugar seguro para retirarse.

Ella gimió dentro su boca y él la envolvió con sus brazos alrededor de su cintura, acercándola hasta que la sintió descansar contra su polla palpitante. Nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella.

—Dios mío, E. Consigan una habitación. —El comentario sarcástico de AJ se inmiscuyó y Chance quiso golpear al chico bocón. El bastardo de su hermano no molestaba a Chance, pero Erin retrocedió de sus brazos como si se sintiera avergonzada o culpable por besarlo. Y eso lo enfureció.

Él se echó hacia atrás suavemente y pasó su pulgar por la mejilla de ella antes de acomodarla suavemente en el torso de su brazo. Volteó su cuerpo para bloquear la vista de su hermano de su cara. Sus labios estaban hinchados, sus mejillas sonrosadas y sus ojos llenos de deseo. Estaba demasiado vulnerable como para que AJ la viera. Él no lo permitiría.

—Será mejor que te retires, AJ. Déjala en paz. Ya has hecho suficiente daño para una noche.

—Quítate de encima de mi hermana, hombre.

—Ella se queda aquí, conmigo, y tú te vas a encargar de tu equipo.

—No. Déjala ir.

—Estoy bien, Chance. Sólo déjame ir. No vale la pena luchar. —Ella quiso hacerlo a un lado, pero Chance no tenía la más mínima intención de retirarse. Sabía cómo se jugaba este juego. El pequeño imbécil la hacía sentir culpable y avergonzada, y luego la volvía a usar. Se aprovechaba de ella una y otra vez. Usaba su amor contra ella como un arma. Lo había visto antes, docenas de malditas veces.

—Estás tan equivocada. —Chance la sostuvo más fuerte y volteó a verla. Ella valía lo que fuera que él tuviera que hacer para mantenerla con él y hacerla feliz. La necesidad instintiva de protegerla ardió a través de él como una antorcha de soldador que lo cortó en pedazos por dentro—. Deja que me encargue de esto por ti. No tienes que hacerlo todo.

Ella negó con la cabeza, pero él vio la verdad en sus ojos. Ella conocía el puntaje en el marcador, y estaba acostumbrada a estar a cargo. AJ era una sanguijuela, y lo había sido durante demasiado tiempo.

La ira le hervía por las tripas como veneno y no intentó ocultárselo. Ni en su mirada, ni en su ceño fruncido, ni en la rígida e inflexible posición de sus hombros.

—Te tengo. ¿De acuerdo? Déjame cuidarte esta noche. No te hará daño. Por favor.

—Bien. Pero sólo porque dijiste «por favor». —Ella lo recompensó con una sonrisa acuosa y una afirmación con la cabeza, pero fue la pequeña mano que se deslizó en la suya la que selló el trato. Necesitaba que a alguien le importara una mierda lo que le estaba pasando, y su sarnoso hermanito de ninguna manera estaba a la altura del trabajo.

Chance le devolvió la mirada a AJ.

—La llevaré a casa.

—Pero... —AJ empezó a protestar, pero Chance no le dio la oportunidad de completar cualquier pensamiento idiota que pasara por su mente.

—Vete de aquí antes de que te golpee, chico.

—No soy un niño.

—Bueno, seguro que no eres un hombre. Ningún hombre de verdad haría la mierda que hiciste con esa camarera antes del concierto.

—No sabes de lo que estás hablando. —AJ palideció y Chance dio un paso adelante.

—Todo el maldito bar lo sabe, AJ. —Chance permitió que su voz se mantuviera en un tono bajo, pero sabía que la mirada en sus ojos era todo menos suave—. Si vas a pagarle a una chica para que te la chupe, al menos ten las bolas para usar tu propio dinero. —AJ dio un paso atrás y Chance aprovechó su ventaja—. Ahora lárgate de aquí. Voy a llevar a tu hermana a casa.

—E ? —AJ se inclinó alrededor de él para ver cómo estaba su hermana. Así que, el chico podría ser salvable. Sólo necesitaba que un hermano mayor como Derek le pateara el trasero. Como AJ no tenía un hermano mayor, Chance haría el trabajo.

—Vete, AJ. —Ella se asomó por detrás del hombro de él y le dijo a su hermano que se fuera. La satisfacción que sintió él por la elección de Erin le golpeó en la cabeza como un garrote. El sentimiento era primitivo, protector y posesivo. Las tres palabras encarnaban emociones que él tendía a evitar a toda costa. Pero con ella, se deleitaba con el sentimiento. Debía haber perdido la cabeza por completo.

—Como sea. Te veré en casa. —AJ le frunció el ceño y se escabulló como la rata que había sido esta noche.

Cuando él estaba seguro de que AJ no iba a volver por más, se volvió hacia la mujer en sus brazos y la envolvió en un abrazo.

—¿Estás bien?

—Sí. —Ella le rodeaba la cintura con los brazos, y él quería inmovilizarlos en su sitio.

—Bien. No deberías tener que aguantar eso.

—¿Cómo lo supiste?

Chance ladeó la cabeza, enfadado porque todavía estaba tratando de cubrir

a AJ.

—No es exactamente discreto. Necesita componerse. Él es tu hermano. Debería protegerte, no herirte.

Ella presionó su frente contra su pecho y negó con la cabeza. Genial. Él había causado una escena y ahora ella estaba molesta. Había dicho algo que funcionaba en su contra. «Bien hecho, genio», pensó.

—Lamento que hayas tenido que pasar por eso. Sé que no es mi lugar... — Pero él quería que lo fuera... con una vehemencia que lo escandalizaba—. Pero eres demasiado tolerante con él.

Erin se estremeció y dio un paso atrás.

—No. Tienes razón. Sé que tienes razón. —Ella lo miró y se mordió el labio inferior por un minuto mientras veía a los otros miembros de la banda trabajar para empacar su equipo—. Pero las cosas son complicadas.

—Puedes contarme en el camino. Vámonos. Te llevaré a casa. —Su mano aún descansaba en la de él y ella no se alejó, pero dejó que él la guiara hacia la salida del bar y la llevara a su auto. Él le abrió la puerta y corrió hacia el otro lado. El olor de su perfume una vez más provocó sus sentidos mientras se deslizaba en el asiento del conductor y arrancaba el auto.

—¿A dónde? ¿Directo a casa? ¿O quieres ir a tomar algo?

Él se volvió hacia ella lentamente, permitiéndose el placer de comenzar por sus tobillos y trazar cada curva de su pierna, la piel suave y expuesta de su muslo, la curva de su cadera, su cintura. Él no se quedó en sus pechos, pero se tomaría su dulce tiempo una vez que ella lo dejara besarla allí. Demonios, planeaba quedarse... en todas partes.

—Yo no bebo.

—¿Nunca?

—Ya no.

El suspiro cansado detrás de las palabras envió señales de advertencia, pero él no insistiría. Esta noche no. Parecía lista para colapsar en el asiento de al lado.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dormiste?

Ella se rio.

—¿Tan mal me veo?

—Pareces cansada, Erin.

—Tengo otro trabajo.

Oh, claro que no.

—¿Haciendo qué? ¿Dónde?

—Soy mesera. No es gran cosa, sólo largas horas.

Chance rechinó los dientes y mantuvo la boca cerrada. Quería decirle que dejara ese puto trabajo, que se ocuparía de ella, financieramente y de cualquier otra manera. Pero no podía comprometerse a tanto ahora mismo. La había conocido poco más de una semana antes. No tenía derecho a darle órdenes. Pero maldita sea, quería decirle que dejara todo y se mudara con él. Él se encargaría de todo y ella podría concentrarse en su música.

Lo cual era irracional y estúpido, después de sólo una semana.

—¿Cenaste algo?

—Estoy bien.

Y eso fue un no. La mujer necesitaba un cuidador.

Él levantó el teléfono y llamó al bar que acababan de dejar para hacer un pedido para llevar. Le dijeron que estaría listo en diez minutos y desconectó el teléfono para mirarla fijamente.

—De verdad, estoy bien. —Protestó, pero sus mejillas se pusieron rosadas y hubo un toque de risa en su voz. Ella se enfrentó a él y él aprovechó la oportunidad para estudiar sus rasgos. Sus ojos eran únicos, y aunque llevaba lentes de contacto de colores, él veía destellos de inteligencia y determinación. Estudió el fino arco de su ceja y la suave curva de su mejilla. Miró su boca, pero la abandonó casi inmediatamente. Demasiada distracción. Lo único en lo que podía pensar era en besarla de nuevo.

—Gracias, Chance. Su mirada cautelosa se volvió suave y eso fue todo el aliento que necesitaba. No pudo contenerse. Se inclinó, levantó su mano hacia la barbilla de ella y trazó todo su labio inferior con la almohadilla de su pulgar.

Aún ansiosa, se congeló bajo su tacto, pero su pulso golpeaba la base de su cuello y se estremeció.

Demonios, sí. Ella también lo deseaba.

Ella abrió la boca y deslizó su lengua hacia el borde de su pulgar, probándolo. Sus ojos se cerraron y un pequeño sonido escapó de la parte posterior de su garganta. Él dudó que ella siquiera se hubiera dado cuenta de ese sonido.

Reclamando una vez más su boca, él se entregó por completo a la sensación de sus labios suaves y a la fuerza en sus brazos mientras ella lo tomaba y tiraba de él, intentando acercarse.

Malditos sean la palanca de velocidades y el freno de emergencia. No había espacio para subirla a su regazo en este auto.

Pero él lo hizo de todos modos, y ella vino voluntariamente.

Ella se volvió hacia él, pecho con pecho, y lo sostuvo con una ferocidad que lo hizo sentir como si ella nunca quisiera dejarlo ir. Su brazo izquierdo la mantuvo alejada del volante, pero el derecho... oh, joder, sí. Su derecho era libre de explorar, y esa falda era muy corta.

Con un gemido, Chance sostuvo su mano derecha perfectamente inmóvil sobre la curva de su cadera. Si comenzaba a explorar, nunca se detendría, y no quería que su primer orgasmo fuera en el asiento delantero de su auto. No se movió ni un centímetro, y su muñeca estaba casi tan rígida y torturada como su adolorida polla. El calor del cuerpo de Erin ardía bajo su palma. Ella era calor, vida y pasión, y él lo quería todo.

Su beso le robó cada gramo de autopreservación que poseía, pero él no pudo detenerse, no podía soportar dejar sus labios libres de los de ella, ni siquiera para saborear el resto de ella. Todavía no. Esto era demasiado bueno.

Chance no tenía idea de cuánto tiempo había pasado. El tiempo parecía irrelevante con sus pechos apretados contra él, sus manos sobre su cuerpo y el sabor de ella tan fuerte en su boca que ella reemplazó meses de dolor y pena por un deseo ardiente.

Nadie más se había sentido tan bien en sus brazos. La quería desnuda, montada en su regazo, sentada en su polla con la cabeza hacia atrás y el nombre de él en sus labios mientras la veía subir y bajar una y otra vez....

¡Bip! Una fuerte bocina de auto sonó cerca y brillantes luces llenaron el auto. Ella se sacudió en sus brazos, sobresaltada, y él quiso estrangular al conductor de la camioneta azul que se había detenido frente a su auto, casi tocando el parachoques. Los faros de la camioneta estaban en haz alto y lo golpearon en la cara, cegándolo momentáneamente.

—Oh, no. —Ella gruñó, y luego arqueó la espalda para poder mirarlo.

El peso añadido de sus hombros presionó la mano de Chance contra el volante y sonó la bocina. El sonido los espantó a ambos y ella saltó como un conejo asustado.

—Qué idiota. —Chance agitó su cabeza para despejarla y trató de introducir aire en sus pulmones, pero el olor de la piel de ella revolvía su cerebro y su respiración entraba en cortos y torpes respiros.

Ella suspiró e inclinó su cabeza lo más que pudo, exponiéndole una larga y delicada línea de piel mientras volteaba para mirar al otro vehículo. Él quería probarla... justo allí, debajo de la oreja, donde la curva de su cuello lo tentaba desde las sombras y su pulso latía a un ritmo que demostraba que ella no era inmune a su tacto.

—Lo siento. —Su disculpa lo hizo volver a la realidad.

—¿Qué?

—Ese es mi hermano. Deben haber terminado de cargar el equipo.

Chance se inclinó hacia delante y se aseguró de que su mano fuera claramente visible a través del parabrisas mientras hacía un gesto grosero hacia la camioneta. No podía ver a AJ detrás de las luces altas, pero sin duda su hermano pequeño podía verlo bien.

La bocina de la camioneta volvió a sonar antes de retroceder. Se fueron con un chillido de neumáticos en el pavimento.

Chance bajó su mirada para encontrarla mirándolo con una extraña mirada en sus ojos. Se inclinó hacia abajo para besarla de nuevo, pero ella se puso rígida en protesta y se deslizó hacia atrás, a través del auto, hasta su propio asiento en un incómodo y torpe movimiento de codos y peso variable. Él echó de menos su calor y su cuerpo tembló en protesta por la pérdida. O tal vez sólo la deseaba tanto que la lujuria lo había hecho temblar.

—Tu hermano es toda una obra de arte.

—Sí, bueno, apenas tiene 21 años. Todavía está en la edad de experimentar los placeres de la juventud.

—Esa no es excusa.

—Es mi hermano. —Se limpió la boca con su mano izquierda y a Chance se le retorció el estómago. ¿Estaba tratando de borrar el sabor de él de sus labios?

*Como el infierno.*

Antes de que él supiera qué hacer o qué decir para reparar el daño que acababa de hacer, ella se alejó de él para mirar por la ventana. Mierda. Obviamente amaba a su hermano. Pero el comportamiento de AJ necesitaba cambiar. En qué momento la protección de esta mujer se había convertido en la misión de su vida personal, no tenía ni idea. Pero en algún lugar de los últimos días su obstinado corazón había tomado la decisión de que ella era suya. Lo que significaba que a ese hermano inmaduro de mierda no se le permitiría aprovecharse de ella otra vez.

Evitar que AJ le rompiera el corazón iba a ser un problema, pero Chance no tenía intención de dar vuelta atrás. AJ estaba jodido. Chance podía comerse a los niños asustados como AJ para el desayuno desde los trece años.

Lo que no había sido capaz de hacer en todos esos años era entender a las mujeres. No tenía ni idea de cómo había pasado de la pura lujuria a ser un cavernícola posesivo en una semana, pero algo sobre Erin había causado un cambio fundamental. Ella era como su rayo personal. No diría que fue amor a primera vista, pero joder. Fue algo como eso. Erin lo había golpeado fuerte, como un puñetazo en el estómago.

—Volveré en un minuto.

—De acuerdo. Dejó a Erin sentada en su auto, mirando por la ventana del pasajero mientras entraba corriendo y recogía las tiras de pollo y las papas fritas que había ordenado para llevar. Se apresuró a volver al auto y le entregó la caja blanca.

—Gracias.

—De nada.

—Sólo llévame a casa ahora, por favor.

Chance encendió el auto, pero esperó. Sus manos giraban hacia adelante y hacia atrás sobre el volante mientras intentaba pensar en lo que debía decir.

—Lo siento. No debí haber dicho nada sobre tu hermano. No es asunto mío. —Eso era mentira, pero el testarudo gesto de su mandíbula le dijo que no estaba lista para lidiar con la verdad.

—Tienes razón. No lo es. —Ella se volvió hacia él con ojos tristes. La repentina necesidad de acercarse y consolarla lo comió hasta que apenas pudo quedarse quieto. Quería ayudar, pero no sabía cómo. No sabía lo suficiente sobre su vida o su situación.

Pero lo haría. Aprendería todo lo que había que saber sobre Erin, cada secreto y cada sueño.

—Sólo llévame a casa. ¿De acuerdo? —Sonaba cansada, y el dolor en el centro del pecho de Chance se extendió ante el tono derrotado de su voz. La lastimaría, igual que a su hermano.

—Lo siento.

Ella apoyó la cabeza contra el cristal.

—No es tu culpa, Chance. Sólo quiero irme a casa.

¿Cuándo iba a aprender? Las palabras para solucionar este tipo de problemas no existían. Y si él quería ser parte de su vida, tendría que ganarse su confianza de la manera más difícil: estando ahí cuando ella lo necesitara.

**E**rin miró el número de la tarjeta de presentación de Wesley Shipton por centésima vez en la última hora.

—¡Sólo llámalo! —Samantha gritó la orden por encima del plumero que estaba usando para limpiar las baterías.

—Lo haré. Sólo tengo que prepararme. —El estómago de Erin se retorció en nudos. Años y años invertidos persiguiendo un sueño, y podía estar sosteniendo todo lo que siempre quiso en la palma de su mano.

No todo. Su mente eligió ese momento para devolverle el recuerdo de los besos ardientes de Chance.

—Gallina. —Samantha se puso las manos bajo los brazos y agitó los codos en el aire mientras se arrodillaba y caminaba en cuclillas como gallina —. ¡Bock-bock-bock-bock-bock, ba-bock!

—Cállate. —Erin sonrió a su amiga, pero tomó el teléfono.

—Bock-bock-bock-bock-bock. —La cabeza de Samantha se tambaleaba hacia adelante y hacia atrás sobre su cuello, como si estuviera picoteando granos.

—Estás loca. En serio, cállate. Voy a llamarlo.

Samantha se paró derecha como una vara.

—¿Ahora mismo?

—Sí. —Erin marcó el número de teléfono de diez dígitos y se concentró en meter y sacar el aire de sus pulmones en un deslizamiento lento y constante

mientras levantaba su teléfono celular hacia su oído. La llamada se conectó y ella escuchó el primer timbre—. Ahora mismo.

—¡Genial! —Samantha se apresuró a pararse frente a ella en el mostrador y esperó en silencio. Su atención completa se centró en la cara de Erin. Sus ojos brillaban, y un rubor emocionado se abría paso bajo la piel de Erin, frotándole los nervios. Tal vez debía colgar y volver a llamar más tarde.

—Shipton Records, habla Phoebe.

«Demasiado tarde», pensó.

—Sí. Hola. Soy Eva James y el Sr. Shipton me dio este número anoche.

—Por supuesto, Srita. Michaelson. Por favor, espere. Le haré saber que está en la línea.

—Gracias.

¿Su asistente acababa de usar su verdadero apellido? ¿Cómo supo quién era ella? Ella nunca había usado su nombre real durante los conciertos, y tampoco estaba en el sitio web de la banda.

No tuvo más que unos segundos para preguntárselo antes de que la voz profunda de Wesley Shipton reemplazara la música de espera.

—Hola. ¿Erin?

—Sí. —Bueno, hasta ahí había llegado la capacidad de su alter ego de ofrecerle algún tipo de anonimato.

—Fantástico. Es genial saber de ti. No estaba seguro de si llamarías.

Claro. Como si acabara de romper la tarjeta de uno de los mayores productores de discos del mundo.

—Bueno, lo hice.

Él rio y ella se encontró sonriendo a la pared, a pesar de sus nervios.

—Excelente. Me alegro porque necesitamos discutir tu futuro en este negocio.

—De acuerdo. —Genial. «Habilidades de conversación realmente inteligentes, Erin», pensó para sí misma.

—Todavía estoy en Denver. No vuelvo a Los Ángeles por un par de días.

Me encantaría llevarte a almorzar. Puedo verte en dos horas.

—¿Hoy?

—Hoy. ¿A menos que el viernes sea tu día libre? —¿Se estaba riendo de ella? — ¿Qué tal en Finley's?

Erin accedió a encontrarse con él en el restaurante en LoDo, a unos diez minutos en auto de la tienda de música.

—Nos vemos allí en un par de horas.

—Espera. —Erin le habló bruscamente antes de que pudiera colgar.

—¿Sí?

—¿No quieres que venga el resto de la banda?

—Creo que sería mejor si hablamos a solas antes de involucrar a tu hermano o al resto de la banda. —Su voz se había vuelto más grave y dura, sin concesiones.

Colgó y Erin se frotó la frente con los dedos. ¿Por qué no quería hablar con el resto de la banda? Era cierto que su hermano podía ser inmaduro e impulsivo, pero podía limpiar y comportarse cuando realmente lo necesitaba.

—¿Y bien? —Doblada a la cintura, Samantha tenía toda la parte superior del torso apoyada en la vitrina delante de Erin—. ¿Qué dijo?

—Quiere que almuerce con él.

—¿Cuándo?

—En dos horas.

—¡Sí! —Samantha gritó y se lanzó a una desarticulada mezcla de movimientos en medio de la tienda, acompañada de un canto feroz del que cualquier chica escolar estaría orgullosa—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Vas a ser una estrella de rock!

Por supuesto, Samantha era una cantante de ópera entrenada clásicamente que sólo trabajaba en la tienda para poder pagar sus préstamos estudiantiles más rápido. Su voz podía cortar el aire como una daga y golpear a cualquiera que escuchara directamente en el corazón.

Samantha cantaba las extrañas palabras de su canción una y otra vez

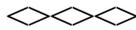
mientras retorció su cuerpo en posiciones peculiares. El baile continuó hasta que miró a Erin, que no se había movido y no estaba sonriendo.

—¿Qué pasa?

—No quiere que el resto de la banda esté allí. Quiere que vaya sola. — Erin volvió a meter la tarjeta de presentación de Shipton en el estuche de su teléfono y lo metió en el bolsillo trasero de sus pantalones.

—¿Y qué? ¿Querrías a AJ ahí si estuvieras hablando de contratos? ¿O dinero? ¿O algo remotamente serio? —Samantha negó con la cabeza y frunció los labios—. Sé que lo amas, y toca muy bien la guitarra, pero AJ es un desastre. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Lo sé. —Y Samantha tenía razón. El dinero y AJ no se mezclaban. Él sólo sabía una cosa sobre el dinero, y era cómo desperdiciarlo.



«*FINLEY'S IRISH PUB*».

El letrero del restaurante se alzaba sobre su cabeza como un hacha a punto de caer. El dueño del pub había importado una encimera para barra, mesas, e interiores auténticos de un pub en Irlanda que había quebrado. El bar teñido de cerveza y la madera desgastada le daban al lugar un aire de autenticidad imposible de falsificar.

El pub era popular y el costoso aparcamiento en frente estaba repleto.

Wesley Shipton estaba dentro.

Esperándola.

En ese mismo momento, su futuro podía estar sentado junto a una ventana, pidiendo un tarro de cerveza y preguntándose dónde diablos estaba ella.

Cinco minutos tarde. Ahí estaba. El tráfico de la I-25 era una perra en un buen día. Una carambola de tres autos justo al norte de la salida de Park Avenue se aseguró de que hoy no fuera un buen día.

Subió corriendo los escalones hasta la puerta principal del pub irlandés, la

cual se abrió como por arte de magia tan pronto como se acercó. Un anfitrión sonriente que vestía un uniforme verde oscuro la saludó antes de escoltarla a una mesa en una esquina.

Wesley Shipton levantó la vista del menú cuando ella se acercó y una amplia sonrisa transformó su rostro de feroz a amistoso, tan rápidamente que ella pensó que se había imaginado el poderoso ceño fruncido que había visto primero.

Él se puso de pie y ella extendió la mano para poder estrecharla.

—Lo siento mucho, Sr. Shipton. Hubo un accidente en la autopista y tuve que dar la vuelta.

—No hay problema. Acabo de llegar. —Su agarre era firme, cálido y un poco duro para su gusto. Un apretón de manos firme era genial, pero uno que estrangulaba la vida de sus dedos con los que tocaba la guitarra nunca le simpatizaría demasiado—. Por favor, llámame Wes. Él le sacó una silla y ella se sentó.

—Gracias.

—El placer es mío. —Volvió a su asiento—. ¿Puedo llamarte Erin?

—Por supuesto. —Erin cruzó sus piernas por debajo de su silla e hizo una nota mental para enderezar sus hombros y levantar su barbilla. Nada de debilidad. No iba a sangrar delante de un tiburón y empezar un frenesí alimentario. Y no se ilusionaría sobre la verdadera naturaleza de Shipton. Cien por ciento tiburón. Nadie sobrevivía en el negocio de la música siendo débil.

«Te quieren a ti, Eva James. No al revés», pensó.

Un mesero se acercó y ella ordenó un almuerzo ligero con agua helada.

—Por favor, Erin. ¿Puedo invitarte a una copa? Yo invito. —Levantó las cejas. El mesero se detuvo a medio paso y esperó su respuesta.

—No, gracias. No bebo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Qué?

—Desde que lo dejaste.

Demonios, este tipo debía haber investigado mucho. ¿La había traído a un

pub y le había ofrecido invitarle un trago como una especie de prueba?

Dios, realmente era un tiburón. Pero ella no iba a negar nada. Había caminado a través del fuego para aprender a vivir con la adicción al alcohol de su cuerpo. Algunos días la lucha era fácil, y algunos su adicción rugía y trataba de escapar de su alma como un animal enjaulado. Un día a la vez. Ese era su lema. Sangraba, y en algunos días le dolía más que en otros, pero no se había rendido. Todavía no.

Nunca jamás.

—No he bebido en cuatro años.

—Eso es lo que pensé. —Wesley se inclinó hacia atrás y cruzó los brazos sobre su pecho—. Han sido ocho para mí.

Ella le sonrió con comprensión y respeto compartidos.

—¿Cuántos años tenías cuando fuiste a tu primera reunión de AA? ¿Doce?

—Joven. Tenía diecinueve años. —Llevaba puesta una camisa de vestir de color verde pálido, una corbata de color marrón oscuro, naranja y verde cubierta con un patrón psicodélico. Sus pantalones estaban planchados, la pronunciada línea del pliegue de la plancha llegaba a su fin en el centro exacto de un par de zapatos que parecían italianos, y que probablemente valían más de lo que ella ganaría en un mes. Era guapísimo, con el cabello rubio dorado y los ojos verdes oscuros. ¿Era joven, sobrio, guapo como modelo de portada y valía millones? ¿Qué estaba haciendo ella aquí?

«Soy una vaca de efectivo. La gallina de los huevos de oro. Te quiere a ti, Erin. Quiere tu música. Te quiere desesperadamente», pensó para sí misma. La charla de ánimo interna ayudó y ella tomó un sorbo de su agua.

—He oído rumores sobre ti, Erin Michaelson.

Esta no era exactamente la forma en la que se había imaginado esta conversación.

—¿En serio? La mayoría de la gente ni siquiera ha oído mi nombre.

Wesley no se movió, sólo la estudió como si fuera un rompecabezas que él no podía resolver.

—¿Te gustaría saber lo que la gente dice de ti?

«Oh, diablos. Aquí vamos», pensó.

—Claro. —Ella sonrió, pero sabía que él vería a la niña en adopción, cautelosa y obstinada venir a jugar si la miraba muy profundamente a los ojos.

—Erin Michaelson. Compositora genio.

—¿Eso es todo? —De acuerdo, el hombre tenía movimientos. ¿Llamarla genio? Brillante. Ya le gustaba más.

—Desafortunadamente no. —Con los brazos aún cruzados, los usó para apoyar su peso en el borde de la mesa mientras se inclinaba hacia delante—. Tu madre murió hace nueve años. Tenías quince años. AJ tenía doce años. Era una borracha y perdió el control de su auto. Un padre moroso adicto al juego. No pudo mantener un trabajo, así que tú y AJ terminaron en casas de acogida la mayor parte de su adolescencia. —Él tenía todo bien hasta ahora, así que ella se sentó y cruzó los brazos, esperando el resto—. En la secundaria fumabas marihuana, bebías demasiado y te acostabas con varios jóvenes que no eran dignos de tu tiempo. Tocas muy bien la guitarra, no eres tan mala al piano y cantas como una sirena. Rara vez hablas con tu padre y vives en una casa con el resto de la banda, luchando por pagar el alquiler. Fourth Strike ha estado tocando juntos desde que tenías diecinueve años, pero en cinco años la banda nunca ha tenido su gran oportunidad.

Santo cielo. Escuchar toda su vida resumida en unas pocas frases le hizo estremecer la columna vertebral. Todo el monólogo sonó mal. Todo mal.

—¿Qué hiciste? ¿Contratar a un detective privado?

Wesley inclinó la cabeza a su derecha y se enfrentó a su desafío de frente.

—Siempre reviso los antecedentes de la gente con la que quiero trabajar.

—¿Y? Pareces creer que sabes todo lo que hay que saber sobre mí, así que no estoy segura de por qué seguimos aquí sentados.

—No había terminado.

—Ya he oído suficiente. —Erin reposicionó sus brazos sobre su pecho, pero no bajó la mirada. Ella se negaba. Si este tipo no quería jugar limpio, bien, pero ella estaría condenada si fuera a acobardarse o a disculparse por el caos que había sobrevivido.

—Por favor. Ten paciencia conmigo un minuto más.

—¿Cuál es el punto? Ya has tomado una decisión sobre mí.

—Sí. Lo he hecho. Pero dudo que sepas lo que he decidido.

La ira le dio como acero a su columna vertebral.

—Está bien, Wes. —Ella puso mucho énfasis en su nombre—. ¿Cuál es el punto de todo esto?

—Déjame terminar. Entonces podrás decidir lo que quieres hacer. —Su mirada se deslizó hacia el vaso de agua helada mientras ella envolvía su mano derecha alrededor de él—. Puedes incluso derramarme eso en la cabeza si eso es lo que decides que es necesario.

—De acuerdo. —Debían estar hablando de música y contratos. Acerca de giras y producción de videos musicales. Composición. Canto. Cualquier cosa, cualquier cosa menos este relato detallado de todos sus demonios personales.

—¿Me prometes que me escucharás?

—Sí. —Ella lo odiaría, sin duda, pero si se marchaba en ese momento, siempre se preguntaría qué habría dicho él a continuación.

Wesley asintió con la cabeza y volvió a doblar su servilleta sobre su regazo.

—Tu hermano, AJ, tiene 21 años y es casi tan bueno como tú con la guitarra.

Eso era cierto, así que no se molestó en discutir. Ella tocaba mejor que AJ, pero su hermano no podía cantar en absoluto. Y ella era mejor simplemente porque había estado tocando por más tiempo. AJ tenía manos dotadas y un buen oído. Sin guitarra, no tenía nada. Y a su hermano no le iba bien cuando se le dejaba en las sombras para valerse por sí mismo.

Wesley continuó.

—AJ también es un drogadicto y un alcohólico que se relaciona regularmente con drogadictos, *groupies*, prostitutas y criminales menores.

Se detuvo allí, como si ella necesitara tiempo para aceptar o catalogar todos los desafíos personales de AJ. No necesitaba ni un segundo. Ella vivía con él. Lo había estado cuidando y limpiando durante años.

Su mirada permanecía fija sobre la de ella, pero ella ya no podía mantener

el contacto directo. Todo era verdad. Cada maldita palabra.

Por mucho que se odiara a sí misma por echarse atrás, dejó caer su mirada hacia el brillante borde plateado de la cuchara que tenía enfrente y deseó tener a alguien en quien apoyarse, sólo por esta vez. AJ era su única debilidad. Siempre AJ. Ella lo amaba. Ella lo protegía. Ella lo mantenía fuera de la cárcel y de los problemas tanto como podía. Pero AJ era como una tormenta y nunca sabía cuándo el siguiente rayo saldría de la nada y le freiría el trasero.

—¿Qué quiere decir, Sr. Shipton?

—Tengo algo para ti, Erin. —Alcanzó detrás suyo y sacó un sobre marrón del bolsillo interior de la chaqueta que colgaba sobre el respaldo de su silla. Él le ofreció el sobre en blanco y ella tembló al tomarlo—. Este es un contrato que le ofrece, Srita. Erin Michaelson, un lugar en nuestro sello.

—¿Y qué hay de la banda? ¿Qué hay de los chicos? —Cuando tuvo el contrato en su regazo, ocultó sus manos temblorosas y apretó el sobre, tratando de averiguar cuántas páginas estaban dobladas por dentro. Por la sensación, al menos quince. Su respuesta requería toda su atención, así que atrapó el sobre en su sitio con una mano y escuchó.

—Shipton Records se ha convertido en un sello de gran éxito en muy poco tiempo. ¿Y sabes cómo lo hicimos?

—No. Dime.

—Tenemos estándares muy altos, Erin. Muy altos. Sólo trabajamos con gente que sabemos que será capaz de manejar la presión que acompaña a una carrera musical exitosa. Sólo busco talento que traiga algo a la mesa. La creatividad es lo único que aún vale algo en este mundo.

—Pero la banda... —La interrumpió antes de que se le formara un pensamiento completo.

—En cuanto a tu banda, se divierten más de lo que practican. No se toman sus carreras en serio. Beben demasiado, fuman demasiada hierba y no son lo suficientemente responsables como para trabajar en un restaurante de comida rápida sin ser despedidos.— Levantó las cejas—. Dime que me equivoco. Pero ambos sabemos que estoy diciendo la verdad.

—Lo siento.

Eso lo hizo reír.

—No te disculpes por ellos. Es lo que es. He visto chicos como ellos miles de veces. Quieren rock and roll, tener sexo con tantas mujeres como sea posible y divertirse. Tipos como esos están ahí fuera por miles. La música no significa nada para ellos. Este es un negocio difícil, Erin. Y hay todo tipo de personalidades por ahí. Pero he visto el daño hecho. Dinero perdido. Vidas arruinadas. No firmamos con drogadictos o borrachos. Nunca. Firmamos con gente talentosa que sabe lo que quiere y tiene la autodisciplina para hacerlo posible.

Mierda. Sus ojos ardían y los cerró para poder recuperar el control de sí misma antes de llorar frente a él. Le tomó unos segundos, pero se recuperó.

Wesley despejó su garganta.

—Firmo talento, Erin. Y tienes talento de sobra. Tus canciones son geniales, tu voz es única y difícil de olvidar y trabajas duro para mantener a la banda unida. —Se detuvo y tomó un sorbo de su té helado—. Imagínate lo que podrías hacer con un grupo de profesionales que trabajaron tan duro, o más duro, que tú.

Se lo había imaginado muchas, muchas veces.

—No sé qué decir. Necesito tiempo para pensarlo.

—Por supuesto. La oferta en tus manos es buena. Cuidamos de nuestra gente. El mayor problema para nosotros es el acceso. Nuestro estudio de grabación, músicos de estudio, red de publicidad, equipo de marketing... todos tienen su base en California. Necesitaremos que te mudes, al menos temporalmente, a Los Ángeles.

—¿Cuánto tiempo?

—Doce meses, mínimo. Después de que terminemos tu primer disco y conozcas a todos en el equipo y cómo trabajan, no importará tanto. —¿Abandonar AJ y mudarse a Los Ángeles? Eso debía haber sido lo que causara que el cuchillo le atravesara el corazón. Y dolió, pero no fue lo único.

No, su corazón traidor había archivado ese dolor y se lanzó a una explosión de negación absoluta ante la idea de dejar atrás a Chance Walker.

Apenas lo conocía. Sólo lo había besado un par de veces, pero por alguna

razón, la idea de dejarlo atrás le dolía más de lo que debería.

Las relaciones a distancia nunca funcionaban. Todo el mundo lo sabía. Y era verdad, no era como si Los Ángeles estuviera en otro continente, pero lo parecía. Estaría a miles de kilómetros, o más. De gira. Nunca en casa. ¿Ver a alguien una vez cada pocos meses era una base lo suficientemente sólida para una relación? El sentimiento de tristeza y hundimiento en su corazón le dio la respuesta. Ella no podía pedirle que soportara eso, y tampoco era el tipo de relación que ella quería. Ella quería alguien a quien aferrarse en la oscuridad, alguien que estuviera con ella todos los días y todas las noches, ayudándola a navegar en este mundo loco.

De repente sintió como si el sobre pesara cien libras. Su sueño estaba literalmente sentado en la palma de sus manos, pero le iba a costar más de lo que se había imaginado.

**E**l concierto del sábado por la noche de Fourth Strike era en un club popular en el lado norte de Denver. Los miembros del público eran un poco más grandes que en la mayoría de los bares de la ciudad, y por lo general tenían mucho más dinero. Sólo llevaban media hora tocando y su bote de propinas ya estaba lleno. En lugar de ver ropa negra gótica por todas partes, esta noche Eva James cantó para una multitud de jóvenes profesionales, la mitad de los cuales parecía que venían directamente del trabajo; los hombres con camisas de vestir y corbatas, las mujeres con faldas hasta la rodilla, joyas de diseñador y tacones bajos y sensibles.

Ella supo al instante cuando Chance entró al bar. Su corazón dio un fuerte latido y sus terminaciones nerviosas se estremecieron en anticipación. Había decidido que esta noche era la noche. Ella terminaría su sequía sexual de ocho meses con él. Erin Michaelson se había convertido en una mojigata conservadora, demasiado tensa para el sexo casual. ¿Pero Eva James? Ella era salvaje. Podía tener una aventura de una noche, una aventura corta. Eva James lo deseaba. Eva no podía esperar para darse el gusto de tener sexo caliente, ardiente y sin sentido con Chance Walker.

¿Y luego? Bueno, ¿el escenario más probable? Erin lloraría a mares, se mudaría a Los Ángeles y comenzaría una nueva vida. Chance Walker sería un recuerdo en el que confiaría para mantener su calor en las noches frías. Pero eso era todo lo que podría ser. Un recuerdo.

Era abogado. Se había instalado aquí. Sus hermanos vivían aquí. Su trabajo. Todo lo que tenía estaba en Denver. Y era demasiado listo para dejarlo por una sexy seductora que conoció en un bar.

Diablos, no había forma de que ella siquiera se lo pidiera.

Ella tendría que decirle que se iba y esperar que no le importara compartir unas cuantas noches salvajes al desnudo antes de irse de la ciudad.

Él levantó la mirada y ella lo saludo. Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

El siguiente tema que la banda tocó fue una canción sobre el sexo, y Eva James puso la calefacción a tope. Se pavoneaba y ronroneaba ante la multitud como la sirena que Wesley Shipton la había acusado de ser. Pasó sus manos por todo su cuerpo, imaginando a Chance tocándola. Eva James se transformó allí mismo en el escenario, frente a la multitud, de una mujer joven promedio a un animal intrépido hambriento y deseoso de su acompañante.

El bar se volvió loco y varios hombres empujaron para llegar hasta el borde del escenario. La inalcanzable Eva James se pavoneó frente a ellos, pero no los reconoció de ninguna manera. Ahora había cuatro hombres, hombro con hombro, prácticamente pegados al frente del escenario.

—Dios, E. ¿Qué demonios estás haciendo? Vas a empezar un motín —AJ murmuró hacia ella desde un par de pasos de distancia.

Erin lo ignoró y cazó a través del público, que estaba de pie, a un solo hombre en aquel bar. Cada giro de sus caderas y cada gemido de aliento en el micrófono lo hacía pensando en él. Deseaba tanto que Chance se la devorara después del show. Ella no quería tener que seducirlo, o jugar juegos. ¿Coquetear? Olvídalo. Siempre un completo desastre.

Ella lo quería. Eso era todo.

Cuando finalmente lo encontró, él levantó un vaso de agua helada en señal de saludo. Ella sonrió porque estaba decidida, y él no tenía ni idea de lo que se avecinaba.

Después de su reunión con Shipton, se había dirigido a su auto para llorar. No porque su corazón estuviera roto, sino porque tenía todo lo que quería, y nada de lo que quería, todo al mismo tiempo. La vida tenía una tendencia a ser así de inconstante.

La carrera de ensueño a sus pies, si dejaba a su hermano atrás. Sí, podría tener una nueva y emocionante vida, pero tendría que vivirla sin Chance.

Lo conocía desde hacía menos de dos semanas. Él ni siquiera sabía quién era ella. La simple idea de dejarlo no debería doler, pero lo hacía. Lástima que su corazón no se partió fácilmente. No se rompió como una galleta. Se rasgó, se desgarró y trató de mantenerse unido a pesar de los bordes dentados.

La oferta de Shipton había empezado el dolor. Sabía lo que tenía que hacer, pero su corazón y su mente estaban en guerra. Y la culpa y la angustia que sentía al pensar en dejar a su hermano para que se las arreglara sólo alimentó en ella una desesperación que nunca antes había sentido. El contrato en su bolso convirtió un cuento de hadas en realidad, hizo que las cosas se hicieran realidad. Demasiado reales.

Así que cantó, y se concentró en Chance. Más sangre para derramar allí. Más corazones rotos. Pero una voz interior no la dejaría marcharse sin tomar lo que él le ofrecía: una noche de sexo ardiente. Quería saber qué se sentía al estar con él. Si se iba a ir de la ciudad, no quería arrepentirse.

Chance Walker no la amaba. Seguramente no le interesaban las fantasías a largo plazo y para siempre. Y ella no podía culparlo. Eva era sexy e imprudente, una tentadora seductora. Diablos, incluso ella quería tener sexo como Eva. Eva sería atrevida y sin escrúpulos. Eva le diría a Chance exactamente cómo le gustaba ser tocada.

Erin sería demasiado retraída, demasiado temerosa de ser juzgada o aterrorizada de que la encontraran equivocándose de alguna manera fundamental. Lo cual, intelectualmente, Erin sabía que era estúpido. Pero su madre se había emborrachado directo a la tumba para escapar. Su padre quería apostar y drogarse más de lo que le importaba si Erin y AJ tenían o no algo para comer, o agua, o un techo sobre sus cabezas.

No. Ese tipo de antecedentes hacía difícil creer que no había nada mal con ella. Erin nunca había sido realmente una ganadora. Eva James estaba a punto de cambiar eso.

Eva era todo lo que Erin nunca podría ser. Y Eva había decidido dejar que Chance la atrapara por una sola noche, una noche que recordaría para siempre. Una noche con Chance iba a ser su regalo para él y para ella misma, algo que la haría seguir adelante cuando estuviera en Los Ángeles, sola, en unas pocas semanas.

Erin sabía que ir a Los Ángeles era una decisión inteligente. Finalmente

podría ganar suficiente dinero para cuidar de AJ y de sí misma. Pero no importaba lo lógico que sonara todo, ella sabía que hacer el movimiento la iba a destrozar.



CHANCE SINTIÓ los ojos de Erin sobre él, su mirada tan caliente como el tacto físico.

Algo había cambiado. Ella se veía diferente esta noche; más atrevida, más directa en todos los sentidos. Ella estaba ardiendo en ese escenario. La gente del bar también lo sentía. Ella bombeaba el sexo al aire. Cada uno de sus movimientos era tan sexy que su cerebro se apagaba completamente y todo lo que podía hacer era mirar fijamente.

Su peluca era escarlata brillante esta noche, su falda negra apenas cubría su trasero y sus botas terminaban hasta la mitad de su muslo. Su blusa era un corpiño negro con cintas por el frente, y empujaba sus pechos en suaves montículos que descansaban justo encima del satén y el encaje como una corona. Sus brazos y hombros estaban desnudos, excepto por varias largas cadenas de joyas que descansaban alrededor de su cuello y muñecas. Sus labios brillaban de rojo fuego y cada paso, cada pavoneo en el escenario lo hacía desearla más.

Su polla había estado semidura tanto tiempo que apenas podía recordar cuándo la lujuria por Erin no había sido un dolor constante en sus pantalones. Las miradas que ella seguía disparando hacia él no ayudaban a calmar la tormenta. Todo lo contrario. Ella lo miró como si se estuviera muriendo de hambre y él fura su postre favorito.

Demonios, había visto esa mirada en los ojos de una mujer antes. Era una invitación descarada.

No. Era una advertencia.

—Mierda, hermano. Espero que te hayas duchado.

—¿Qué? —Chance se volvió hacia Mitchell, que era el único hermano libre para ser su compañero que lo ayudaría a coquetear esta noche.

—Dije que espero que te hayas encargado muy bien de tu aseo allá abajo hoy, porque esa chica quiere comerte vivo. Sería una pena si no puede encontrar tu diminuto pene en ese bosque de pelos púbicos.

Chance se atragantó con un trago de agua helada y se echó a reír.

—Estás seriamente jodido, ¿lo sabes?

Mitchell levantó las cejas y bebió su cerveza.

—Lo único que digo es que esa mujer te desnudará cinco minutos después de que se baje del escenario. Y yo te conozco a ti. Hueles como el culo de un burro en un buen día.

Chance sonrió.

—No, ese debe ser Jake. —Se sabía que su hermano menor regresaba de los establos oliendo a una combinación de estiércol de caballo, heno y tierra.

—Correcto. Bueno, no olería tan mal si dejara de hacer el amor con las ovejas.

Chance se rio. Los insultos volaban rápidos y furiosos cada vez que se reunía con alguno de sus hermanos. Y la ausencia no protegió a ninguno de ellos del ataque.

—No cría ovejas.

—Cierto. —Mitchell sacó un billete de 20 de su cartera y lo puso bajo su vaso vacío—. Me voy.

—¿Qué? —Chance arrancó la mirada de Erin para mirar a su hermano—. Vamos, hombre. Es temprano.

—Y no necesitas mi ayuda para esto. Supongo que mamá te dio la plática de cómo funciona el sexo antes de enviarte a la universidad.

—Eres un imbécil.

Mitchell le dio una palmada en el hombro y rio.

—Y ahí está. Sabía que ese hermanito mío estaba enterrado en algún lugar bajo esos ojos de becerro enfermo de amor. —Mitchell miró desde Chance al escenario y de vuelta.

—Estaré bien. Soy un niño grande.

—Sí, pero ella es un desastre y tú siempre tratas de salvar a los heridos. Diviértete, pero no te metas en su drama. El sexo es sexo, pero la familia es la familia. No le dará la espalda a su hermano. Es como un pajarito con un ala rota. Ella no lo abandonará, no importa cuán jodido esté, o cuánto quieras que lo haga.

—Lo sé.

—Si te pones serio con ella, él también será tu problema.

—Sí. También lo sé. Pero no es nada serio. Sólo estamos hablando. —Chance dijo las palabras, pero sabía que la advertencia de su hermano había llegado demasiado tarde. Esta cosa con Erin había encontrado la manera de alojarse en lo más profundo de él, y había retorcido todo su ser en un pretzel con ella en el centro.

—Si tú lo dices. —Mitchell se fue y Chance ordenó un solo trago, sólo uno. Se vertió el alcohol por la garganta y le dio la bienvenida al calor. Manteniendo la cabeza agachada, esperó a que la propagación del calor golpeará su estómago y calmara sus malditos nervios.

¿Por qué estaba tan nervioso?

Porque su hermano tenía razón. Por la forma en que Erin lo miraba, estarían desnudos esta noche.

Él debía estar celebrando y haciendo planes. Como dónde la besaría primero. Cuáles eran las formas en las que quería tomarla. Pensando en cómo querría ella las cosas. ¿Duro y salvaje, o tierno y lento?

En vez de eso, se sentó ahí como un idiota preguntándose si llevarla a la cama era una buena idea. Aún quedaban muchas cosas por decir entre ellos.

¿Era sólo sexo casual para ella, o algo más? ¿Querría ella más de una noche? Porque, para su sorpresa, él sí. La quería toda para él, y no sólo por una noche. No, llevaría más de una noche satisfacer a los cavernícolas que se movían en su interior. Necesitaba saber en qué punto estaba con ella. Quería saber exactamente lo que ella estaba pensando.

—Santo cielo. Sonaba como una chica. Patético.

¿Cuándo tener a una mujer caliente y dispuesta en la cama no había suficiente para él? Nunca. No era un idiota. Estaba soltero. Sin compromisos.

Sin ataduras. No había una buena razón para sentarse aquí torturándose con esa mierda. Sus hermanos lo echarían sobre las brasas si supieran que estaba así de obsesionado por una mujer que apenas conocía.

Pero lo estaba. Que Dios lo ayude, porque llevársela a casa esta noche lo arrastraría más profundo por la madriguera del conejo... y no le importaba un carajo.

Dos horas más tarde el bar empezaba a despejarse, y Erin caminó hacia él con una sonrisa sexy en su cara y una gran bolsa colgada sobre su hombro.

—Hola.

—Hola.

—¿Me llevas esta noche? Sus ojos eran verdes brillantes esta vez, y el color pálido estaba delineado por negro puro. De cerca, podía ver que las joyas que habían estado colgando alrededor de su cuello, sus senos y cayendo hasta su cintura estaban cubiertas de pequeños corazones de plata. Siguió la línea de su collar desde la cintura hasta el volumen de sus pechos, por encima del corsé y se detuvo. Él realmente, realmente quería besarla allí.

Tuvo que despejarse la garganta. Tal vez debía haberse tomado un segundo trago. Ella se adelantó y el hechizo se rompió. Levantando su mirada hacia la cara de ella, se dio cuenta de que no había respondido a su pregunta.

«¿Me llevas esta noche?»

Él observó, incapaz de hablar mientras ella deslizaba su lengua a lo largo de su labio inferior en un lento y seductor deslizamiento. Él permaneció congelado en su sitio, ella cerró la distancia entre ellos y levantó sus manos sobre sus hombros.

El olor de las flores silvestres y la sensación de su piel corrieron a través de sus sentidos como una inyección de sexo puro y envolvió sus brazos alrededor de su cintura sin pensarlo dos veces. Tomarla era automático.

—Claro. —Él la llevaría, de acuerdo. Tocaría su cuerpo como ella tocaba su guitarra, y la acariciaría llevándola a los más increíbles orgasmos hasta que ella le diera todo lo que él quería.

**E**rin intentó hacer que sus pies dejaran de zapatear el suelo del auto de Chance, pero él no había encendido la radio, lo que la dejó con el flujo constante de música en su propia cabeza.

Las melodías nunca se detuvieron. Y los nervios sólo lo empeoraban.

Chance no le había preguntado su dirección, pero tomó la carretera sin preguntarle y ella se dio cuenta de que en realidad la iba a llevar a su casa.

Justo como ella lo había pedido. Un caballero total.

Al diablo con eso.

En un movimiento audaz que Erin Michaelson nunca habría hecho si hubiera vivido cien años, Eva James cruzó los asientos y colocó su mano en la pierna de Chance, justo debajo de su ingle.

—Estaba pensando, ¿podríamos ir a tu casa esta noche? Mi hermano invitó gente y mi casa estará ruidosa y abarrotada.

La pierna de Chance estaba tensa bajo la palma de su mano, pero él no le pidió que la quitara. No, su mano derecha cayó del volante para cubrir la de ella, atrapándola allí, lo suficientemente cerca como para que la creciente hinchazón de su polla presionara ardiente calor contra el costado de su mano. La tenía dura como una roca, pero se volvió para mirarla.

—¿Segura que eso es lo que quieres? —No estaba hablando del camino, y ambos lo sabían.

—Sí. —¿Qué diablos fue eso? ¿Estás segura? ¿Qué clase de pregunta era

esa? La mayoría de los tipos que ella conocía la habrían tirado sobre sus hombros y se habrían ido velozmente a sus cuevas. Chance no. A menos que... — No tienes que hacerlo. —Ella intentó tirar de su mano para liberarla de su agarre, pero él la apretó y llevó sus dedos atrapados a sus labios para mordisquear las puntas.

—Quiero hacerlo, confía en mí. Sólo quiero estar seguro porque...

—¿Por qué? —Su boca exploró sus dedos con una mezcla de ternura y calor, alternando entre suaves besos y succión caliente. Si le prestara ese tipo de atención a su clítoris, ella explotaría.

—Porque una vez que te tenga en mi cama, no tengo intención de dejarte salir de ella.

Oh, ¿entonces iba a coquetear así? Una gran sonrisa iluminó su cara y se relajó en su asiento.

—Adelante, Romeo. Puedo soportarlo.

Continuó torturándola el resto del camino a su casa, que no estaba a más de un par de millas de la de ella, pero en un barrio de clase media alta. Metió el auto en un garaje immaculado y muy organizado.

La puerta se cerró y él salió del auto, caminó hacia la puerta del otro lado y la mantuvo abierta para ella.

Ella tomó su bolsa de viaje y salió. Cuando él cerró la puerta detrás de ella, ella se recostó contra el auto y él la estrujo, justo ahí, contra el auto. Presionó su pelvis contra la de ella y la hizo jadear. Tan duro. Tan jodidamente caliente.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —Él movió sus caderas al ritmo de sus palabras y ella inclinó la cabeza hacia atrás, sobre el techo de su auto, para poder mirarlo fijamente. Ella sacó su pecho en demanda silenciosa y levantó una pierna para envolver la parte de atrás de su rodilla, acercándolo a su húmedo calor.

—Sí. Pero tengo que decirte algo primero.

—¿Qué?

—Los de Shipton me ofrecieron un contrato discográfico.

—Eso es genial. Felicidades. —Ella gimió en aprobación mientras él bajaba la cabeza para recibir un beso ardiente.

—Pero hay más.

—¿Qué?

—Tengo que mudarme a Los Ángeles.

Se congeló instantáneamente. Todo su cuerpo quedó rígido como una viga de acero.

—¿Cuándo?

—En unas pocas semanas.

El silencio se extendió y Erin tenía miedo de que él la rechazara ahora, la empujara de nuevo al asiento del pasajero de su auto y la llevara directamente a casa.

Chance respiró profunda y temblorosamente y levantó su mirada para encontrarse con la de ella.

—Entonces supongo que será mejor que lo hagamos bien.

Trató de apartarse para poder llevarla dentro de la casa, y Erin lo habría dejado, pero Eva James era una mujer salvaje que lo quería dentro de ella ahí mismo, ahora mismo, contra el costado de su auto, como una maníaca sexual.

Ella lo besó de nuevo mientras le desabrochaba los pantalones y liberaba su largo y duro miembro para jugar con él.

—Ah, cógame, eso se siente bien.

—Bésame. —Ella jugó con él con su mano derecha, pero levantó la izquierda hasta la parte superior de su corsé; no para desatar los cordones, sino para levantar sus pechos y liberarlos de la parte superior apretada. Se desplomaron sobre la parte superior para descansar a plena vista, sus pezones estaban duros y listos para sentir el fuerte tirón de su boca. Se quitó el collar del torso y lo dejó caer al suelo.

Los ojos de Chance se oscurecieron y él tomó lo que ella le ofreció, bajando su cabeza para prestar atención a sus pechos. Con cada paso de su lengua, él le debilitaba las rodillas. Entonces él chupó, jalando la carne de ella profundamente dentro de su boca caliente y arremolinando su lengua

alrededor de su pezón hipersensible.

Todo su cuerpo ardió en llamas.

—Te deseo.

Chance mordisqueó el camino hasta su cuello , y sus mordiscos de amor a lo largo de su clavícula enviaron escalofríos sobre todo su cuerpo.

—Yo también te deseo.

—Ahora mismo. Dentro de mí. Lléname. Por favor. —La última palabra había salido como un gemido, pero aparentemente a él le gustaba su falta de delicadeza porque echo su cuerpo hacia atrás, fuera de su alcance. Un segundo más tarde su mano encontró la piel sensible de la parte interna de su muslo, luego exploró más y más arriba hasta que...

—¡Diablos, Erin! —Chance dejó caer sus labios sobre su cuello, justo debajo de su oreja, y mordisqueó allí mientras sus manos hacían magia, tocando su clítoris—. ¿Esto es lo que llevabas puesto toda la noche? ¿En el escenario? Estás prácticamente desnuda bajo esta falda.

Erin inclinó su cabeza hacia atrás, extática, mientras él deslizaba dos dedos más allá de la delgada cuerda de encaje que cubría su sexo. Llevaba puesta la tanga negra más delgada que tenía.

—Toda la noche, y sólo pensaba en ti.

—Eres una mujer muy peligrosa.

Oh, sí. Se sentía muy peligrosa ahora mismo.

Chance introdujo sus dedos, despacio, y luego rápido. Duro, luego suave, hasta que ella no pudo pensar. Y él se quedó junto a ella, observando cada matiz de su expresión hasta que ella quedó hecha un desastre tembloroso. Dejó de moverse completamente con sus dedos tan adentro como pudo y su palma presionada como una roca sólida contra su clítoris. Erin estaba tan caliente que la idea de rogarle parecía inevitable. Cuando él no se movió y sólo la sostuvo, caliente, abierta y totalmente bajo su control, ella abrió los ojos para encontrarlo mirándola fijamente.

—Eres tan jodidamente hermosa.

Ella no tenía palabras. No había nada seguro que decir. La hacía sentir

demasiado, mucho más de lo que ella esperaba. Sin palabras. No quería palabras.

Ella le puso las manos en la cabeza y lo arrastró hacia abajo para devorarlo con un beso. Ella le dijo con lengua, dientes y labios cuánto lo necesitaba, lo caliente que ardía por él. Sólo para él.

Su toque cambió de ser una exploración lenta al punto de poseerla. La mantuvo atrapada en el beso y la devoró con su boca mientras su toque gobernaba su cuerpo. Su toque se hizo más duro, más rápido, implacable en la demanda de que su cuerpo le obedeciera. Que sirviera a sus órdenes.

Ella gritó, rompiéndose en un millón de pedacitos. El orgasmo fue más intenso que cualquier cosa que hubiera sentido antes. En la parte aún cuerda de su mente, ella sabía por qué se rompió, por qué se dejó estrellar y quemar. Porque la mantuvo quieta, a salvo y totalmente protegida.

En el momento en el que sus sentidos comenzaron a volver a su control, él se movió de nuevo, llevándola a un segundo orgasmo, esta vez la tocó y llevo su seno a su boca.

Destrozada. Totalmente, completamente destrozada. Y todavía no le había dado lo que ella realmente quería.

Él.

—Chance, por favor.

Le besó el cuello, a lo largo de la barbilla, y luego hasta los labios.

—Tenemos que entrar. No tengo protección aquí.

¿No había condones en el maldito garaje? ¿Cuál era su mal funcionamiento? Ella rio y metió la mano en el sostén de su corsé, donde había cosido un pequeño bolsillo. Ella sacó el condón de su escondite y lo puso frente a su cara. Lo había planeado con anticipación.

—Te quiero ahora mismo.

—Estás loca. —Su pecho se elevó y cayó en andrajosas respiraciones mientras quitaba su mano de entre las piernas de ella y le daba un masaje desde el trasero hasta la cintura.

—Permíteme.

Su respuesta fue un asentimiento áspero. Él puso sus manos contra el techo del auto y cerró los ojos mientras ella abría el envoltorio.

Una maldición gutural lo dejó mientras ella se arrodillaba y se lo llevaba a la boca, amando y chupando y lamiendo hasta que él le ordenó que se detuviera.

—No duraré.

Si el tono de su voz no había logrado convencerla, el temblor de sus piernas la dejó sumamente satisfecha con su efecto sobre él. Lo quería fuera de control y desesperado.

Ella quería que él sintiera lo mismo que ella.

Erin enrolló el condón sobre su miembro con el puño apretado y él gimió, apretando sus manos.

—Atrápame. —Ella envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y saltó, montándolo. Él sujetó sus piernas y atrapó su ligero peso, con sus manos calientes bajo su falda. Ella se meneó mientras él le amasaba el trasero.

Erin se inclinó hacia atrás hasta que sus hombros golpearon el auto, y luego se arriesgó a quitar una mano de sus hombros para alcanzar entre ellos su miembro y colocarlo exactamente donde ella quería.

Su maldita ropa interior estaba en el camino.

Ella gimió de frustración y frotó la cabeza bulbosa de su polla a lo largo de su calor húmedo.

—Arráncamela. —Ella bajó su mano para mover sus uñas a lo largo de sus testículos y él tembló—. Ahora.

—Con gusto. —Le arrancó la tanga y la dejó caer al suelo del garaje.

—Sí. —Él era tan jodidamente sexy. Ella lo deslizó hasta su centro y apretó sus piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo tan profundo como pudo hacia su dolorido núcleo—. Cógeme.

—Chance la miró directamente a los ojos y se negó a mirar hacia otro lado. Ella lo quería así, duro y rápido y tan jodidamente fuera de control que la empujó hacia atrás contra el auto y la bombeaba como un pistón.

Liberó al hombre de las cavernas y la cabeza de Erin cayó sobre sus

hombros cuando un orgasmo la golpeó, más fuerte e intenso, con su grueso miembro abriéndola para poseerla. Su liberación desencadenó la de él y momentos después se envolvieron uno alrededor del otro, luchando por respirar.

La abrazó con su polla aún dentro de ella y su oreja apretada contra su pecho, donde el latido de su corazón coincidía con el de ella. Deslizó sus manos detrás de ella para amortiguar su espalda y acarició la suave piel a lo largo de su mandíbula.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero era una completa mentira. Dos palabras destrozaron su corazón. La sensación de sus brazos envueltos alrededor de ella, protegiéndola, causó un pánico en lo más profundo de su ser cuando Erin se dio cuenta de que estaba total y completamente jodida. La voz práctica de Erin le gritaba desde las profundidades que lo soltara, que se alejara de él y se fuera a casa. Misión cumplida. Erin Michaelson sabía que no debía enamorarse.

Pero Eva James estaba firmemente en control de su cuerpo en ese momento, y Eva quería permanecer en los brazos de Chance para siempre. Eva se atrevió a pensar en el futuro, a pensar que esto podría significar algo más para Chance que el sexo caliente, ser más que una aventura de una noche. Eva quería arriesgarlo todo. Eva quería lanzar la precaución al viento y confiar. Ella quería dejar caer las paredes alrededor de su corazón y su alma y dejar entrar a Chance, incluso si tenía que dejarlo atrás en unas pocas semanas.

Eva quería enamorarse.

Y si Erin no era muy, muy cuidadosa, Eva James la destruiría.

Chance la posó en el suelo del garaje, reacomodó la ropa de ambos, o al menos lo que quedaba de ellos, y levantó su bolso para llevarlo dentro.

Cuando él le extendió la mano, ella deslizó la suya en su cálido agarre y le permitió que la llevara dentro su casa. Pero no miró a su alrededor. Ella no quería ver dónde vivía. Ella no quería saber nada más de él. Más información significaba más para torturarse después. Era mejor si ella no sabía dónde él pasaba las noches. Ella no quería saber cómo se veía él en su cocina, o descansando en su sofá un domingo por la tarde. Todos esos eran detalles que no tenían cabida en su vida futura.

Se suponía que iba a ser una aventura sexy, nada más. Todavía había tiempo para salvar la situación. En un par de semanas se habría ido. Necesitaba recordar eso. Las relaciones a distancia no funcionaban. No podía decirle que no a Shipton, y no esperaba que Chance dejara su carrera para perseguirla por todo el mundo en una gira.

Sexo. Eso era todo lo que podía ser. Sólo sexo.

Ella tomó su bolso y escapó al baño. Con la puerta cerrada, usó una aplicación en su teléfono para llamar a un taxi. Como una cobarde, se ocupó de sus necesidades y luego se detuvo, escondiéndose en el pequeño espacio hasta que supo que el auto esperaba afuera. Cuando su salida estaba asegurada, tomó su bolso y salió del baño como si nada hubiera pasado. Nada de sexo ardiente. Nada de agitación emocional que aplastara los huesos. Ningún grito desesperado de su corazón roto para quedarse exactamente donde estaba, para arriesgarse.

No.

Nada en absoluto.

Erin recuperó el control con firmeza mientras pasaba junto a él en la cocina, le dio un beso inofensivo en la mejilla, ignoró la mirada confusa de su rostro y corrió por su vida.

**E**l domingo por la mañana, Chance se detuvo en la tienda de música y encontró una camioneta verde oscuro donde el auto blanco de Erin había estado estacionado la semana anterior.

Así que, ella sacudió su mundo, huyó, ignoró sus mensajes, no contestó su teléfono, y ahora ella estaba tratando de escapar de su lección de guitarra?

Al carajo con eso.

Chance no se molestó en descargar su guitarra, sólo empujó la puerta de cristal y entró en la tienda. Por supuesto, nada de Erin.

—¿Dónde está ella?

—Lo siento, Sr. Walker. Soy Ginny, una de las otras profesoras. Erin me pidió que la sustituyera esta mañana. No se sentía bien.

—De acuerdo. —Chance se dio la vuelta y volvió a su auto. Sacó su teléfono celular y miró el número de Erin. Podía volver a llamarla. Enviarle un mensaje otra vez. Dejarle mil mensajes y pedirle respuestas que nunca recibiría. O podría conducir hasta su casa y golpear la puerta como un acosador fuera de control.

Estaba tan enojado que probablemente la asustaría a muerte.

Le envió un mensaje.

*«¿No hay clase de guitarra hoy? ¿Quién iba a imaginar que Eva James fuera tan cobarde?»*

Esperó sesenta segundos antes de enviar su segundo mensaje.

Voy para allá.

Condujo directo a la casa de Erin, lo que le tomó diez minutos. Cuando se detuvo en la acera del viejo bungalow, la cortina blanca y amarilla que cubría la ventana delantera cayó y ondeó.

Entonces ella sí había recibido sus mensajes. Bien. Ahora era el momento de conseguir una maldita explicación para lo de la otra noche.

Ella había sido fuego puro en sus brazos, tan caliente que ni siquiera habían entrado en la casa. Ella había lloriqueado y gemido y dicho su nombre como si importara, todo mientras envolvía su húmedo calor alrededor de su polla. Ni siquiera le había rogado que se la llevara, se lo había exigido. Estaba bastante seguro de que ella sola lo había arruinado por completo. Ninguna otra mujer iba a estar a la altura, no después de eso.

Y ella iba a irse. Tal vez por eso se había escapado. ¿Ella sólo quería acostarse con él una vez y dejarlo? ¿Lo había usado para tener sexo, y ahora sólo quería ignorarlo?

El motor del auto apenas se había apagado antes de que él golpeará la puerta de su casa.

—Erin. Abre la puerta. Soy Chance.

Oyó girar el cerrojo y retrocedió para que ella pudiera abrir la puerta.

Excepto que no fue Erin la que lo miró como si hubiera perdido la cabeza, fue AJ. Y por el aspecto de su ropa arrugada y su cara manchada, no había estado en casa por mucho tiempo, y definitivamente no se había duchado recientemente.

—¿Dónde está ella?

—Ella no quiere verte, hombre. Vete. —AJ intentó cerrarle la puerta, pero Chance la detuvo con el pie.

—No lo creo. Me debe una explicación, y no me iré de aquí hasta que hable con ella.

—¡Aghh! Me estás haciendo doler la cabeza. Sólo vete.

Chance miró a AJ y se aseguró de que tuviera la atención del joven antes de continuar, con su más baja y amenazadora voz.

—Tu encantadora hermana me debe una explicación, y no me iré hasta que la consiga.

—¿Sabes quién es ella?

—Eva o Erin, no me importa qué nombre quiera usar, pero va a hablar conmigo.

—¿Ustedes tienen sexo?

—No es asunto tuyo.

—Correcto. Supuse que lo habían hecho. —AJ se rascó la barbilla y se encogió de hombros—. Como sea, hombre. Está arriba en su habitación. Esto es demasiado drama para mí. Necesito una cerveza.

—Son las nueve de la mañana.

—¿Y?

Chance entró en la sala de estar de la casa y miró a su alrededor. Alfombras desgastadas, muebles destrozados y latas de cerveza vacías llenaban el lugar. El televisor era de modelo antiguo y su carcasa de plástico se había desprendido del costado y de la parte de abajo, haciendo que quedara extrañamente ladeado. Un videojuego estaba corriendo en la pantalla y dos mujeres semidesnudas estaban tumbadas en los sofás, una claramente desmayada, la otra riéndose mientras jugaba el juego de disparos usando pantalones cortos y un sostén rosa.

—Vamos, AJ. Me están matando. —Ella hizo pucheros por su juego y AJ abandonó toda pretensión de proteger a su hermana para unirse a ella en el sofá. La joven le dio el control a AJ y se acurrucó contra su costado, claramente fuera de sí si AJ era el hombre de sus sueños.

Chance esperaba que la chica fuera mayor de edad.

Mirando a su alrededor mientras subía las escaleras, pudo ver los intentos de Erin de hacer de este lugar un hogar en la medida de lo posible. Algunas fotos familiares estaban colgadas a lo largo de la pared, todas de Erin y AJ más jóvenes, por lo general sólo ellos dos. Cerca de la parte superior, una foto de los cuatro miembros de la banda había sido enmarcada con las palabras «Primera Tocado» y una fecha grabada en la madera. La fecha era de hacía cinco años, y AJ parecía tener unos dieciséis en ese momento.

Calcetines y zapatos sucios se alineaban en el pasillo de arriba, todos de hombre. A Chance no le gustaba el recordatorio de las frases cliché que decían que los hombres eran cerdos, pero al caminar por esta casa, su rabia creció. No era sorpresa que Erin no hubiera querido que él viniera la otra noche. Toda la casa estaba destrozada.

Sus primeros años habían sido un desastre desorganizado, pero no recordaba mucho de esa época de su vida. No, lo que él recordaba era una madre dura como un clavo que nunca dejaba que *sus chicos* faltaran el respeto a su hogar al usarlo como un vertedero.

Por mucho que tratara de mantener una mente abierta sobre AJ, por el bien de Erin, hoy no ayudaría a la causa. Ahora mismo, quería arrastrar al idiota de su hermano y decirle que limpiara esa mierda.

Oyó la guitarra de Erin antes de llegar a la puerta al final del pasillo. Levantó el puño para golpear, pero la voz de ella lo tomó por sorpresa y se quedó inmóvil, escuchando. Nunca antes la había oído cantar la canción, y las letras melancólicas le causaban dolor en el pecho.

Golpeó ligeramente con sus nudillos y la música se detuvo. La oyó arrastrarse por el otro lado, justo antes de que la puerta se abriera.

—¿Ya se fue? —Hizo la pregunta antes de que la puerta se abriera completamente. Su boca se congeló en un «Oh» cuando lo vio.

—No. Dijo que realmente necesitaba hablar contigo.

Con una mano en su puerta y la otra en su cadera, dio un paso atrás y barrió su brazo para indicar que tenía permiso para entrar. Llevaba un par de pantalones de yoga negros y una sudadera con capucha rosa. Tenía el cabello suelto, y él moría por pasar sus manos por las largas y rubias hebras. Su cara estaba limpia del maquillaje de anoche y se veía acogedora y relajada. Ella parecía real y suave, y él quería tocarla.

En vez de eso caminó al interior de la habitación, con cuidado de no chocar contra ella. Ella cerró la puerta tras él y él se tomó otro minuto para examinar su espacio personal.

Todo en la habitación tenía un lugar y estaba perfectamente organizado. La habitación olía como ella. No sabía si se trataba de perfume, champú o sólo de ella, pero el suave aroma de las flores le provocó recuerdos de su noche

juntos y pasó de nervioso a duro en cuestión de segundos.

Su ropa estaba colgada en filas ordenadas en el armario medio abierto y sus zapatos estaban en filas perfectas. Tenía un atril y un escritorio, y cada pieza de papel había sido enderezada y colocada en carpetas etiquetadas, y tenía algunas afuera donde podía trabajar activamente en ellas. Cinco pelucas colgaban de cabezas blancas sobre su escritorio. Las pelucas azules, rojas y rubias que había visto. Sin embargo, el rosa, el negro azabache y el verde oscuro serían interesantes. Especialmente extendidas sobre su almohada...

Las manos de Erin temblaban, sus ojos estaban muy abiertos y no podía dejar de moverse. Pero ella se sentó en el borde de su edredón color crema y puso una almohada rosa sobre su pecho como un escudo.

—¿Por qué viniste aquí?

Buscó un lugar para sentarse y decidió que si se sentaba junto a ella en la cama la asustaría, así que tomó la silla frente a su pequeño escritorio.

—Quiero saber por qué te escapaste la otra noche.

Ella se mecía de un lado a otro, con sus ojos atraídos por una foto familiar enmarcada en su pared. Eran Erin y AJ cuando eran muy jóvenes, AJ parecía de edad preescolar y Erin no mucho mayor. Estaban con dos adultos mayores, y él asumió que eran sus padres. Su mirada permaneció fija en la fotografía y se despejó la garganta. ¿Lo había escuchado? ¿Se había quedado ida?

—¿Erin? —preguntó él.

—¿Sabes que me voy a mudar a California en unas semanas? —Arrojó su almohada sobre la cama y se puso en marcha para caminar descalza por el pequeño espacio frente a su cama.

—Sí.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—Porque quería verte.

—No.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta correcta? —Eso hizo que la cara de Erin se volviera de un adorable tono rosa.

—La verdad.

—Esa es la verdad. Si estarás aquí por tres semanas, entonces quiero estar contigo por tres semanas.

—¿Por qué? Eso va a hacer que me duela más cuando me vaya. —Sus palabras eran contundentes, pero sus ojos tristes.

—Lo dudo. —Dejarla ir iba a doler, sin importar cuándo ocurriera.

—Ni siquiera te gusto.

—¿De qué estás hablando? —Había perdido la cabeza. No recordaba que ninguna otra mujer con la que hubiera salido fuera tal montaña rusa emocional. Claro, a él tampoco le había importado nadie nunca.

—Realmente sólo te gusta Eva James.

Chance se echó a reír y ella se giró hacia él con las manos en los puños a sus costados. Pensó que estaba siendo tierna hasta que vio las lágrimas acumularse en sus ojos. Ella hablaba en serio.

—No es gracioso, Chance.

—No hay ninguna Eva James. ¿No lo entiendes? Ella realmente no existe. —Se levantó lentamente de su silla y se acercó a ella como si fuera a escapar en cualquier momento. Ella estaba claramente molesta y él todavía no tenía idea de qué demonios estaba pasando en su cabeza. Lo que decía no tenía sentido—. Eva no es una persona aparte, Erin. Es parte de ti.

—No, no lo es. —Erin levantó los brazos y se movió alrededor de la habitación con frenética energía—. ¿Ves esto? *Esta* soy yo. Y realmente no me conoces en absoluto. —Señaló a su escritorio—. Hasta mis lápices están organizados. Soy aburrida y un poco obsesiva compulsiva. No me arriesgo, no bebo y no tengo aventuras de una noche.

—Perfecto. Entonces, ¿cuál es el problema aquí?

—¿Entonces? ¿No lo entiendes?

Chance caminó hacia ella y suspiró aliviado cuando ella le permitió que la abrazara. Ella colapsó contra su pecho y él la rodeó con sus brazos.

—Erin, sé que sólo soy un hombre estúpido y sin idea de nada, pero ¿podrías decirme qué es lo que realmente está pasando en esa bonita cabecita tuya? Ten piedad. Si no me ayudas, puede que nunca lo averigüe.

Erin deslizó sus brazos alrededor de su cintura y presionó su mejilla contra su hombro. Las palabras le llegaban a Chance a través de una nube de perfume femenino y champú.

—Me voy, Chance. Me mudaré a Los Ángeles.

—Lo sé, nena. Está bien. —Sus brazos se tensaron alrededor de ella en una reacción involuntaria. Derek le había advertido, y él no había escuchado—. ¿Ya firmaste?

—Todavía no, pero tengo el contrato en mi bolso.

—¿Cuándo te vas?

—Pronto. Dos o tres semanas. No se lo he dicho a nadie. Ni siquiera AJ lo sabe.

—¿No va a ir contigo?

—No. —Sus lágrimas silenciosas empaparon la camisa de Chance, pero él la abrazó y esperó a que estuviera lista para hablar—. Sólo me quieren a mí. Dijo que el resto de la banda está demasiado ocupado en fiestas para trabajar.

—Tiene razón.

Sus hombros temblaban y él apenas pudo entender sus siguientes palabras porque ella tenía la cabeza enterrada en su hombro.

—Lo sé. Pero AJ va a odiarme.

Eso era probablemente cierto, y no había mucho que pudiera hacer o decir para cambiarlo. Pero podría hacer algo por ella.

—Tienes un representante, o algo así? ¿Alguien que revise el contrato?

—No.

—Dámelo. Lo haré por ti.

—¿Vas a ayudarme? ¿Incluso después de que hui de ti? —Sonaba tan sorprendida que realmente él estaba perdiendo.

—Sí. Lo haré. ¿Pero por qué huiste? ¿Por qué nos harías eso a cualquiera de los dos?

Él volteó hacia abajo y miró la parte superior de su cabeza, pero aparentemente ella no estaba preparada para enfrentarlo todavía porque no

levantó su cabeza de su hombro. De hecho, se acercó más a su calor.

—No me di cuenta de cuánto iba a doler. Pensé que sólo sería una aventura de una noche.

—¿Eso es todo lo que querías? ¿Una aventura de una noche?

Ella negó con la cabeza y él se relajó un poco.

—No. Quería saber.

—¿Saber qué?

—Cómo se sentiría estar contigo. —Por fin levantó la cabeza y lo miró, y el gris azulado de sus ojos era más penetrante que los sorprendentes lentes de contacto que llevaba puestos cuando tuvieron sexo—. Tú obtienes una noche de diversión y sexo caliente con Eva James, y yo obtengo un recuerdo para llevar conmigo cuando me vaya. —Ella ladeó la cabeza y otra lágrima resbaló de su ojo derecho—. Lo siento, Chance. Sólo quería llevarme una parte de ti conmigo. Sé que fui egoísta, pero honestamente no pensé que dirías que no. No pensé que te importaría que me fuera. Se suponía que sólo era sexo. No se suponía que significara algo.

—Eso es cruel, Erin. —Ella se estremeció y él sabía que había golpeado fuerte, pero maldición, él era un hombre, no un juguete.

—Ahora lo sé. Pero pensé que serías como el resto de ellos.

—¿Como quiénes?

—Otros hombres.

—¿De qué estás hablando?

Erin abandonó sus brazos y caminó hacia su escritorio. Ella hizo una gran producción de enderezar su música y ponerlo todo en las carpetas. Se quedó quieto y esperó. Ella no saldría de ésta sin una respuesta, pero el ritual parecía ayudarla a tener un mejor control y sus lágrimas se detuvieron.

—Hombres. Eso es de lo que estoy hablando. —Ella se sentó en la silla y él se paró al lado de ella en el pequeño espacio, con los brazos cruzados. No estaba tratando de intimidar, pero tampoco le apetecía sentarse mientras ella le arrancaba las pelotas y se las metía por la garganta.

Para su sorpresa, ella cambió de dirección.

—Esa noche supe que eras diferente. Por eso me fui.

—No lo entiendo. ¿De qué estás hablando?

Se sonrojó de un rosa brillante y el color lo intrigó.

—Tú, ya sabes... cuidaste de mí.

—¿Y?

—Y ninguno de los chicos que conozco haría eso.

—¿Hacer qué? ¿Asegurarme de que la pasaras tan bien como yo?

—Sí. —Se volvió de un tono de rojo más oscuro y el color se extendió a su garganta y cuello, al igual que cuando ella había estado montando su polla como una mujer salvaje. El recordatorio envió sangre al área afectada y él sofocó un gemido. Eso era todo lo que necesitaba ahora mismo, una erección furiosa, cuando la mujer que quería no estaba ni cerca de estar lista para la segunda ronda.

Erin despejó su garganta.

—Pero no sólo eso. Me defendiste en el bar, y te aseguraste de que mi espalda no golpeará demasiado fuerte contra el auto, y me preguntaste si estaba bien después... —Su divagación se detuvo, pero ya era demasiado tarde, pues Chance empezó a entender lo que estaba pasando aquí, y eso lo molestó.

—¿Así que te fuiste porque no era un idiota?

—Suena terrible cuando lo dices así, pero sí, supongo que lo hice. No quería hacerte daño. Y no quería ilusionarte, sabiendo que me voy.

—Pero si hubiera sido un imbécil, ¿hubiera mejorado las cosas? —Levantó la voz una fracción. No pudo evitarlo. Quería arrojarla sobre sus rodillas y darle una nalgada.

—Sí. Pensé que me estaba regalando una aventura de una noche con un extraño sexy al que no le importaría el viaje. Pensé que la semana que viene no sería nada más para ti que un recuerdo olvidado. —Ella se puso en pie y caminó hacia él, levantó sus manos y las colocó contra su pecho—. No quería estar con alguien que me importara, y luego tener que irme. ¿No lo entiendes? Eso es mucho peor.

Ella tenía razón en eso.

Problemas. La opinión de Mitchell acerca de Erin le pasó por la cabeza, pero Chance la hizo a un lado. Estaba demasiado cansado para pensar ahora mismo. Erin estaba aquí, con él, y ella no estaba llorando, gritándole, o corriendo. Por el momento, era suficiente.

Le dijo a su polla que se tomara un descanso, se recostó encima del mullido edredón y le tendió la mano. Las últimas dos noches que había pasado sin dormir paseando por su dormitorio, seguidas por la montaña rusa emocional de tratar con Erin esta mañana estaban afectándolo. Le dolía la cabeza y su corazón estaba entumecido, pues le habían dado patadas muy fuertes, demasiadas veces como para sentir algo. Todo lo que sabía era que necesitaba dormir, y que necesitaba a Erin a su lado. El resto lo averiguaría más tarde.

Ella no se veía mucho mejor. Su bostezo y sus hombros caídos eran una señal segura de que ella estaba tan agotada como él.

—Ven aquí. —Chance dejó que el último vestigio de ira se le escurriera de los músculos cuando ella se acurrucó junto a él, con su cabeza sobre su hombro y su pierna enredada con la suya. Así debía haber pasado las dos últimas noches, durmiendo, enredado con ella. Con la mano levantó una suave manta blanca del pie de la cama y la puso sobre ambos.

—¿Chance?

—¿Hmm? —Mantuvo los ojos cerrados, pero apretó los brazos alrededor de ella y la acercó.

—Lo siento.

—Lo sé. Sólo duerme un poco.

Por fin dejó de discutir y se relajó con él. Chance se dio cuenta de cuando su respiración cambió y se quedó dormida. Sus ojos le dolían y sus extremidades parecían pesas de plomo, pero permaneció allí durante mucho tiempo, contento de sostenerla, mientras su mente llegaba a la única conclusión lógica,

No había forma de que saliera de este lío con su corazón entero. Erin se iría. Nunca le pediría que renunciara a su sueño. No, la dejaría ir. Diablos, él insistiría en que se fuera.

Pero hasta entonces, tenía la intención de pasar todo el tiempo que pudiera con ella, a pesar de que decir adiós iba a arrancarle el puto corazón.

**E**rin se sentó ante el escritorio de su habitación y pulió la versión final de su nueva canción. Nadie la había visto, y tenía la intención de mantenerlo así hasta que llegara a Los Ángeles.

Este dolor era demasiado crudo como para compartirlo. Necesitaba poner un poco de distancia entre ella y esta ciudad antes de que pudiera sangrar así públicamente.

Era hora de decírselo a los chicos. Habían pasado tres días desde su reunión con Wesley Shipton. Tres días desde que Chance había reclamado su cuerpo y roto su corazón.

Sabía que no era su culpa. Era de ella. Totalmente. Completamente. Cien por ciento su culpa por enamorarse de él. Ella debía haberlo sabido. Ese primer beso había volado todos sus circuitos y la había hecho perder la cabeza.

—Debiste haberlo visto como una advertencia, nena. Los besos así son peligrosos. —Su reflejo la miraba fijamente desde el pequeño espejo montado en la pared sobre su escritorio, y por primera vez sin peluca, lentes de contacto o maquillaje salvaje, Erin vio la pelea y el fuego que usualmente reservaba para Eva James mirándola fijamente—. Oh, cállate. Tú también lo querías.

La verdad era la verdad. Cada célula de su cuerpo había exigido estar con Chance desde el momento en el que la había besado. Luchar contra esa atracción había sido como intentar nadar contra un tsunami. Imposible.

Pero eso no cambiaba nada. La oferta de Shipton seguía sobre la mesa, y era hora de sincerarse con su hermano y la banda.

Todo el mundo estaba en casa, podía oír a los tres chicos de abajo gritándose unos a otros por un videojuego. Todos hacían trabajos esporádicos para mantener las luces encendidas y pagar el alquiler. Aparte de las sesiones de práctica o conciertos, que los cuatro estuvieran en casa al mismo tiempo se había vuelto bastante raro. Especialmente desde que Todd se acostaba con Melanie. La mayoría de las noches las pasaba con ella.

Y ahora que Erin tenía a Chance en su vida, podía identificarse totalmente.

Alzó los hombros y bajó las escaleras.

—Oye, E. Toma un mando. A Ricky le están pateando el trasero. —AJ rio y arrojó una cáscara de plátano a la cabeza de su amigo. Ricky la esquivó y Erin suspiró.

—Vas a recoger eso, ¿verdad, AJ? —Siempre se había sentido como su maldita madre.

—Sí. La recogeré más tarde. —Volvió a prestar atención al juego y Erin se sentó en el borde de su desgastado sofá, con las costuras deshilachadas de las almohadillas clavadas en la parte posterior de sus muslos a través de sus pantalones de mezclilla.

—Emm, chicos. Necesito hablar con ustedes. —Ella apretó sus manos en su regazo y esperó. La ignoraron. Típico.

—¡Chicos! —gritó ella, y Todd levantó su mando para apretar el botón de pausa dramáticamente.

—Cállate, AJ. Ricky. —Todd se inclinó ante ella desde su trono, que era un sillón viejo y feo que AJ había encontrado en una venta de garaje el verano pasado—. Erin tiene un anuncio.

—Gracias, Todd. —Erin se retorció un poco en su asiento y respiró hondo. Era mejor arrancar la venda con un jalón brutal que desprenderla lentamente, ¿verdad?— De acuerdo. Chicos, odio tener que decirles esto, pero voy a dejar la banda.

—¿Qué carajo, Erin? ¡Ya hablamos de esto! —AJ arrojó su mando al sofá junto a ella y se puso de pie de un salto, furioso y lleno de pánico—. Estás

totalmente en la onda ahora mismo, E, y finalmente estamos consiguiendo mejores conciertos. Llamé a la oficina de Shipton y dejé un mensaje. Esto podría ser lo que necesitamos. ¡Podrían firmarnos! No puedes renunciar ahora.

—Sí, sí puedo. Renuncio, AJ. No puedo seguir haciendo esto.

—¿Hacer qué? ¿Seguir tu sueño? ¿Hacer música increíble? —Tropezó y Erin se dio cuenta de que ya estaba borracho. A las diez de la mañana.

La rabia le hervía, días y semanas y años de aguantar su mierda, y todo explotó dentro de ella como una bomba atómica.

—Jódete, AJ. Estás borracho o drogado cada vez que tocamos. No puedo más. No seguiré pagando tu mitad del alquiler. No seguiré pagándole a chicas estúpidas para que te chupen la polla. Ya me cansé de sacarte de problemas y de mantener tu perezoso trasero. ¡Ya no más! —Erin irrumpió y recogió la cáscara de plátano de donde yacía olvidada en la alfombra. Se la lanzó a AJ y le dio en el centro del pecho—. Estoy harta de limpiar por ti. Es hora de crecer.

AJ rugió y luego saltó como un lunático con los puños a los costados, como si no pudiera controlarse, como un niño de dos años haciendo una rabieta.

—¡No! ¡Erin! ¡No puedes renunciar!

—Ya no más. —Miró de AJ a Todd, que no parecía nada molesto, a Ricky, que se encontró con su mirada, pero no dijo nada—. Lo siento, chicos. No puedo más.

AJ se hundió en el sofá junto a ella y envolvió sus brazos alrededor de su muslo.

—Por favor, E. No hagas esto. Estamos a punto de llegar a lo grande. Vas a arruinarlo todo.

Ella se inclinó hacia abajo y le arrancó las manos de alrededor de su pierna, como lo hace una madre con un niño de preescolar aferrado en el primer día de escuela.

—Lo siento, AJ. Pero renuncio. Y me voy a mudar. Ya le di aviso al propietario. Puedes alquilar mi habitación, o lo que sea, pero el 30 estoy fuera.

—AJ soltó su pierna y luego se puso de pie.

—Esto es una mierda, Erin. ¿A dónde vas a ir? ¿Te mudarás con Chance? ¿Eso es todo? ¿Consigues un novio rico y nos dejas?

Erin cruzó los brazos sobre su pecho y trató de luchar contra su ira.

—No. Me mudo a Los Ángeles. Voy a firmar con Shipton Records.

Ricky dejó caer su propio mando y se puso de pie.

—¿De qué estás hablando, Erin? ¿Por qué harían eso? ¿Sólo firmarte a ti? ¿Qué hay de la banda?

Erin miró a Todd, luego se volteó hacia Ricky y sostuvo su mirada mientras ella le respondía.

—Wesley Shipton dijo que no contratará adictos ni alcohólicos. No contratará a nadie que consuma drogas, ni a nadie que él crea que puede perder el control o costarle dinero. Nos investigó a todos.

—Y Santa Erin fue la única que pasó la prueba, ¿no es así? —El pecho de AJ ahora se inflaba y desinflaba, y sus ojos eran de color rosa brillante. Erin no estaba segura si era por lágrimas sin derramar o por fumar marihuana.

Ricky cruzó los brazos y frunció el ceño.

—Esto es una mierda, Erin.

—Lo siento. Pero tengo que irme. No voy a rechazar la oportunidad más grande de mi vida porque ustedes no pueden dejar de fumar, beber y de cogerse a todo lo que tenga tetas. Pueden tirar sus vidas por la borda si quieren. No puedo detenerlos. Lo he intentado, pero renuncié. He terminado. Y especialmente contigo, AJ. Puedes beber hasta el suelo, como hizo mamá, pero no me hundiré contigo. —Las palabras le dolían al salir, pero también la hacían sentir más fuerte.

—Vete a la mierda, Erin. —AJ tomó su sudadera del gancho por la puerta principal y salió corriendo con sus zapatos en las manos.

Un silencio incómodo descendió mientras Todd y Ricky la miraban fijamente. Erin se limpió una lágrima de la mejilla y agitó su cabeza para despejarla.

—¿Están bien, chicos?

—Sí, estoy bien. —Todd suspiró—. En realidad, me has ahorrado un montón de problemas. Ya hablé con Ricky sobre buscar otro baterista. Yo iba a renunciar, de todos modos.

—¿Por qué? —No podía creerlo.

Todd sonrió, y sus ojos brillaron.

—Mel está embarazada y le pedí que se casara conmigo. Conseguí un trabajo en el Shopper Mart como aprendiz de gerente. Buena paga y seguro médico. Mel y el bebé lo van a necesitar, ¿sabes?

Erin se acercó y le dio un abrazo a Todd.

—Felicidades. No puedo creerlo.

Ricky golpeó a Todd en el hombro.

—La pobre Melanie va a estar atrapada mirando tu fea cara por el resto de su vida.

—Por supuesto que sí. —La sonrisa de Todd iluminó toda la habitación y le quitó a Erin el peso de la ira de AJ, al menos un poco—. Espero que sea una niña. Vestidos rosas, moños y toda esa mierda.

Erin lo abrazó fuerte, y luego retrocedió.

—Una niña controlará tu vida desde el momento en el que nazca.

—No. —Todd bajó la cabeza y miró sus zapatos—. No importa si el bebé es niño o niña, no puedo esperar. Pero no importa. Mel ya me controla lo suficiente.

Ricky se dejó caer sobre su único sillón reclinable y Erin lo observó.

—¿Qué hay de ti? ¿Estás de acuerdo con esto?

—Apesta. No voy a mentir. Pero haré algún trato. Han estado queriendo darme más horas de trabajo, y he estado jugando con algunos tipos en la ciudad. Ya se me ocurrirá algo.

—Puedo darte el número de Eddie. Trabaja conmigo en la tienda de guitarras y su banda es muy buena.

—¿Sí? Genial. —Su mirada se dirigió hacia la puerta—. Estaré bien, pero no sé qué suceda con AJ. Siempre cuelga de sus uñas, ¿sabes? Esto podría

volarlo.

Erin no tenía ninguna duda de que su partida dejaría caer a AJ en picada, pero no podía sacrificar su vida y su futuro por que él se negaba a dejar de beber. Ya era un niño grande. Ya era mayor. Era hora de dejar que se cuidara solo. Ella lo había hecho: había estado en rehabilitación por su cuenta cuando tenía diecinueve años. Era hora de que su hermano creciera.

Ella le dio a Ricky un abrazo rápido y se retiró a su habitación. Aún era temprano. Chance estaría en el trabajo durante horas y horas. Pero ella lo quería ahora. Había llegado a depender de su apoyo constante e incluso de su temperamento. Se había convertido en un ancla que la mantenía centrada y la hacía sentir que todo iba a salir bien. La hacía sentir segura y lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a su hermano.

La tenía muy mal. Tan jodidamente mal. Dejarlo iba a hacer sangrar su alma.

Con un suspiro, ella le envió un mensaje.

*«Oye. Se lo dije a la banda. Todo bien excepto AJ. Él me odia.»*

Ella presionó enviar, luego cedió y le envió otro mensaje.

*«Estaré en el trabajo. Saldré a las 6:00. ¿Me recoges? ¿Por favor? Te necesito.»*

Chance Walker era su única adicción estos días, y temía que sin importar cuántos años pasaran o en qué parte del mundo estuviera, ella nunca se liberaría.



CHANCE MIRÓ FIJAMENTE a la pila de expedientes legales no leídos que el socio mayoritario había dejado en su escritorio esa mañana. Quería vadear entre toda esa basura tanto como quería bañarse en aceite y prenderse fuego.

¿Cuándo se había convertido el desafío en una carga en lugar de una emoción? Le encantaba la persecución, le encantaba verterse entre montones de documentos buscando aquel hecho, aquella línea, aquella ley oscura que necesitaba encontrar para ganar. Ganar en la arena legal era lo único que importaba, y la victoria a menudo dependía de ser el primero en encontrar una

aguja en el pajar.

Era muy bueno en encontrar esa aguja, lo cual era la razón por la que había remontado después de su horrible actuación en la declaración un par de semanas atrás. El viejo perro panzón abogado había entrado aquí ayer creyendo que iba a atropellar a Chance como lo había hecho antes. Pero Chance estaba preparado, y dos horas después, el consejo de la oposición detuvo los procedimientos y salió de su sala de conferencias.

Una hora después de eso, Chance recibió una oferta de acuerdo para la joven madre e hijo que él representaba.

Un mes atrás, Chance habría estado en éxtasis. Tres semanas atrás, se habría estado dando palmaditas en la espalda, alardeándole a sus hermanos y aceptando la invitación por unos tragos de la nueva asistente legal después del trabajo.

Ahora, todo lo que le importaba era aquella cuenta regresiva para perder a Erin.

—Walker. Buen trabajo ayer. —Bill Watson, el socio fundador de la firma, apareció a un lado de su escritorio y extendió su mano. Chance se puso de pie y la estrechó.

—Gracias. —Bill tomó la mano de Chance y levantó su izquierda para envolver el antebrazo de Chance.

—Te he estado observando durante dos años, Chance. Desde el primer día que comenzaste como pasante, cuando aún estabas en la escuela.

Chance asintió, sin saber a dónde iba esto.

—Es difícil creer que hayan pasado dos años. —Eso era una mentira. Al menos hoy. Hoy se sentían como cincuenta—. No somos una empresa muy grande, pero tenemos una buena reputación en la ciudad y siempre estamos buscando talento. —Bill levantó la mano del antebrazo de Chance para darle un leve golpe en el hombro—. Quería ser el primero en felicitarte. Ayer me convenciste de que tienes lo que se necesita. Convenciste a los otros, también.

—Gracias. —Chance sonrió, pero sabía que sonaba débil. Su teléfono vibró silenciosamente en su bolsillo, y todo lo que quería hacer era deshacerse de Bill y revisar ese mensaje. Probablemente era Erin.

—Votamos hace una hora, en la reunión del consejo.

—¿Qué? —¿Votaron? La cabeza de Chance empezó a girar y tuvo que forzarse a concentrarse en lo que Bill estaba diciendo.

—Felicidades, Chance. Eres nuestro nuevo socio menor. Recursos Humanos traerá el papeleo en un par de horas. —Bill Watson le dio otra palmada en el hombro y se fue con una sonrisa en la cara.

Chance se quedó allí, mirándolo fijamente, aturdido. ¿Socio menor? Acababa de pasar el examen hace seis meses. Había otros dos socios menores en la firma y ambos tenían oficinas grandes y agradables, sus propios asistentes legales y ganaban por lo menos tres veces su salario actual.

Su teléfono volvió a vibrar y lo sacó de su bolsillo antes de caer en su silla. Era Erin, y las palabras que vio hicieron que su corazón se acelerara. Especialmente las últimas tres.

*«Te necesito.»*

Si tan sólo eso fuera cierto.

**E**rin caminaba por todo el frente de la tienda, incapaz de contener su energía nerviosa. Chance llegaría en cualquier momento y sabía que él haría preguntas. Él ya había leído el contrato, lo que la ayudó a relajarse un poco. Todo ese lenguaje legal le hacía doler la cabeza, y había pasado la mitad de su tiempo buscando las palabras que no conocía en Google. Desafortunadamente, Internet no fue de mucha ayuda. La mayor parte del tiempo, un término legal que ella no conocía conducía a otro, y a otro.

Había leído el contrato, palabra por palabra. Pero una parte aún no tenía sentido.

Chance estacionó su auto y ella se mordió el labio para evitar saltar de arriba a abajo en su afán por verlo. Bailar como una loca no era su estilo, al menos no cuando no estaba en el escenario.

Tenía una cita agendada más tarde con Wesley Shipton y Axel Thomas para tomar unos tragos, y quería que Chance fuera con ella. Había dejado sus pelucas en casa y llevaba una falda de tubo profesional, blusa y tacones. Pero no en un tradicional y muy aburrido color negro y crema. No. Su falda y tacones de punta de cuatro pulgadas eran de color blanco brillante con rayas verde neón, rematados con una blusa blanca sobre una camisola de encaje blanco puro.

Atuendo de negocios, pero no aburrido. Se sentía como una niña jugando a ser adulta que había asaltado el armario de mamá. La única vez que había usado una falda así fue en el funeral de su madre.

—No. No pienses en eso, Erin. —Se envolvió las manos sobre el estómago y mantuvo sus entrañas en su sitio por pura fuerza de voluntad. ¿El funeral, y los años de caos desde entonces? No eran cosas en las que ella quisiera pensar hoy.

Hoy era una profesional. Hoy ella tenía el poder. Ella tenía lo que Shipton Records quería, no al revés. Ella era talentosa y hermosa, y escribía canciones de éxito. Ellos la querían. Eso era un hecho.

Y también Chance. Sabiendo lo que vendría más tarde esa noche, en su cama, envió sus nervios a una gran altitud, hacia la lejana órbita de la Tierra. Y él ni siquiera había salido del auto.

Su puerta se abrió y ella caminó hacia él. La vista de su musculoso pecho abrazado por una camiseta negra apretada la trajo de vuelta a la tierra en un restablecimiento fundamental. Su corazón se aceleró cuando se encontró con su curiosa mirada, pero cuando él sonrió, ella olvidó respirar.

—Hola. Te ves genial. ¿Una ocasión especial? ¿O te pusiste esos zapatos sexys sólo para mí? —Se quedó allí, con una mano en la parte superior de su auto y el otro brazo descansando en la parte superior de la puerta del conductor, y realizó una lenta y muy deliberada inspección de ella—. Porque tengo que decir que esos tacones están funcionando para mí.

—Me reuniré con Shipton Records esta noche. Quiero que vengas conmigo. —Incapaz de resistirse, Erin se giró para mostrar sus piernas. Se veían muy bien, su piel desnuda exhibida por encima de la rodilla hasta las puntas de los dedos de los pies, que mostraban las puntas blancas y brillantes de su pedicura al estilo francés.

Pasó una hora con ellos la noche anterior sólo para poder usar estos zapatos.

Chance miró fijamente durante un momento, como si esperara que ella dijera más, pero no se le ocurrió nada más que decir y un silencio incómodo apareció entre ellos hasta que el aire se sintió espeso.

Chance dio un paso atrás y cerró la puerta de su auto mientras Erin miraba, congelada por la necesidad de inspeccionar los músculos de sus desnudos antebrazos. ¿Los abogados no se sentaban detrás de un escritorio todo el día? Porque ese hombre no había conseguido ese cuerpo tan candente ejercitándose en el escritorio.

Recuérdame a qué te dedicas. ¿No se supone que eres abogado?

Miró por encima de la parte superior del auto y se encontró con la mirada de ella.

—Algo así.

—Entonces, ¿vas al gimnasio, o qué?

Las cejas de Chance cayeron y frunció el ceño ligeramente.

—¿Qué? —Caminó hacia ella con un pequeño maletín negro en la mano.

—Nada. Sólo eres sexy. Eso es todo.

En el momento en el que el auto dejó de bloquear su vista de su torso, ella tuvo que dar un paso para mantener sus pies debajo de ella. Mirarlo con esa camisa estaba arruinando su equilibrio en esos zapatos.

Cuando se acercó lo suficiente como para que ella lo tocara, se detuvo.

—¿No vamos a entrar? Dijiste que querías revisar el contrato.

¿Estaba el pulso de Chance acelerándose en la base de su garganta?

—¿Erin?

—¿Eh? Sorprendida, se estremeció y las llaves que tenía en la mano cayeron al andador de concreto que bordeaba el frente de la tienda de música.

Él se agachó, recogió sus llaves y se las agitó justo delante de la nariz. Su sonrisa le dijo a Erin que sabía exactamente lo que había estado mirando hace un momento.

—¿Vamos a entrar? Querías que Samantha leyera el contrato también. ¿O cambiaste de opinión en los últimos treinta minutos?

—Oh. Claro. —Ella le arrebató las llaves de la mano, ignoró su sonrisa y se negó a mirarlo directamente. No. No iba a mirar hasta que esta parte del día hubiera terminado. Estar tan cerca de él la atormentaba con recuerdos de sus manos y su boca... en todas partes.

—Tienes que dejar de mirarme así.

—¿Como qué? —Oh, ella lo sabía, pero no podía controlarse. Se adelantó y envolvió sus manos alrededor de su cintura porque podía. Porque ahora mismo, él le pertenecía—. ¿Como si fuera a morir si no me besas?

Ella levantó sus labios en una invitación silenciosa y suspiró alegremente cuando él bajó sus labios a los de ella y tomó lo que ella le ofrecía. Ella no lo había visto en todo el día, y lo echaba de menos. A juzgar por su dura prominencia presionada contra su estómago, él también la había extrañado.

—Por favor, ustedes dos. —La risa de Samantha la trajo de vuelta a la realidad y Chance terminó el beso con su frente presionada contra la de ella.

—Estaremos ahí en un segundo. —Erin hizo un gesto con la mano para intentar que Sam se fuera. Quería más tiempo con Chance.

—No. De ninguna manera. Me voy ahora y no te veré en una semana. — Sam se puso de pie, manteniendo la puerta abierta con la cadera—. Vamos. Tienes que reunirte con Shipton esta noche. Puedes besar a tu hombre más tarde.

—Ella tiene razón. —Los ojos de Chance brillaron con su risa mientras ella refunfuñaba en respuesta.

—Lo sé. —Erin se echó hacia atrás y miró hacia arriba, deseosa de perderse en las profundidades de sus cálidos ojos marrones—. Pero te extrañé.

La tomó de la mano y la llevó adentro.

¿Realmente lo conocía desde hacía un par de semanas? Parecía mucho, mucho más tiempo. Su vida ya estaba clasificando los recuerdos recientes en las categorías de antes y después de Chance.

Ella lo siguió a la tienda y directamente a la sala de clases. Sacó su guitarra de repuesto de uno de los dos grandes armarios de la habitación. Los armarios estaban llenos de música impresa, instrumentos y objetos personales que pertenecían al dueño de la tienda. Pósters originales de giras. Montones de partituras y libros. Una caja llena de cables, conectores y otras cosas electrónicas extrañas ocupaban la mitad del piso del armario.

Con la guitarra en su regazo, Erin rasgueó un acorde de Sol y se acomodó en la silla.

—Muy bien. Acabemos con esto de una vez.

—¿Necesitas una guitarra en tu regazo? —Su mano apareció en el borde de su visión justo antes de que sus dedos se enrollaran alrededor de su

barbilla. Él le levantó la cabeza suavemente y colocó sus labios sobre los de ella en un beso tan blando y tierno, tan suave que ella se habría derretido en un charco de líquido deshuesado a sus pies si él no la hubiera estado sosteniendo. El beso terminó y ella se inclinó hacia delante, persiguiendo su boca con la suya. Se tambaleó en el borde de su silla para mantener el equilibrio. Casi se cae.

Ese hombre era potente.

—¿Qué?

—Dije, ¿realmente necesitas una guitarra en tu regazo para ver este contrato? —Pasó su pulgar por el labio inferior de ella, robándole la humedad de su beso.

—Sí. Me ayuda a pensar.

—De acuerdo. —Chance tomó su asiento habitual. Samantha sacó otra silla plegable de uno de los armarios y la dejó lo más cerca posible de la suya. Tenía el contrato en su regazo, y Samantha estiró su cuello para leer sobre su hombro.

Con su atención concentrada en el papeleo frente a él, ella suspiró aliviada. Cuando toda esa intensidad se fijó en ella, realmente no pudo pensar.

—Erin, ¿dijiste que habías leído esto?

—Sí.

Él asintió con la cabeza y ella se sintió cálida y suave por dentro, hasta que él levantó su mirada hacia la de ella. Mirarle los ojos le robó todos los pensamientos de su cabeza.

—De acuerdo. Empecemos con eso. ¿Tienes alguna pregunta?

—¿Qué? —Ella había estado completamente distraída mirando sus labios. Cielos. Era como si su coeficiente intelectual bajara a niveles infrahumanos cuando él estaba cerca. ¿Genio conversacional? ¿Oraciones de una palabra? ¿Sonar como una idiota sin cerebro? Podía tachar todo eso de su lista. Afortunadamente, la sonrisa que se extendía por el rostro de Chance indicaba que le gustaba de todos modos. Sus siguientes palabras lo confirmaron.

—A veces eres adorable. —Sonrió y Samantha hizo un ruido de náuseas.

—Ustedes dos son asquerosos. Empiezo a pensar que nunca debí haberte tendido una trampa.

Eso llamó la atención de Chance.

—¿De qué estás hablando?

Samantha sonrió y juntó sus manos mientras respondía con su voz más dulce y cantada.

—¿No lo recuerdas? Te dije que preguntaras por Erin, nuestra mejor profesora de guitarra de toda la historia de los profesores de guitarra.

Erin gimoteó.

—Sam. ¿En serio? ¿Esto es necesario?

Chance se acercó a Samantha y le susurró como si Erin no pudiera oír cada palabra.

—Ella estaba loca por mí desde el primer día, ¿no?

—Totalmente.

—Lo sabía. —Le guiñó un ojo a Erin, luego se sentó derecho y puso su cara seria—. Vale. He resaltado los problemas potenciales en amarillo...

Erin prestó atención porque tenía que hacerlo. Era hora de poner manos a la obra. Estaban hablando de su futuro. Su futuro sin él.

Dos horas después estaban en casa de Chance. Él quería cambiarse de ropa antes de que se encontraran con los ejecutivos de la discográfica y Erin lo dejó. Ella pensaba que los pantalones y la camiseta negros que llevaba puestos estaban bien. Él no estuvo de acuerdo.

Así que ella se quedó sentada en la sala viendo la pared, la gruesa alfombra de color crema, la chimenea de gas, las almohadas de color azul oscuro y los cojines de cuero acolchonados del sofá. Cualquier cosa para mantenerla alejada de él, arriba, en su habitación... sin ropa.

—Contrólate. —Sabía que parte de su deseo descontrolado eran los nervios. Estaba tan asustada de volver a encontrarse con Shipton que la idea de perderse en unas horas de placer sexual sin sentido era muy atractiva.

Toda la situación la hizo desear no haber dejado de beber

Se puso en pie y caminó hacia varios estantes pequeños junto a su mueble de la televisión. No había mucho desorden, sólo una foto de él con una mujer mayor de aspecto suave que ella asumió que era su madre y una segunda foto de él con sus tres hermanos, a los que reconoció del bar la semana pasada. Estaban en el medio del campo en algún lugar, parados frente a una fila de caballos.

Hmmm. ¿Chance con sombrero de vaquero?

Ella trazó su cara donde él le sonreía desde debajo del cristal con la yema de su dedo. Totalmente sexy. Esta noche podría pedirle que se pusiera ese sombrero en la cama.

Ella sonrió al pensarlo y dejó la foto en el estante de madera oscura. Un destello verde llamó su atención y encontró la tarjeta de un niño. El Increíble Hulk le rugía desde la portada. Curiosa de saber por qué estaría eso allí, abrió la tarjeta.

*«QUERIDA MAMÁ,*

*Te escribe Chance. Tengo diez años. Y como es tu cumpleaños, haré lo que tú quieras, que es escribir esto.»*

ERIN SONRIÓ. Chance, de diez años de edad, había escrito esta tarjeta, y su letra descuidada, de escuela primaria, le conmovió el corazón.

*«COSAS QUE PROMETO INTENTAR HACER con mi vida:*

*1 - Ser abogado para poder alejar a los niños buenos de los malos padres.*

*2 - Ser una estrella de rock.*

*3 - Ser piloto de carreras.*

*FELIZ CUMPLEAÑOS, mamá. Estoy muy, muy feliz de que me adoptaras. Te quiero.*

*Fin.»*

CHANCE HABÍA FIRMADO la tarjeta de manera que su nombre ocupara todo el lado derecho del interior de la tarjeta. Y aun así, en la esquina, una mano claramente femenina había escrito con pluma azul.

*«Te quiero, hijo. Por siempre y para siempre. Nunca abandones tus sueños.*

*XOXO – Mamá»*

Erin trazó la letra cursiva con un toque pensativo. ¿Cómo habría sido crecer con una madre que escribía tarjetas como ésta? ¿Quién lo abrazaba, lo besaba y le leía cuentos por la noche? Adoptado o biológico, no importaba. Había tenido una madre que lo amaba. Afortunado.

—¿Erin? —La voz de Chance rompió el hechizo de la tarjeta y ella volteó para encontrarlo a su lado. Se veía espectacular con un traje negro, camisa amarilla pálida y corbata negra a rayas. Se había vestido así para ella, porque le había dicho antes que esta noche no estaría sentado en la mesa como su amante, esta noche sería su asesor legal. ¿Estas lista?

Ella no lo había escuchado acercarse, pero apreciaba la vista y su apoyo moral. Iba a necesitar ambas cosas para seguir adelante esta noche. Estaba tan nerviosa que apenas podía respirar.

—Sí. Estoy lista. —Chance se inclinó y la besó suavemente en los labios.

Ella le sonrió y en silencio agradeció a la mujer que había escrito en esta tarjeta por criar a un hombre tan increíble. Se dio la vuelta para volver a colocar la tarjeta sobre el manto, pero él la tomó de sus manos y la leyó él mismo con una risita.

—Sabes, si no fuera por esta tarjeta, nunca te habría conocido.

—¿Qué?

Sonrió y volvió a colocar la tarjeta en su lugar de honor junto a la foto de él con su madre. Señaló a la foto de la mujer mayor.

—Esa es mi mamá. Murió hace unos meses.

—Lo siento mucho. —Ella tomó su mano y él la recompensó con un suave

apretón.

—Yo también. Pero como una mujer típica, encontró la forma de darnos órdenes desde el otro lado. —Señaló hacia la carta—. Todos escribimos una como esta cuando teníamos diez u once años. Los cuatro. Y cuando ella murió, su abogado las sacó, junto con un video de nuestra madre haciéndonos prometer que cumpliríamos las promesas que le hicimos.

—¿Estás bromeando? ¿Qué hay en las cartas de tus hermanos?

—No tengo ni idea, no me lo han dicho. Derek probablemente prometió saltar del *bungee* desnudo o hacer alguna otra locura. Com paracaidismo. —Él se rio y ella sonrió con él. Se sentía bien.

—¿Por qué es gracioso el paracaidismo?

—Porque Derek, el chico malo, tiene un miedo mortal a las alturas. —Él le sonrió—. Yo tenía al número uno bajo control. De hecho, acaban de hacerme socio menor hoy.

—Oh, Dios mío. Eso es increíble, Chance. Felicidades. —La felicidad de Erin era sincera. Ella sabía que su carrera le importaba mucho. Pero también era una razón más por la que no podían estar juntos. Sin embargo, era lo que él quería, por lo que había trabajado tan duro todos esos años en la escuela. Su sueño—. Así que, cuéntame más. ¿Recibirás un gran aumento y una oficina elegante?

—Triple salario, mi propia administradora y una oficina de verdad con puerta y ventanas. —Sonaba como si estuviera leyendo de una lista de compras. Tal vez lo era. Tal vez era exactamente lo que él había querido durante tanto tiempo que tacharlas de la lista era automático—. Si sigo trabajando duro, seré socio mayoritario en un par de años más.

Socio mayoritario. Ella sonrió, y su corazón se sentía como si tuviera el doble de su tamaño normal. Estaba tan orgullosa de él.

—Pues suena épico.

—Gracias. Pero esa tarjeta es la razón por la que te conocí. Esa promesa a mi mamá es la razón por la que compré la guitarra y empecé a tomar clases. No puedo ser una estrella de rock si ni siquiera sé tocar la guitarra.

—Cierto. Ella le sonrió mientras se preguntaba exactamente qué tipo de

experiencias en la infancia temprana habían hecho que Chance sintiera la necesidad de escribir el número uno. Pero él parecía feliz, y ella no iba a sacar a relucir viejas heridas, no ahora. Y ella no iba a pensar en dejarlo, o a preguntarse qué clase de esposa perfecta llevaría a las futuras fiestas navideñas de su bufete de abogados.

No. Lo único que podía hacer era vivir el momento. Disfrutar de cada minuto que pasaran juntos antes de que ella se mudara a Los Ángeles.

—No tengo ni idea. Soy increíble, lo sé, pero trato de limitarme a un proyecto imposible a la vez. —Le dio un beso rápido antes de llevarla hacia el garaje—. Y debemos estar ahí en 15 minutos. Vamos.

**L**a reunión con Shipton Records fue, en la mente de Chance, un gran éxito. Le dieron a Erin todo lo que pidió, incluyendo una cláusula de salida, un bonito bono de contratación y la libertad de vender su música a otros artistas sin someterla a ellos con derecho de tanteo. Ella tenía todo el control.

Y habían accedido a cambiar la mayor parte del lenguaje legal que él consideraba cuestionable. No todo, pero le sorprendió que se rindieran.

Erin era la clave para eso. Ella había sido dura como un clavo y él vio al intrépido personaje de Eva James salir a la luz como una guerrera que se lanzaba a la batalla. Estaba orgulloso de ella. Se sentó en esa mesa y se enfrentó a dos gigantes de la industria musical como una profesional experimentada. Como si ya fuera una superestrella.

Wesley Shipton había aceptado la mayoría de los términos de Erin, aunque con una condición terrible, pero no negociable... tenía que estar en Los Ángeles en tres días para poder abrir el concierto de una de sus bandas más conocidas.

Cuando llegó el momento de irse, le sacó la silla y estrechó su mano mientras luchaba contra la creciente impaciencia por dejarla sola. El tic-tac del reloj de su relación acababa de catapultarse a la cuenta regresiva final.

Para su sorpresa, Axel Thomas lo llevó a un lado y le entregó una tarjeta de presentación.

—Lláname. Tienes buen ojo para los contratos.

—Gracias. Pero no sé de qué le serviría. Estoy seguro de que tiene todo un equipo de abogados a su disposición.

Axel le dio un golpe en el hombro.

—Cierto, pero ninguno de ellos tuvo las pelotas de luchar contra algunas de esas cláusulas en sus propios contratos. Podríamos tenerte de nuestro lado. Tenemos algunos contratos pendientes con grandes emisoras y me encantaría que los revisaras antes de que firmemos. —La aguda mirada de Axel corrió hacia donde Erin estaba hablando con su compañero, y luego regresó—. Claro, si tuvieras tiempo.

—Te avisaré. —Chance puso la tarjeta en su bolsillo, pero dudaba si llamaría. Era un abogado asociado. No podía enfrentarse a otros clientes o empresas del exterior sin que le aprobaran las cosas y sin pasar por algunos obstáculos.

Asintiendo con la cabeza a ambos hombres, acompañó a Erin fuera del restaurante hasta su auto. Le abrió la puerta y se apresuró a arrancar el motor. No podía esperar a perderse de vista. Cada minuto que pasó sentado con aquellos dos hombres de Los Ángeles se sintió como diez minutos en una zona de combate.

Pero habían ganado.

Se deslizó en el asiento del conductor y la sonrisa radiante de Erin le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Vamos, vamos, vamos, vamos. —Erin dejó caer su cabeza hacia atrás hasta que hizo contacto con el reposacabezas, y luego giró la cabeza a su izquierda para mirarlo con ojos brillantes—. Sácame de aquí antes de que cambien de opinión.

—No hay posibilidad de eso. —Arrancó el motor, pero no pudo resistirse a correr la parte trasera de sus nudillos a lo largo de su mejilla—. Te quieren. Probablemente podrías haber pedido un elefante púrpura con brillantes campanas de plata colgando de sus orejas y te lo habrían dado.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tú me quieres?

Chance dejó caer su mano y puso el auto en marcha.

—Veamos qué tan rápido puedo llevarte a casa. —Miró el reloj del

tablero—. Apuesto a que puedo tenerte en mi cama, desnuda, en los próximos nueve minutos.

Ella se rio.

—Acepto la apuesta, pero gano un orgasmo extra por cada minuto que llegues tarde.

—Trato hecho. ¿Pero si lleguemos temprano, qué obtengo yo? —Se fusionó con el tráfico del centro y se dirigió hacia la interestatal.

—No vamos a llegar temprano.

—Sí, vamos a...

*Mierda.* Intermitentes encendidas. Incorporación a la derecha. Ignora a Erin mientras se acomodaba en su asiento y tomaba la cremallera de sus pantalones. El pensamiento de que debía detenerla se registró por menos de medio segundo antes de que renunciara a toda pretensión de resistencia. Cuando sintió su puño caliente envuelto alrededor de su polla, comenzó repensar esa decisión. Ella era peligrosa. ¿Pero él le dijo que parara? Diablos, no. Se sentía demasiado bien.

—¿Erin? Vas a hacer que nos maten. —Acelerador. Freno. Giro a la derecha. Semáforo. La mano de Erin en su polla, explorándolo...

Ella corrió su mano arriba y abajo sobre su duro miembro y enrolló la punta sensible de su pene entre la palma de su mano y su pulgar. Iba a perderlo si ella seguía así mucho más tiempo.

—Erin. Te lo advierto, yo...

—Cállate y conduce. Tenemos que poner a prueba tus habilidades para Nascar de todos modos, Sr. Piloto de Carrera.

—¿Qué?

Ella sólo sonrió, luego se agachó y se lo llevó a la boca con un fuerte y profundo embate. Ella lo trabajó con su lengua, y chupaba tan fuerte que él pensó que sus bolas iban a explotar. No le dio ninguna oportunidad de recuperarse. Su mano se deslizó bajo su polla para tomar y tirar suavemente de sus testículos. Todo sin sacarlo de su boca, lo saboreaba como si fuera su cono de helado favorito, luego lo introdujo todo con su boca cerrándose alrededor de él, un paraíso caliente y húmedo.

Al carajo con Nascar. Se detuvo a un lado de la calle, aparcó el auto y se dejó llevar en este momento por la mujer salvaje y apasionada que le había robado el corazón.

Él la amaba. Mierda. Él la amaba.

Miró fijamente a la parte posterior de su hermosa cabeza rubia y se entregó a su implacable amor. Trató de advertirle cuando estaba a punto de venirse, pero ella negó con la cabeza, le dijo que se callara y lo empujó a un orgasmo tan fuerte y rápido que sabía que habría destrozado el auto si hubiera estado manejando.

Ella se lo bebió como si nunca fuera a tener suficiente, luego colocó su pene de nuevo en sus pantalones y le subió la cremallera.

Primaria y apropiada, pulcra como un alfiler, volvió a su asiento y metió la mano en la bolsa que tenía en el suelo para buscar una botella de gaseosa de naranja. Se lo bebió, volvió a girar la tapa y miró al reloj con una sonrisa demasiado complacida en su cara.

—Ya me debes tres.

—Hiciste trampa.

Ella regresó la gaseosa a su bolso y lo miró a través de sus largas y oscuras pestañas.

—No es mi culpa que no puedas resistirte a mí. —Dejó caer su mano sobre sus pechos y los masajeó a través de su camisa con un suave gemido—. Que sean cuatro, Chance. Cuatro. El reloj acaba de cambiar.

—Vas a suplicar clemencia cuando acabe contigo.

—Promesas, promesas.

La miró, fascinado mientras ella se frotaba las piernas con obvia excitación. Con otro suave gemido, ella cerró los ojos y se tiró de los pezones a través de la tela que los cubría. No estaba seguro si ella estaba a punto de perder la cabeza, o si el glorioso despliegue de lujuria era todo para su beneficio. De cualquier manera, no le importaba, ni a su mirada hambrienta, que recibía cada pedacito de su cuerpo, ni a sus oídos que se esforzaban por atrapar cada pequeño gemido, y definitivamente no a su polla, que contra todo pronóstico ya estaba volviendo a la vida.

Erin Michaelson era la mujer más sexy del mundo. Y en ese momento, su coño apretado y caliente probablemente estaba tan mojado que podría estar muy dentro de ella en el momento en el que se quitara la ropa.

Puso el auto en marcha y pisó el acelerador con tanta fuerza que los neumáticos traseros chillaron en el pavimento mientras el auto avanzaba.

Erin rio, pero Chance tuvo el auto en su garaje en menos de seis minutos. Salió del auto y le abrió la puerta tan rápido que ella jadeó sorprendida.

—Vamos, alborotadora.

—Totalmente lista. —Con una mirada coqueta ella salió del auto, y él azotó la puerta del auto un poco más fuerte de lo que debía. Erin se inclinó hacia atrás y extendió sus brazos a su lado, a lo largo de la parte superior de su brillante cupé negro. La imagen se grabaría en sus ojos para siempre, tentadora sexy ofreciéndose a él con la brillante perfección de su auto de ensueño como telón de fondo.

—Oh, no, cariño. Esta vez no. Quiero que te acuestes de espaldas en mi cama. —La levantó en sus brazos y sonrió cuando ella chilló. Fiel a su forma esta noche, ella no le dio ni un momento de descanso, pero aprovechó su posición para besar y provocar su cuello y su mandíbula.

—Ya me debes al menos diez.

—No sobrevivirías.

—Estoy dispuesta a intentarlo. —Ella le susurró la seductora promesa al oído y tiró del lóbulo de su oreja con los dientes.

Chance la cargó al interior de su casa y la puso de pie detrás del sofá de cuero. Se deslizó por su cuerpo, asegurándose de que cada centímetro de su cuerpo frotara su polla mientras ella pasaba. Cuando ella se paró frente a él, él reclamó su boca con un beso despiadado. Tomó su boca y le robó el aliento mientras ella exhalaba, pidiéndoselo a él.

Ella gimoteaba de necesidad. Él la giró para que quedara de frente al sofá y envolvió una mano alrededor de sus caderas, y una más arriba para poder masajearle los pechos mientras ella frotaba su trasero contra él.

Usando el brazo que tenía alrededor de su pecho para mantenerla en su lugar, trazó el camino a través de su trasero, hasta su cadera y más abajo,

sobre su suave estómago. Acercó la mano por debajo de su falda y le arrancó la tanga del cuerpo. Ella gimió y arqueó su cuello hacia atrás para tratar de besarlo.

Cuando tuvo los labios de ella cerrados a los suyos, él separó sus pliegues resbaladizos con sus dedos e invadió su boca con su lengua, y su núcleo con dos dedos al mismo tiempo.

Erin gritó, pero él robó el sonido con su beso y la empujó hacia adelante, casi levantándola por los pies con la palma de su mano presionada contra su clítoris y sus dedos profundamente dentro de ella. Sus piernas temblaban mientras él la presionaba insistentemente hasta que ella cayó sobre sus dedos.

Soltándole la boca, apretó sus labios contra su oído.

—Ese es uno —susurró.

Ella trató de abrazarlo y besarlo, pero él se lo negó, la sostuvo en brazos de acero hasta que ella cedió y dejó de intentar moverse.

—Chance, por favor. —Ella liberó un brazo de su agarre para alcanzarlo, buscándolo ciegamente detrás de su cabeza, y tirar de su cabello—. Por favor.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres venirte en mi mano otra vez? —Su corazón estaba a punto de salir de su pecho. Ella lo llevó al borde del descontrol. Su mente se llenó de imágenes de ella inclinada sobre el sofá y su pene golpeando profundamente.

—No. —Ella giró la cabeza y le mordisqueó el cuello—. Quiero venirme sobre tu polla.

Chance apenas reconocía el sonido que salía de su garganta. Ninguna mujer lo había vuelto tan loco.

—¿Quieres mi polla?

—Sí.

—Entonces agáchate. —Tomó uno de sus pezones entre las yemas de sus dedos sólo para oír su jadeo, y luego la soltó—. Ahora.

Ella hizo lo que le pidió, e incluso sacudió el trasero en su dirección.

—¿Así?

Le levantó la falda hasta la cintura y usó el ángulo para admirar la forma

perfecta de su trasero. Tan jodidamente hermoso.

—No te muevas hasta que yo te lo diga.

—Te quiero ahora.

—Lo sé. —Se tomó su tiempo explorando las curvas suaves, y tiró de sus glúteos redondos para exponer su coño rosa suave que brillaba con necesidad. Ella gimió e intentó acercarle los dedos a su núcleo. Él la mantuvo a la expectativa durante varios largos minutos, sólo para ver cómo se retorció. Pasó sus dedos por encima de su coño mojado hasta su clítoris. De vuelta otra vez. Pero nunca le dio lo que ella realmente quería, ser llenada. Reclamada. Amada.

—¡Chance! —Su nombre era una súplica suavemente lloriqueada y él no pudo resistirse. Se desnudó rápidamente y sacó un condón de su bolsillo. Después de colocárselo, se paró detrás de ella y frotó su polla dura sobre el calor resbaladizo de entre sus piernas, asegurándose de bombear entre sus labios hinchados y acariciar su clítoris con su dura prominencia.

Ella inclinó su cabeza hacia delante sobre el sofá en completa rendición, y ese pequeño movimiento terminó con él. No más esperas. No más bromas.

Se agachó sobre su espalda, asegurándose de cubrir completamente su pequeño cuerpo.

—¿Me deseas, Erin? Porque voy a cogerme a Erin esta noche. No a Eva James. A ti. ¿Me entiendes? Ustedes dos son mías.

—Sí. —Su respuesta fue amortiguada por los cojines, pero él la escuchó y alineó su polla en su centro.

Ella se meció hacia atrás, tratando de acogerlo. Él empujó profundamente dentro de ella con un golpe suave. Tan sexy. Tan jodidamente apretado que no iba a durar mucho.

Enterrado hasta las bolas, deslizó sus manos alrededor de la parte delantera de sus muslos y luego hasta sus pliegues húmedos, y la abrió un poco más. Ella se meneó, tratando de poner sus dedos en su clítoris.

Él la sacó y volvió a bombearla por detrás, ajustó su ángulo para ir más profundo y sintió una oleada de satisfacción cuando sus dedos se enterraron en el cojín de su sofá y ella sollozó su nombre.

—Dilo de nuevo.

—¿Qué?

Se echó para atrás y mantuvo su polla al borde del éxtasis.

—Mi nombre. Di mi nombre.

Sus labios se movieron para obedecer, pero él volvió a entrar antes de que ella pudiera hacerlo y su nombre surgió de ella en un gemido de necesidad. El sonido rompió los hilos finales de su control y se movió en serio, chocando contra ella lentamente, luego rápido, duro, luego suave. Se la cogió hasta que ella estaba medio loca, retorciéndose y jadeando con cada golpe fuerte de sus caderas.

Con los dedos enterrados en sus pliegues, él jugó con su clítoris mientras se la cogía, frotó su brote hinchado hasta que ella explotó en su polla, las paredes calientes de su coño se apretaron y pulsaron alrededor de su polla en un tormento tan dolorosamente dulce que nunca quiso que terminara.

La siguió hasta el borde y la levantó del sofá y la puso contra su pecho. Ella se derritió contra él, dejando que él soportara todo su peso. Diablos, no estaba seguro de que sus piernas la apoyaran en absoluto. Así que la sostuvo en sus brazos e intentó volver a controlar su cuerpo.

Aún enterrado hasta el fondo, inclinó su cabeza hacia abajo por encima del hombro de ella y le pasó los labios por la mejilla derecha hasta la oreja.

Esos son dos.

—Tenías razón. —Todavía jadeando, con su corazón latiendo bajo su mano donde la sostenía, justo debajo del seno, ella giró la cabeza para encontrarse con él y lo besó con tanta ternura que le dolía el corazón.

—¿Sobre qué?

—No sobreviviré a diez.

—Vas a tener que intentarlo. —La bajó a las puntas de sus pies y dejó caer su mano sobre su clítoris. Ella saltó, luego se empujó contra él, deseosa de más. Apenas reconoció el profundo estruendo de las órdenes de su propia voz mientras volvía a tomar el mando de su placer—. Porque aún no te he saboreado.

Ella gimió y se retorció. Oh, sí. Ella todavía desbordaba deseo por él. Tan jodidamente caliente.

Renuente, pero resignado, sacó su polla del calor de ella antes de darle la vuelta. La levantó en la cuna de sus brazos. Besándola en serio, le dio un tirón en el labio y la subió por las escaleras hasta la gran ducha del baño principal.

Cuando tuvo el agua corriendo, Chance se tomó su tiempo tirando de los alfileres de su cabello y quitándole la peluca. Se sentía como si fuera el único miembro de un club secreto, el único en el que ella confiaba lo suficiente como para permitirle ver este lado de ella, este lado vulnerable y sensual.

Tenía cuarenta y ocho horas de dicha. Dos días hasta que ella se fuera de su vida para siempre.

Así que esta noche, se aseguraría de que ella nunca olvidara su toque, su posesión. A miles de kilómetros de distancia, él quería que ella lo anhelara, que deseara sentir sus dedos en su piel y su pene llenándola.

Ella lo ayudó a desnudarla y él se despojó de su ropa hasta que quedaron mirándose el uno al otro. Él se tomó su tiempo para mirarla mientras el baño se nublaba con el vapor de la ducha.

Cada curva suplicaba ser explorada. Y quería tomarse su tiempo. Ya se había venido dos veces esta noche, pero mirar sus caderas suavemente redondeadas y su cintura apretada hizo que todo su cuerpo zumbara. Todavía le debía algunos orgasmos. Era hora de pagar. Después de que ella se retorciera, jadeara y rogara, él la tomaría de nuevo.

Dejó su mirada vagar de su cara a sus labios, bajando por su cuello hasta sus pequeños y perfectos pechos. Justo debajo de su seno izquierdo vio un oscuro remolino de tinta. La caligrafía negra deletreaba una palabra corta sobre su corazón.

*«Verdad».*

Levantando su mirada hacia la de ella, notó que su mandíbula se había apretado, como si ella estuviera esperando que él hiciera un comentario pretencioso sobre su tatuaje.

—¿Verdad? —Colocó sus manos en la cintura de ella y la acercó, piel con piel.

—Es lo único que realmente importa.

—¿Qué hay del amor?

Ella envolvió sus brazos alrededor de su cintura y se sostuvo con fuerza.

—Nada importa sin la verdad. Ni el amor ni el perdón. Nada. La verdad es lo que me ayudó a salir de rehabilitación. Enfrentar la verdad sobre mis padres era la única manera de perdonarlos. La verdad lo es todo.

La levantó en sus brazos y se metió en la ducha. Planeaba enjabonar cada centímetro de su piel, y luego usar su boca en ella hasta que no pudiera soportar más. Quería conocer todos los sonidos que hacía y todos los detonadores que la harían perder el control

Antes de que terminara la noche, la haría temblar, rogar y susurrar su nombre hasta estar seguro de que nunca lo olvidaría. No quería que ella lo olvidara. Demonios, no quería dejarla ir.

Pero lo haría, porque tenía que hacerlo. Porque ella era un cometa, y él era sólo la luna admirando su belleza mientras ella corría junto a él yendo a cien mil millas por hora a algún otro lugar, a algún lugar mejor. La amaría y luego la liberaría.

Y esa era la verdad.

**U**n leve timbre penetró en la profunda niebla del sueño y Erin levantó un pesado párpado.

El suave sonido del tono de la balada de rock que usaba para su hermano le tarareó desde lo profundo de su bolso, el cual yacía en el suelo junto a su ropa desechada apresuradamente en el baño de Chance.

El brazo de Chance alrededor de su cintura. A juzgar por el profundo sonido de su respiración, estaba completamente fuera de sí. Se quedó quieta y absorbió la sensación de la dura y masculina longitud presionada contra su espalda. Se sentía completamente protegida, bien amada y con ganas de no moverse. Nunca.

Mierda. Ni siquiera quería levantarse y averiguar qué quería su hermano. Probablemente estaba en la cárcel, o atrapado en medio de la nada, borracho, sin dinero para el taxi, sin poder ir a casa.

Entrecerró los ojos ante el despertador de la mesita de noche. 3:21 a.m. ¿Por qué su hermano la llamaba en medio de la noche?

El impulso de ignorar la llamada y permanecer en los brazos de Chance era fuerte, pero ella sabía que si no sacaba su trasero de esa cama, se preguntaría qué necesitaba su hermano por el resto de la noche y no dormiría de todos modos.

Con un suspiro, se deslizó fuera del abrazo de Chance y caminó desnuda hasta el baño. Cerró la puerta casi completamente y encendió la luz, parpadeando de dolor ante la explosión de brillo.

Entrecerrando los ojos, buscó en su bolso y sacó su teléfono. Había dejado de sonar, pero su ícono de correo de voz estaba ahí, así que llamó y escuchó.

*«Esta llamada es para la Srta. Erin Michaelson. Usted está en la lista de contactos de emergencia del teléfono celular de Alex James Michaelson. Por favor devuélvame la llamada tan pronto como le sea posible y pregunte por Evelyn, soy la coordinadora de admisiones en el Hospital Saint Lawrence en Denver y tenemos a su hermano aquí. Necesito hablar con un familiar lo antes posible.»*

La persona que llamó indicó su número de teléfono dos veces, lentamente, pero Erin estaba temblando. Se hundió para sentarse en el costado de la bañera con su mente corriendo.

¿Qué le había pasado a AJ? ¿Accidente de auto? ¿Sobredosis? ¿Estaba muerto? No, no muerto. La mujer no había dicho muerto. ¿Pero dirían eso por teléfono? ¿Quizás estaba en cirugía? ¿O había estado en un bar de bocón y algún imbécil le había disparado?

Su mente corría más rápido de lo que podía seguir la pista de todos los horrores posibles, hasta que sonó un golpe en la puerta.

—¿Erin?

Cuando no contestó, Chance abrió la puerta y miró adentro. Una mirada a su cara y él estaba a su lado.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

Ella se apoyó sobre él y le dio la bienvenida al calor de sus brazos mientras la envolvían.

—El hospital acaba de llamar. Tienen a AJ.

—¿Qué pasó? ¿Es grave?

—No lo sé. Tengo que devolverles la llamada.

—De acuerdo. Llámalos de vuelta. Estoy aquí contigo. —Él la levantó en su regazo y ella se aferró a sus brazos con la cabeza sobre su hombro.

—Necesito el número. —Puso el teléfono en el altavoz y volvió a marcar a su buzón de voz. Chance la sostuvo mientras sonaba el mensaje. Presionó la tecla de repetición hasta que obtuvo el número, luego colgó y marcó al

hospital.

Evelyn respondió en el segundo timbre.

—Saint Lawrence. Habla Evelyn.

—Hola. Soy Erin Michaelson. Me dejaste un mensaje sobre mi hermano, Alex. ¿Está bien?

—Erin. Alex está herido. Lo trajeron hace una hora, pero quiero que sepas que está en muy buenas manos.

—¿Qué tiene? ¿Qué pasó?

—Creo que debería venir, Srita. Michaelson.

—Dime qué le pasa a mi hermano.

—Estoy aquí hasta las siete. Si no puede estar aquí para entonces, puede hablar con Shirley. Me aseguraré de que esté al tanto.

—Al carajo con eso. Dime, ¿qué le pasó a AJ?

—Está vivo. Está en cirugía ahora mismo. Es todo lo que puedo decir por teléfono. Por favor, conduzca con cuidado y la veré cuando llegues aquí.

Erin colgó y se apoyó sobre Chance, quien la abrazó.

—Estará bien, Erin. Es un chico duro.

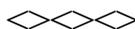
Ella negó con la cabeza. Le dolían los ojos, pero no hubo lágrimas.

—Deberías haber visto su cara esta mañana, cuando le dije que dejaría la banda. Esto es mi culpa.

—No. No te dejaré jugar la carta de la culpa. Eso es mentira, Erin. AJ toma sus propias decisiones. Tú lo sabes. Esa es la verdad.

—Lo sé. —Y lo sabía, en su mente. Pero su corazón le decía algo más—. ¿Me llevas al hospital? Puedo tomar un taxi si no quieres llevarme hasta allá.

—Vístete. Yo conduciré. No vas a llamar a un maldito extraño. —Su tono de enfado era extrañamente reconfortante.



ELLA ODIABA los hospitales casi tanto como amaba el whisky. Y ahora mismo, ella realmente, realmente quería ahogarse en una botella de whisky y beber hasta el dulce olvido.

—Nunca debí dejar de beber.

—Todo estará bien, Erin. Estoy aquí contigo. —Chance apretó su mano y la llevó por el pasillo mientras seguían a Evelyn a la Unidad de Cuidados Intensivos. AJ acababa de salir de cirugía y el doctor estaba esperando para hablar con ella.

—No me dejes. —Erin se aferró con fuerza a la mano de Chance, y su otra mano libre envolvió su antebrazo con fuerza. Sólo tenerlo con ella la hacía sentir más fuerte.

—No me iré a ninguna parte.

Evelyn le pidió a una enfermera que les diera acceso a través de un par de puertas selladas electrónicamente y la siguieron a una pequeña sala de espera que olía a desinfectante y café viejo. Un caballero mayor los esperaba. Llevaba un uniforme verde quirúrgico, botines en los pies y un gorro en el cabello. Parecía que tenía unos sesenta años. Su mirada era punzante como un láser, pero demasiado serio.

—Esta es la Srita. Michaelson, la hermana de Alex. Srita. Michaelson, él es el Dr. Avery. Él realizó la cirugía de su hermano. —Evelyn hizo las presentaciones y Erin se alegró de que Chance sostuviera su mano izquierda para poder estrechar la mano del doctor con la derecha, porque no sentía el valor para soltarlo. Todavía no.

Evelyn le dio una palmadita en el hombro.

—Cuando estés lista, baja. Tengo más papeleo y la policía quiere hablar contigo.

—¿La policía?

Evelyn asintió.

—El detective quería que lo llamara cuando llegaras. Iré a hacer eso. Baja cuando estés lista. No hay prisa. —Los dejó a solas con el doctor, quien se sacó el gorro de la cabeza y lo arrojó a un contenedor de basura cercano para

revelar el cabello gris acero de su cabeza. Sus ojos eran agudos pero rayados por la fatiga, y la expresión en ellos hacía que Erin tomara más fuerte a Chance, pero no podía soportar esperar ni un segundo más. Alguien iba a decirle algo. Ahora.

—¿Está bien? Nadie me dice nada.

—A su hermano le dispararon tres veces a quemarropa. No sé ningún detalle. Tendrá que hablar con la policía sobre eso.

—¿Le dispararon? —Erin sintió que sus piernas temblaban, pero cerró los ojos durante unos segundos y se controló mientras el cirujano seguía enumerando las lesiones de AJ como si fuera un presentador de noticias que daba un informe nocturno sobre el clima, sin hablar de la vida de su hermano.

—Recibió un balazo en el hombro izquierdo, nalga y pecho, pero el último se alojó en una costilla y no llegó a su corazón. Afortunadamente, era una pistola de pequeño calibre, o las cosas podrían haber sido mucho peores.

Erin no podía soportarlo, tuvo que sentarse. Desesperada por encontrar una silla antes de desmayarse, giró la cabeza a diestra y siniestra, buscando una, pero no encontró nada.

—Tengo que sentarme.

Realmente murmuró las palabras para sí misma, pero Chance la llevó a una silla de plástico duro que estaba contra la pared y se hundió en ella, temblando.

El doctor los siguió. Sus ojos ahora eran un poco más calientes, no tan duros.

—Trate de mantener la calma. Su hermano está en estado crítico, y tendremos que vigilarlo de cerca durante las próximas veinticuatro horas, pero está estable y la cirugía salió bien. Soy optimista de que saldrá adelante sin complicaciones. Debería estar bien. Parece un chico duro.

—Lo es. —Ambos lo eran, porque habían tenido que aprender temprano. Pero AJ nunca se había recuperado de perder a su madre. No completamente. Había tratado de olvidar su dolor con drogas, alcohol y sexo, pero nunca lo enfrentó.

Erin había procesado la muerte de su madre y aceptado que ella había sido

débil, egoísta y sufrida. Erin había hecho todo lo posible para seguir adelante, para hacer algo de sí misma. ¿Pero esto? Esto se sentía como perder a su madre otra vez. Esto desgarró cada herida, reabrió viejas cicatrices, abrió un pozo muy profundo de agonía y culpa que la haría caer más rápido que un disparo en la cabeza.

Y no podía volver a ese lugar oscuro. No sobreviviría allí. Eso la mataría.

La banda había desaparecido. Le dispararon a su hermano y ella perdería a Chance en menos de 48 horas.

La mano de Chance se frotó hacia arriba y abajo sobre su espalda en una oferta de consuelo, pero su toque le dolió, la quemó como un hierro para marcar.

Demasiado dolor. Demasiado. Se puso en pie y se alejó del calor de Chance. Ella no podía apoyarse en él. Ya no más. Él iba a estar fuera de su vida en cuestión de horas. Tenía que ser lo suficientemente fuerte como para valerse por sí misma.

El cirujano despejó su garganta.

—Está en recuperación ahora mismo, pero lo llevarán arriba en un par de horas. Me aseguraré de que las enfermeras te avisen de inmediato. Mientras tanto, no hay nada que puedas hacer, excepto esperar.

—Y hablar con la policía.

—Lo siento. No puedo ayudarte con eso. Pero cuidaremos bien de tu hermano. —El doctor asintió a ella y a Chance y desapareció tras otra serie de puertas giratorias dobles.

Erin observó cómo se cerraban las puertas y sintió una extraña sensación de *déjà vu*. Así fue exactamente como pasó con su madre. El médico desapareció detrás de un conjunto de puertas dobles, en un duro y estéril pasillo. Ese día, AJ, de doce años de edad, estaba sentada a su lado, sosteniendo su mano. AJ, con sus grandes y tristes ojos azules y sus hoyuelos preguntándole qué significaba todo eso. Preguntándole dónde estaba su padre, y cuándo podrían volver a casa.

La trabajadora social había venido a buscarlos dos horas después. Nunca más volvieron a casa.

—Oh, Dios mío. No puedo dejarlo. No puedo. —Erin levantó las manos para cubrirse la cara y retuvo sus lágrimas por pura fuerza de voluntad y años de práctica—. No puedo ir a Los Ángeles.

Los brazos de Chance la rodearon y ella se quedó rígida en su abrazo, pero no lo alejó. Su corazón se le rompió en el pecho, se partió en cientos de pedazos a lo largo de viejas líneas de falla, y se dio cuenta de que nunca había estado realmente completa, no desde que tenía catorce años. No, aún más que eso.

AJ era él único que la había amado de verdad. Su hermano era todo lo que tenía, era todo lo que siempre había tenido. Negó con la cabeza y apoyó la frente contra el pecho de Chance.

—No puedo dejarlo.

Chance le frotó la espalda e intentó acercarla, pero ella se resistió y él se detuvo.

—Tienes que irte, Erin. Es sólo por un par de días.

—No. No lo entiendes. No puedo dejarlo.

—Erin, mírame. —Renuente, pero decidida a ser fuerte, bajó las manos de su cara y levantó la mirada para encontrarse con él—. AJ te ama. No querría que renunciaras a tu futuro. No por esto.

—Wes lo entenderá. Ella negó con la cabeza; sabía que era mentira, pero también Chance, y él siguió hablando.

—No. No lo hará. Por eso tiene sus reglas sobre adictos y alcohólicos.

—No. —Chance tenía razón, pero la rabia de Erin hacia AJ necesitaba una salida, y Chance estaba tan cerca. Tan abierto a ello. La ira y la preocupación hirvieron dentro de ella, y apretó los dientes para evitar que hirviera encima de él también. Sintió las emociones rodar a través de su pecho, amenazando con explotar fuera de ella en una épica explosión de perversidad.

—Tienes que irte, haz la presentación. Volverás el lunes. No hay nada que puedas hacer por él desde aquí. Nada más que sentarte en una silla de hospital y preocuparte.

—Él me necesita.

Las manos de Chance se cerraron sobre sus hombros y él la sostuvo con fuerza.

—No. No es así. Necesita dejar el alcohol y componer su vida. Es un desastre, Erin. Y no hay nada que puedas hacer por él. Él tiene que tomar la decisión. Tiene que limpiarse por su cuenta. Nadie puede hacerlo por él.

—Puedo ayudarlo.

Chance se inclinó y la besó en la frente.

—No, nena. No puedes. Nadie puede ayudarlo. Tiene que querer ayudarse a sí mismo.

Chance la acompañó a la oficina de Evelyn, pero ella se desvió rápidamente al baño y llamó a Todd y a Ricky. AJ querría a sus amigos aquí.

Ella permitió que Chance la llevara a la oficina de Evelyn, y luego trató de ignorarlo mientras él se sentaba en silencio y ella hablaba con el oficial de policía que llegó para preguntarle sobre la vida de AJ.

Erin se sorprendió al darse cuenta de que no sabía mucho sobre su hermano. Cuanto más hablaba el detective, peor se ponía la situación. Traficantes de drogas. Apuestas. Alcohol, fiestas y autos robados.

—Lo siento, no lo sé. Apenas veo a mi hermano, a menos que estemos ensayando o dando un concierto. —Y probablemente también era su culpa. ¿Cuándo fue la última vez que se había esforzado por hablar con él? ¿Para averiguar qué estaba pasando en su vida? Meses. Habían pasado meses.

—Gracias por su tiempo, Srita. Michaelson. Si se le ocurre algo más, o encuentra algo que pueda llevarnos a los hombres que dispararon a su hermano, llámeme. —El detective le entregó una tarjeta de presentación con el número de su celular y el número del caso de su hermano escrito con pluma negra.

—Está bien. Lo haré. —Deslizó la tarjeta en la funda de su teléfono, justo al lado de la tarjeta de Wesley Shipton, y miró los dos bordes donde descansaban una al lado de la otra. Dos tarjetas. Dos mundos diferentes. Y ahora tenía que elegir. Porque Chance tenía razón. Si no hacía esa actuación en dos días, Shipton Records la olvidaría. Había miles de chicas como ella, sentadas en sus dormitorios con una guitarra en el regazo, cantando y escribiendo música.

—¿Erin? ¿Quieres ir arriba a ver cómo está AJ? Probablemente aún esté en recuperación. —Chance parecía exhausto, pero aun así precioso. Se había puesto pantalones de mezclilla y una camisa atlética que abrazaba cada músculo y cada curva en su pecho y sus hombros. Qué hombros tan anchos. Sería tan fácil necesitarlo, confiar en su fuerza.

«*Sí, por dos días más. Después se habrá ido*». La voz provenía de su ser más profundo, de su corazón y alma. La parte de ella en la que confiaba para ser fuerte. Esa fue la voz que la llevó a rehabilitación y la mantuvo alejada de la botella. Esa fue la voz que se pavoneaba en el escenario como Eva James, llena de confianza y alarde. Y esa perra, la de la voz interior, tenía razón. Ella no podía apoyarse en Chance, él era temporal. Él tenía una vida y una carrera. Se casaría con una secretaria tensa que usaría perlas para trabajar, tendría hijos perfectos que irían a una escuela privada y organizarían cenas con carne y langosta para sus amigos.

Ese mundo no era para ella. Esa nunca podría ser su vida. Tenía que dejar ir a Chance y ocuparse de esto ella misma. Tenía que cortarlo todo por el bien de ambos.

—No. No quiero subir todavía. —Estaban solos en una pequeña habitación reservada para este tipo de cosas. Un escritorio, un par de sillas, la típica fotografía genérica del paisaje en la pared y total privacidad para los interrogatorios policiales, para decirle a los niños que su madre estaba muerta y para llevárselos lejos de su padre vago.

Erin pensó que también era un buen lugar para terminar las cosas con un novio. Porque Chance tenía razón en una cosa. Tenía que ir a Los Ángeles. Tenía que hacer esa presentación. AJ iba a necesitar meses para recuperarse, cuidados de enfermería, terapia física, visitas al médico, medicamentos. Y la cuenta del hospital... Dios, ni siquiera quería pensar en eso.

Tenía que ir a Los Ángeles porque necesitaba ese bono de contratación para ayudar a cuidar a su hermano.

Se volvió hacia Chance, que estaba sentado en una de las sillas redondas de cuero con sus brazos asentados a lo largo de los descansabrazos circulares de la silla.

—Ya puedes irte a casa.

—¿Qué? ¿Quieres que te lleve a casa? —Se inclinó hacia delante, casi

ansioso. Probablemente odiaba estar ahí. Odiaba sentirse indefenso. Ella conocía bien el sentimiento, y podía evitar que él lo sintiera también.

—No. Llamé a Todd. Está en camino. Mel preparó una maleta para mí y la traerán aquí. Ya puedes irte a casa. Estaré bien por mi cuenta. Me voy mañana, de todos modos.

Chance se puso en pie y ella pudo ver la luz amaneciendo en sus ojos.

—¿Vas a hacer esto aquí? ¿Ahora?

Erin se cruzó de brazos, decidida a ser fuerte.

—Sí. Es lo mejor, Chance. Ambos sabíamos que esto era sólo algo temporal. Estaré aquí en el hospital hasta que me vaya, de todos modos. No podremos estar juntos.

—Mentira, Erin. Volverás en unos días. Tenemos tres semanas.

—No. No lo sabemos. —Él se puso en pie y dio un paso hacia ella, pero ella levantó su mano con la palma hacia afuera, y él se detuvo—. Tienes razón, tengo que ir a Los Ángeles, y lo haré.

Ella dio un paso y cerró la distancia entre ellos, se paró sobre las puntas de sus pies y lo besó en la mejilla.

—Pero no puedo... no puedo tener esto colgando sobre mi cabeza.

—¿Qué?

—Nosotros. Esto. El final inevitable.

Chance le tomó la mano y se la puso en el pecho.

—No tenemos que terminarlo.

Erin rio, y las lágrimas resonaron tras el patético arrebato.

—Correcto. Ahora te estás mintiendo a ti mismo, y a mí. —Torció la muñeca y se liberó la mano. Ella no quería ensuciarse, pero la niña herida, con su inteligencia de calle, había regresado para jugar, y ella jugaba rudo—. No encajamos, Chance. Me voy. Estaré de gira por todo el mundo, nunca en casa. Estaré dando concierto tras concierto en ciudad tras ciudad. Seré como un fantasma, siempre en movimiento. Nunca en la misma ciudad más de un par de días a la vez.

—Podemos hacer que funcione. Al menos inténtalo.

—No. Te conozco.

Los ojos de Chance estaban llenos de ira.

—Llevamos juntos menos de dos semanas. No sabes una mierda.

Ella sonrió, y supo que la curvatura de sus labios era triste.

—Me tocaste, Chance. Me hiciste olvidar quién era cuando me tocaste. Me hiciste soñar. Pero el sueño se acabó. Te conozco. —Ella levantó la mano y la pasó por su mejilla, incapaz de resistirse a tocarlo una vez más—. Te conozco. Y esta vida, mi vida, no es lo que habías planeado para ti. Necesitas una esposa que te cuide. Te mereces una mujer que pueda amarte completamente, que te ponga por delante de su carrera. Quieres una familia, estabilidad, y la oficina de la esquina, y has trabajado duro para conseguirlo. Te lo has ganado. Quieres beber una cerveza con tus hermanos de vez en cuando. Tienes una vida aquí, Chance. Necesitas vivirla. Te mereces tenerlo todo y yo no puedo dártelo.

Sus ojos se cerraron y cubrió la mano de ella con la suya.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Erin.

Dolor. Cerró los ojos y se tragó el dolor en grandes tragos.

—Ambos sabemos que a veces eso no es suficiente.

Ella lo besó una última vez, presionando suavemente sus labios contra los de él. Ella probó sus propias lágrimas y reconoció el sabor salado de la despedida.

**C**hance se echó hacia atrás y las ruedas de su nueva silla de oficina de cuero rodaron mientras se alejaba de su escritorio y se deslizaba sobre el suelo con una suave eficiencia. Pero no se levantó. No, se dio la vuelta para mirar hacia las montañas que se elevaban majestuosamente en la distancia. Erin estaba en California ahora mismo. Al otro lado de esas malditas montañas.

Ni siquiera la vista desde su nueva oficina podía calmar el dolor inestable de su pecho, una tensión incómoda que no lo había abandonado desde que se alejó de la única mujer a la que había amado. Pero no había tenido elección. Erin era una estrella fugaz, y no iba a pedirle que renunciara a su futuro por una vida aburrida aquí, con él.

No, ambos estaban exactamente donde se suponía que debían estar. Erin en Los Ángeles, preparándose para ser telonera en su primer concierto, y él en su nueva oficina, con una nueva asistente legal sentada en su escritorio justo afuera de la puerta. Su asistente legal estaba llegando a los sesenta años, escribía más de cien palabras por minuto y probablemente había olvidado más de los procedimientos legales de lo que él había aprendido en la escuela de leyes. Era muy inteligente y no aceptaba tonterías.

Él la había pedido cuando le ofrecieron la sociedad. Lo había pedido todo: su ayudante, esta oficina, esta vista.

Esta maldita vida. Lo había querido todo, pero en lugar de triunfar, el nuevo entorno le recordaba las palabras de Erin. «*Te conozco... Quieres una familia, estabilidad, y la oficina de la esquina...*»

Escuchó un fuerte golpe en la puerta cerrada de su oficina, pero antes de que pudiera contestar, Derek, Jake y Mitchell invadieron su espacio personal como una ola de niños demasiado impacientes. Incluso Derek sonreía mientras Jake cerraba la puerta tras ellos.

—¿Qué está pasando? —Chance se puso de pie, pero Jake caminó detrás de la silla de Chance y lo empujó hacia abajo por el hombro, forzándolo a volver a su trasero mientras su hermanito reía.

—Siéntate, idiota.

—¿Qué demonios es esto? —Chance miró a Mitchell, quien se dejó caer en una de las sillas de cliente al otro lado del escritorio y tomó el pisapapeles, lanzándolo de un lado a otro en sus manos como si fuera una pelota de béisbol, no un gran pedazo de mármol.

—¿Qué es lo que parece? Necesitas ayuda, hermanito.

¿Qué? Estaba confundido.

—¿Ayuda con qué?

—Sacarte la cabeza del trasero. —Derek caminó y se sentó en el borde de su escritorio, sólo para fastidiarlo. Chance siempre había odiado eso.

—Fuera de mi escritorio.

Derek lo ignoró y Jake se acercó a la percha sobre la parte trasera de la puerta para tomar la chaqueta oscura del traje de Chance. Sin explicación, la arrojó sobre el escritorio directamente a la cabeza de Chance. Sus rápidos reflejos le evitaron un impacto total, pero ahora sus tres hermanos lo miraban fijamente con los brazos cruzados.

—¿Qué?

Mitchell sonrió con suficiencia.

—Te lo dije, Derek. Puede que necesite que le extirpen la cabeza quirúrgicamente. La tiene tan metida en su trasero que probablemente no ha visto el sol en días.

—Yo lo sujetaré —ofreció Jake.

Mitchell y Jake no iban a darle una pista, así que Chance se volvió hacia el mayor en desesperación.

—¿Qué demonios está pasando? ¿En serio? ¿Qué están haciendo aquí?

Derek lo miró fijamente.

—Esto es lo que comúnmente se conoce como una intervención.

Chance se inclinó hacia atrás en su silla, aún sin estar seguro de lo que estaba pasando, pero dispuesto a seguirle el juego.

—¿Para mí?

—Sí. —Derek sacó un cigarrillo de su chaqueta de cuero negra y se lo metió en la boca, apagado.

—Pensé que lo habías dejado.

—Lo hice. Pero a veces, cuando tengo que tratar con uno de ustedes, idiotas, ayuda a calmar a la bestia. —Derek señaló el bolsillo donde quedaba el resto del paquete de cigarrillos—. Esto es todo lo que se interpone entre tú y una colosal paliza.

—Incorrecto. Ya le patearon el trasero. Todavía no se ha recuperado. —Mitchell dejó el mármol negro y gris en la parte superior de una pila de papeles y alcanzó un abrecartas. Dios sabía lo que iba a hacer con eso.

—Cierto —Jake estuvo de acuerdo con Mitchell, y Chance pensó que todos habían perdido la cabeza.

—¿Están borrachos? Porque no me invitaron a la fiesta, y ni siquiera es hora de almorzar aún.

Derek se acomodó para poder sacar un sobre blanco de su bolsillo trasero. Lo tiró en el escritorio frente a Chance. Nada escrito por fuera. Ni idea de lo que había dentro.

—¿Qué es esto?

—Sólo ábrelo y no discutas con nosotros. Votamos y decidimos que si no te ibas en silencio, te drogaríamos y te enviaríamos allá de todos modos.

—¿Dónde?

—California, imbécil. El show de Erin empieza en once horas. —Mitchell usó el abrecartas para apuñalar agujeros a través de un pedazo de papel cualquiera y Chance se lo quitó de las manos. Afortunadamente, sólo eran sus notas escritas a mano sobre un caso, y no un documento de la corte.

Derek tomó el abrecartas.

—Deja de actuar como un niño de cuatro años.

Mitchell sonrió y buscó un bolígrafo.

—Pero esos fueron unos de mis mejores años.

Chance le dio una patada bajo el escritorio.

—Eso es porque la pequeña Ashley Rodgers estaba en tu clase de preescolar.

Mitchell cerró los ojos, se recargó hacia atrás y sonrió.

—Sigue siendo la chica más hermosa que he visto en mi vida.

—Sólo te gustaban sus tutús. —Jake se rio.

—Y sus mallas. —Mitchell abrió los ojos y golpeó el bolígrafo contra el borde del escritorio de Chance—. Y su pequeña diadema rosa.

—No puedo creer que su madre la dejaba ir a la escuela vestida así. —Chance levantó el sobre de su escritorio y lo abrió para encontrar un pase de abordar con su nombre, reservaciones de hotel y un boleto con un pase a camerinos para el concierto de Erin. Levantó la mirada para encontrar a Derek estudiándolo—. ¿Cómo los conseguiste?

Derek se cruzó de brazos.

—Fácil. Una tarjeta de crédito, Internet, y una llamada a mi amigo Axel Thomas.

—¿Cómo demonios sabes de él?

—Presta atención, idiota. Te lo dije, construí una motocicleta para él el año pasado. Wesley Shipton es su socio. ¿Shipton Records? ¿Te suena? —Derek se encogió de hombros y tomó un poco de aire a través del cigarrillo apagado antes de sacarlo de su boca y tirarlo a la basura bajo el escritorio de Chance. Con la larga cabellera negra de Derek y su ropa de motociclista, parecía un cliché de chico malo andante. También hablaba como uno—. Pero créeme, él no va a llorar si no apareces.

—¿De qué estás hablando?

—Su amigo, Shipton, siente algo por Erin. La quiere en su cama.

—¿Y te dijo esto? —Algo oscuro cobraba vida dentro de Chance; rabia o pánico, no podía decidir cuál. Nunca había considerado el asesinato, pero la idea de que ese imbécil tocara a Erin hizo que su cabeza se sintiera como si fuera a explotar.

Derek se encogió de hombros.

—Básicamente, sí. —Derek cruzó los brazos sobre su pecho y miró con ira—. Sólo sé que Wes Shipton no va a esperar a que te saques la cabeza del trasero. Basado en lo que he oído, es un tipo decente. Y asumiendo que no sea estúpida, lo cual es cuestionable dado que se enamoró de ti, no lo mantendrá a distancia por mucho tiempo. Él hará un movimiento con ella. Pronto.

Las intensas miradas de sus tres hermanos se centraron en su rostro y Chance se encontró con cada uno de ellos durante unos segundos antes de seguir adelante. Jake sonreía como el payaso de la clase. Mitchell parecía que estaba viendo cómo se desarrollaba una tragedia épica. ¿Y Derek? Bueno, Derek parecía molesto, ¿pero qué más había de nuevo?

—¿Te vas a sentar aquí todo el puto día? ¿Todos los malditos días? ¿Por el resto de tu vida? —Derek hizo las preguntas, y luego se tomó su tiempo para echar un vistazo a la nueva oficina de Chance—. O sea, la planta en la maceta y las estanterías son bonitas. Excelentes vistas a la montaña. Una buena paga y una secretaria octogenaria para que te acuestes con ella cuando estés cachondo y trabajando hasta tarde. Ya veo por qué quieres quedarte aquí y pudrirte los próximos treinta o cuarenta años.

—Váyanse a la mierda. —Chance se levantó y se puso la chaqueta.

—No, hombre. Vuelve a sentarte. Derek me prometió que serías demasiado testarudo para admitir que la amas, y que yo podría dominarte un poco más. —Jake se tronó los nudillos y dejó caer la cabeza, decepcionado.

—El avión sale en tres horas. —Mitchell escribió «3 Horas» en una pequeña nota adhesiva y se la llevó a la frente. Cuando se adhirió ahí, la señaló con ambas manos—. Tres horas. Y todavía tienes que empacar.

Chance miró fijamente el sobre que tenía en la mano. Libertad. Eso era lo que lo miraba a la cara. No necesitaba este trabajo, no necesitaba el dinero. Tenía suficiente en el banco para vivir unos años, al menos, gracias a su madre. Lo que necesitaba era un propósito, y argumentar alegatos legales y tomar declaraciones de cónyuges infieles no era exactamente lo que había

tenido en mente cuando fue a la escuela de leyes. Se había imaginado salvar miles de almas dañadas con un brillante movimiento legal a la vez. Había querido cambiar el mundo, pero el mundo lo cambió a él.

La verdad. Ese era su nuevo lema, y ahora entendía por qué Erin lo había elegido. Ser honesto consigo mismo era difícil. No quería vivir en el pozo negro de los divorcios y las batallas por la custodia. Quería ayudar a los niños, no meterse en la mierda de sus padres. Y podía hacerlo de cien maneras diferentes que no tuvieran nada que ver con este bufete de abogados, este escritorio o este maldito trabajo.

Pero ahora sólo tenía un deseo ardiente: amar y proteger a Erin Michaelson, y asegurarse de que nunca más se sintiera sola. La casa de Chance estaba vacía, una enorme tumba llena de muebles caros y silencio. Estaba muerto en esa casa sin ella. Cuando era niño, soñaba con ser una especie de superhéroe, con salvar gente. Resultó que la única alma que necesitaba ser salvada era la suya, y sólo una mujer podía salvarlo.

Chance salió corriendo de detrás de su escritorio y Jake lo golpeó en la espalda mientras se dirigía hacia la puerta.

—Ve por ella, enamorado.

Chance se detuvo con la mano en la manija de la puerta.

—¿Por qué están haciendo esto?

Jake resopló.

—Amigo, por favor. Todos te vimos con ella. Golpe de rayo. —Jake abrió sus manos en una falsa explosión con el sonido *¡bum!*

Y te frió el trasero de un solo golpe. Todavía hueles un poco crujiente... —Mitchell olfateó en su dirección y Derek le dio una palmada en la espalda.

—Ahora, abre la puerta y lárgate de aquí. Sigue entreteniéndote y ella tendrá un hombre nuevo para cuando llegues. —Derek sólo estaba medio bromeando, y su voz tenía el amargo sabor del arrepentimiento.

—No es posible. —Chance dijo las palabras, pero aceleró el paso. Mitchell y Jake se rieron, y su diversión lo persiguió por el pasillo.



ERIN SE SENTÓ en el borde del escenario durante una pausa de diez minutos en el ensayo. Habían estado tocando durante horas, pero el concierto era esta noche y ella le había dado a los miembros de su nueva banda cuatro nuevas canciones para aprenderse el día anterior.

Gracias a Dios por que Wes Shipton conocía su negocio, y los increíbles músicos detrás de ella lo hicieron parecer fácil. Se habían aprendido la primera canción en menos de una hora. Ahora todos ellos sólo estaban allí tocando la música a la perfección para hacerla feliz, y para ayudarla a lidiar con los nervios antes del concierto.

Llamó al celular de AJ y esperó, impaciente, a que él contestara. Ella estaba preocupada y lo llamaba unas diez veces al día.

—Hola, hermanita. —La voz de AJ la animó e hizo todo lo posible por sonreír a pesar de que él no podía verla. Sabía que él lo escucharía en su voz.

—Hola. ¿Cómo te sientes hoy?

Gimió.

—Las enfermeras son malas, la comida es una mierda, y me hacen levantarme y caminar. No puedo dormir porque están aquí cada dos horas pinchándome e inyectándome con algo. Están racionando mis analgésicos y no me dejan beber.

—Suenan como el infierno en la Tierra. —Ella movió las piernas y trató de sonar feliz, emocionada y alentadora.

—Lo es. —AJ se detuvo un minuto y Erin se dio cuenta de que estaba tratando de evitar algo, así que esperó—. E.

—¿Sí?

—Lo siento.

La primera lágrima la tomó completamente por sorpresa, pero la segunda se deslizó silenciosamente por su mejilla, persiguiendo a la primera.

—Lo sé. No hay problema. Sólo concéntrate en mejorar y estaré en casa antes de que te des cuenta.

—Pero ese es el problema. No quiero que vuelvas a casa. —La voz de AJ se rompió en el último momento y Erin aspiró un suspiro, congelada en su lugar.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? Ya te lo he dicho. Tengo un concierto, luego volveré por tres semanas para ayudarte a reestablecerte y...

—No. —Él le ladró la palabra al oído y ella parpadeó, sorprendida.

—¿Qué quieres decir con «no»? Ese es el plan. Estaré en casa mañana por la noche. —El suspiro de AJ hizo que su corazón se apretara en su pecho. Algo estaba mal. Muy, muy mal. Nunca sonaba así. Nunca—. ¿Qué pasa, AJ? ¿Qué es lo que no me estás diciendo?

—No te quiero aquí.

Las palabras la golpearon como un mazo en el pecho. Primero perdió a Chance, ¿ahora esto?

—No lo entiendo.

—Mira, necesito hacer esto por mi cuenta. No quiero que me cuides más. Si estás aquí, será demasiado fácil para mí empezar a confiar en ti para todo de nuevo. Eres demasiado fuerte, Erin. Eres demasiado fuerte, y eso hace que a veces te odie.

Mierda. Erin trató de pensar qué decir, pero AJ continuó antes de que pudiera.

—Si vuelves a casa, me sentiré como una mierda. Sabré que sólo regresaste por mí. Me sentiré culpable, como si fuera una carga, lo cual soy.

—No eres una carga.

—No mientas, Erin. No cuando estoy aquí de espaldas en una maldita cama de hospital con mis partes desnudas colgando por la parte de atrás de esta fea bata. —Ella se rio y él continuó—. Mira, no te lo tomes a mal, pero no quiero que vuelvas a casa. Quiero que hagas lo que tengas que hacer. Agota los boletos de tus conciertos y escribe canciones nuevas. Sé famosa. Sé una estrella. Eso es lo que se supone que eres. No dejes que yo te retenga más. No puedo lidiar con eso.

—¿Pero qué vas a hacer al respecto? —Y esa era la gran pregunta. ¿Cómo iba a sobrevivir sin ella?

—No lo sé. Conseguir un trabajo y realmente ir. Empezar a ir a las reuniones de AA. ¿Comer verduras? Mierda, no lo sé. Pero es hora de que lo averigüe. —Oyó a AJ moverse en su cama y se secó las lágrimas de sus mejillas mientras él hablaba—. Te amo, E. Te amo.

—Yo también te amo.

—Lo sé. Pero es mi turno de cuidarte por una vez en mi puta vida. Así que no te atrevas a volver a casa. Quédate ahí y triunf. Camina por el escenario como si fueras Katy Perry. ¿Me oyes, carajo? Hazlos tuyos, Eva James. Eres toda una diosa. Para mí.

Le tomó varios intentos antes de que pudiera pasar las palabras más allá del nudo en su garganta.

—De acuerdo. Por ti.

—Gracias a Dios. Discutir contigo es imposible. Finalmente gané una.

—No dejes que se te suba a la cabeza. Sólo cedí porque no quiero que te vuelas los puntos y mueras desangrado.

—Amén a eso. Entonces, ¿qué vas a cantar esta noche?

—Algunas cosas nuevas.

—¿Lo he escuchado?

—No.

—Genial. Será mejor que uno de los compinches de Shipton lo grabe para que pueda ver tu actuación y burlarme de ti después.

—Veré qué puedo hacer. —Si tuviera que hacerlo, pondría su celular en el borde del escenario y se lo enviaría ella misma.

Estaba a punto de colgar, pero AJ la detuvo.

—E. Siento lo de Chance.

Así que él había estado prestando atención.

—Yo también.

—Quiero venganza. Destruye el escenario esta noche. Haz que se arrepienta.

—¿Que se arrepienta de qué?

—Haber renunciado a ti.

Ella bromeó unos minutos más y colgó. La broma era para ella. Ella estaría pensando en Chance Walker con cada nota tocada en el escenario durante el concierto, y él nunca se enteraría.

Lo cual estaba bien para ella. Corazones rotos eran el único platillo en el menú esta noche, y ella no quería tener que tragárselos con Chance como testigo.

**C**hance se cernió sobre el borde de la ruidosa multitud y se dio cuenta de que estaba absoluta, total y completamente jodido. Tan sólo 20 minutos después de que empezó su primera actuación, el nombre de Eva James ya era una tendencia en redes sociales. Sus hermanos estaban volando su teléfono, reenviándole todo lo que aparecía en línea.

Videos. Fotos. Declaraciones de amor y lujuria. Propuestas de matrimonio.

Derek parecía ser el único que seguía las ofertas de felicidad conyugal. Cabrón. Agradeció a su hermano por compartir y borró todos los mensajes tan pronto como los leyó.

No necesitaba estar más nervioso de lo que ya estaba. Porque a mitad del vuelo se había dado cuenta de un detalle muy importante... Erin nunca dijo que lo amaba. Nunca dijo que lo quería cerca.

Diablos, había roto con él en ese hospital y se había ido sin mirar hacia atrás.

Mientras sus hermanos ciberacechaban a su mujer a casi mil millas de distancia, él la miró en el escenario y se preguntó si había cometido un error enorme, del tamaño de un puto monstruo. Aquí estaba, a menos de veinte pasos de ella, y sintió como si estuviera mirando a un fantasma. Y tenía mucho miedo de que si intentaba tocarla, ella se desvaneciera entre sus dedos como el humo.

Eva James estaba vestida para matar esta noche, y por mucho que odiara saber que todos los hombres en el mundo conocido estarían deseándola, también estaba ridículamente orgulloso de ella. Su voz envolvía su polla y lo

traía a la vida. Se veía sexy. No sólo caliente, completamente sexy.

Su peluca era de color blanco pálido y caía más allá de sus hombros en una cortina recta de plata que brillaba como copos de neve a la luz del sol. Observó los monitores y fue recompensado con un vistazo de sus brillantes lentes de contacto de color ámbar con contorno negro. Sus labios de color rojo rubí provocaban y tentaban con cada palabra que provenía de su micrófono. Llevaba alas de ángel escarlata que se elevaban por encima de sus hombros y caían sobre sus rodillas en puntas de plumas largas y sensuales, una minifalda blanca apretada, botas blancas hasta la rodilla con tacones de punta y un corpiño blanco atado con cinta roja brillante con un patrón entrecruzado sobre sus pechos. La brillante cinta tenía como una pulgada de ancho y bajaba por la parte delantera de la prenda, por encima de su estómago para pasar por el dobladillo alrededor de su cintura.

Un tirón de esa cinta escarlata y ese cuerpo delicioso quedaría desnudo y suyo para tomarlo.

Si ella lo aceptaba.

Terminó la canción y la multitud gritó y la aclamó. Como siempre, Eva James tenía a la multitud en la palma de su mano. Chance mostró su pase a los grandes guardias de seguridad y dio la vuelta para observarla desde el área tras bambalinas. Ella era como una hechicera allá arriba, una especie de hipnotizadora que tenía a todo el mundo cautivado, incluso a él.

—Gracias. —Su voz ronca calmó un poco a la multitud, y la luz se redujo. Sus músicos se desvanecieron en el fondo y salieron del escenario, trabajo hecho. Pero esperaron, ocupando espacio dondequiera que pudieran ver el escenario. El escenario se oscureció, excepto por un foco sobre Erin y otro que iluminaba un piano de cola blanco muy grande mientras rodaba lenta y silenciosamente hacia el centro del escenario. La parte superior lisa del piano había sido cubierta con rosas rojas color sangre, y un buen número de flores cubrían la plataforma del piano en el suelo del escenario.

La multitud contuvo su respiración colectiva mientras la belleza inquietante del ángel y su piano cubierto de rosas se infiltraban en los bordes lejanos de la sala de conciertos.

Eva James volteó hacia abajo y miró sus pies, y luego miró hacia la multitud.

—Mi última canción de esta noche es totalmente nueva. Todos ustedes son los primeros en oírla.

La multitud aplaudió un poco, pero la belleza en el escenario levantó la mano y todos esperaron a escuchar lo que ella iba a decir a continuación.

—Escribí esta canción para cualquiera que alguna vez haya tenido el corazón roto. —Ella sopló un beso a la multitud que gritaba y Chance la siguió con sus ojos, incapaz de mirar hacia otro lado. Esta era su Erin, cruda e intrépida en el escenario, frente a miles de personas. Y tenía la sensación de que estaba a punto de descubrir exactamente lo que ella sentía por él, al mismo tiempo que todos los demás.

Abandonó la base del micrófono para sentarse al piano, donde otro micrófono había sido colocado encima de las teclas de marfil, esperándola. Sus alas parecían más oscuras en la suave luz, adquiriendo una cualidad etérea, y su cabello brillaba como plata. Parecía un hada, o una diosa mítica que cobraba vida.

Chance no podía apartar la vista, y nadie más podía.

Los acordes suaves y menores se alejaban del piano en una armonía tierna y melancólica, y su voz tiraba de su corazón con letras agrisadas. El coro, cuando llegó, lo mantuvo hechizado.

*Estrellarse y arder*

*Para ganar mi corazón*

*Tu esfuerzo debo ver*

*Yo no entrego mi amor*

*A cualquier chico hablador*

*Pensé que eras más*

*Que lo que lo solía atesorar*

*Pero me haces arder*

*Estrellarse y arder*

*Estrellarse y arder*

ELLA CANTÓ OTRO VERSO, pero las palabras finales de la canción hicieron que él quisiera subir al escenario y sangrar por ella.

*AHORA MI CORAZÓN*

*Todavía llora*

*Y un corazón roto*

*A las mentiras ignora*

LA CANCIÓN TERMINÓ mientras su voz llenaba el espacio y reverberaba a través de cada persona, conectándolos a todos en un momento de comprensión reverente. Su voz se infiltró en todo el cuerpo de Chance. Había oído esa voz antes, ese tono, cuando la tenía retorciéndose de necesidad. Cuando le rogaba. Cuando quería entregarse toda a él.

Lo que ella había compartido con el mundo esta noche era crudo, real y tan jodidamente poderoso que él se sentía como si el mundo entero se hubiera olvidado de respirar hasta que ella terminara.

Silencio.

La erupción se formó con la fuerza de un volcán, y luego la multitud enloqueció con un entusiasmo ensordecedor. Erin permaneció inclinada sobre el piano con sus alas en el aire, una figura trágica que nadie aquí esta noche olvidaría jamás mientras el escenario se oscurecía y su nombre brillaba en las pantallas en un rojo vibrante que combinaba con sus alas.

La multitud rugió en aprobación, pero ella se había ido. Desapareció del escenario como el fantasma que temía.

*«Ahora mi corazón todavía llora»*

Él le había hecho eso.

Ella había destrozado.

Pero ella también lo había destrozado. Dos días. Ese fue el tiempo que había logrado sobrevivir sin ella. Y no tenía intención de vivir un minuto más cometiendo el mismo maldito error.

El área tras bastidores se convirtió en un zoológico cuando Erin y su banda volvieron al frente e hicieron reverencias. El equipo de la banda estelar comenzó a instalar todo detrás de ellos en la oscuridad con una eficiencia impresionante, y los miembros de la banda fluyeron a su alrededor, tomando sus posiciones.

Chance quería que se dieran prisa para poder llegar a Erin. Necesitaba hablar con ella. Tocarla. Besarla. Necesitaba hacerle saber...

Ella salió corriendo por el lado opuesto del escenario y saltó a los brazos de Wesley Shipton. El otro hombre la levantó dos veces antes de ponerla de pie.

Chance se quedó parado, congelado.

¿Ya había sido reemplazado?

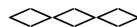
Wesley Shipton parecía demasiado satisfecho consigo mismo. Su traje era plateado y caro, y sus ojos seguían a Erin con un deseo apenas escondido.

Erin habló con él, emocionada e inconsciente del interés de Wesley mientras ella le quitaba el teléfono y veía algo en él. Saltó emocionada y besó a Shipton en la mejilla.

El beso de Erin liberó a Chance de su parálisis y se movió detrás del escenario hacia los dos, que caminaban por el pasillo hacia lo que tenían que ser los camerinos. Sus cabezas estaban dobladas juntas, mirando algo, y Wesley Shipton le ofreció a Erin su brazo mientras la acompañaba fuera de la arena del concierto y lejos del ruido.

Derek tenía razón. Shipton la quería, y no sólo su música.

*Sobre su maldito cadáver.*



ERIN APENAS PODÍA CONTENERSE. Sentía que su disfraz era lo único que la mantenía en control.

Salió del escenario con el rugido de más de cinco mil fans a sus espaldas y agradeció a los chicos que habían tocado con ella. Los músicos de estudio

eran unos malditos dioses de la música. Ellos asintieron y sonrieron ante su desenfrenado entusiasmo. Este era su sueño. Para ellos, era sólo otro día de trabajo.

Wesley estaba esperándola en el costado del escenario con una gran sonrisa en su cara.

¡Por fin! ¡Alguien tan emocionada como ella!

Incapaz de resistirse, ella le saltó encima cuando él le abrió los brazos y echó la cabeza hacia atrás con una alegre risa mientras él le daba vueltas en el aire.

—Eso fue increíble.

Wes rio y la dejó en el suelo.

—¿Lista para hacerlo de nuevo?

—Sí. ¿Cuándo?

—Mañana por la noche. A la misma hora. En el mismo lugar.

—Sí. —Erin no pudo evitarlo y saltó arriba y abajo antes de volver a tener su cuerpo bajo control—. Lo siento. No puedo evitarlo.

Wes le entregó su teléfono celular.

—La emoción genuina es lo que vende discos. Nunca te disculpes por ser real.

—De acuerdo. —Ella sonrió y tomó el teléfono—. ¿Lo grabaste?

—Por supuesto.

Erin reprodujo el video cargado y Wesley se inclinó sobre su hombro para mirar con ella mientras repasaba unos segundos de su actuación.

—Me veo increíble. —No podía creer que fuera ella en el escenario. La iluminación. El atuendo. La canción. Dios, esa canción.

—Sí que te ves increíble. Y dejamos caer el tema hace una hora en todas las tiendas y plataformas. Felicidades, Erin. Acabo de recibir un mensaje del equipo de marketing. Ya eres una tendencia. —Él sonrió y ella estaba tan feliz que tuvo que compartir su alegría. Ella se paró sobre las puntas de sus pies y lo besó en la mejilla.

—Gracias, Wes. Por todo.

—El placer es mío. Créeme. —Sus ojos estaban pegados a la pantalla de su teléfono, viendo a una diosa alada trabajar en el escenario mientras Wesley la llevaba de vuelta a los camerinos para que pudiera cambiarse. Él le extendió su brazo y ella lo tomó, completamente concentrada en subir el video a Internet para que su hermano pudiera verlo.

Wesley la acompañó a la sala de prensa donde sonrió, respondió a la misma pregunta cincuenta veces y posó para las fotos. La atención y la emoción de los blogueros y reporteros hicieron que su cabeza diera vueltas, pero después de quince minutos sintió que estaba a punto de estallar. Necesitaba un poco de paz y tranquilidad. Y nada de gente.

Wesley se puso de pie a un lado, respondió al puñado de preguntas que se le hicieron y observó todo el proceso, un ancla para ella cuando lo necesitaba desesperadamente. Wes era un caballero y un profesional. Él era hermoso y sexy y exitoso, y ella estaba agradecida de que él estuviera cuidando de ella.

Pero él no era Chance.

Esta noche era perfecta en todos los sentidos menos en uno... su corazón aún estaba roto. Extrañaba a Chance, ojalá la hubiera visto esta noche. Ojalá hubiera podido compartir esto con ella. Tenía tanta alegría burbujeando a través de ella, y nadie con quien compartirla.

Pero Chance no quería esta vida. Nada iba a cambiar eso. Eran dos personas fundamentalmente diferentes. Amantes traicioneros. Una tragedia épica, al nivel de Romeo y Julieta, no hechos el uno para el otro. Pero ella lo amaba de todos modos. Él fue quien la hizo lo suficientemente fuerte para seguir sus sueños. Él era la razón por la que ella había sido lo suficientemente fuerte como para dejarlo... y esa era parte de la razón por la que le dolía tanto.

—¡Erin! —La voz de Chance retumbó desde el pasillo, pero la música era tan fuerte que pensó que debía estar oyendo cosas. Genial. Ahora ella lo extrañaba tanto que estaba conjurando su voz.

—¡Erin!

Habría seguido caminando, pero Wesley se detuvo y regresó hacia el escenario. Curiosa, levantó la vista y juró que su corazón había dejado de

latir.

—¿Chance? ¿Qué estás haciendo aquí? —Verlo de nuevo le devolvió el dolor puro y se envolvió una mano alrededor del estómago en defensa propia. Chance se veía bien. Muy bien. Su cabello oscuro estaba ligeramente revuelto y sus ojos estaban brillantes y enfocados completamente en ella. Intenso. La forma en la que se veía cuando estaba enterrado dentro de ella y queriendo verla venirse. Su delgada camisa verde oscuro y sus pantalones eran casuales, pero abrazaban su pecho y sus muslos lo suficiente como para que ella tuviera hambre de tocarlos.

Chance miró a Wesley, que se encogió de hombros.

—Supongo que los dejaré solos.

Esperó con Chance en el pasillo trasero. El personal de seguridad y del recinto se apresuraba a subir y bajar por el pasillo mientras Wesley se alejaba, sin ser escuchado. Wesley dobló la esquina y Erin puso sus manos en sus caderas para no tocar a Chance.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella había usado el tiempo que Wesley le compró para tener su corazón bajo control. Chance ya la había dejado salir de su vida una vez, y ni siquiera había intentado mantenerla. Cerca perimetral blanca. Hijos perfectos. Cenas y perlas. Tuvo que recordar eso. Él no quería un estilo de vida nómada, tacones de aguja, pelucas locas y alas de ángel. Y ella aún respetaba su elección. Nada había cambiado.

—¿Podemos hablar?

—Estamos hablando ahora mismo. ¿Qué es lo que quieres?

Chance miró alrededor del pasillo e hizo un breve contacto visual con un gran guardia de seguridad a sólo unos pasos de distancia.

—Privacidad.

Ignorando la voz de la razón, Erin lo condujo a su camerino y le permitió entrar. Cuando la puerta se cerró, ella se volteó hacia él.

—¿Qué quieres, Chance?

—A ti.

Ella negó con la cabeza.

—No. —Él dio un paso adelante y ella levantó las manos para hacer que retrocediera—. Por favor no lo hagas. Ya hemos tenido esta conversación. No soy lo que quieres. Nunca podré ser lo que tú quieres.

Chance la hizo retroceder hasta la puerta y sus alas acolchonaron sus hombros mientras se acercaba.

—No tienes idea de lo que quiero, Erin Michaelson.

Sus alientos se mezclaron y el corazón de Erin se llenó de deseo. Esperanza. Amor. El amor era lo que más dolía.

—Entonces dime. —Ella sostuvo sus manos apretadas con los puños a los costados. Si ella lo tocaba, se perdería, le daría todo lo que él quisiera y le prometería cualquier cosa. Esa era la verdad con la que había vivido durante las últimas cuarenta y ocho horas, el hecho de que nunca lo superaría, nunca dejaría de amarlo. Nunca.

—Quiero que me perdones por ser un maldito egocéntrico. Pensé que tenía todo mi futuro planeado. Estaba tan enterrado en la rutina que no podía ver cómo salir de ella. —Se inclinó y la besó suavemente en la mejilla—. ¿Puedes perdonarme?

—No hay nada que perdonar, Chance. Quieres una vida normal. Una familia normal. Lo entiendo. No tienes que disculparte. —Ella cerró los ojos para que él no viera su dolor—. ¿Puedes dejarme ir ahora, por favor?

—No, Erin. No puedo. No puedo. Ese es el problema. Renuncié a mi trabajo hoy y volé mil millas para poder besarte.

—Estás loco. —Ella mantuvo los ojos cerrados, pero lo sintió acercarse. Su pecho aplastó sus senos y sus labios rozaron los de ella. ¿Era verdad? ¿Había abandonado su nueva sociedad en el bufete de abogados? ¿Un trabajo tranquilo y bien pagado y todos los futuros premios y ascensos?

—Pero no puedo besarte todavía. ¿Sabes por qué?

—No. ¿Por qué? —Oh, ella era tan estúpida, pero quería saberlo, y quería su beso sin importar cuánto le doliera cuando la dejara otra vez.

—Porque un beso nunca sería suficiente, Erin. Necesito más.

Su cuerpo le gritó que tomara lo que quisiera, pero su corazón se había enroscado en un revoltijo tembloroso detrás de su caja torácica. Cuando ella permaneció en silencio, él volvió a frotar sus labios sobre los de ella antes de seguir los besos a lo largo de su mandíbula.

—¿No quieres saber cuántos besos necesito?

—¿Sabes el número?

—Sí.

Eso la hizo preguntárselo a sí misma, en contra de su buen juicio. La curiosidad mató al gato...

—Vale. ¿Cuántos?

Se inclinó y apretó sus antebrazos contra la puerta a cada lado de su cabeza, enjaulándola con la calidez de su cuerpo. Ella lo sintió moverse y no pudo resistir el impulso de abrir los ojos. Ella tenía que verlo, tenía que mirarlo a los ojos.

—Bueno, como yo lo veo... —Chance la miró fijamente, con su mirada entrelazada con la de ella—. Necesitaré al menos un beso, cada día, por el resto de mi vida.

¿Todos los días? ¿Qué? ¿Estaba oyendo cosas? ¿Estaba su loco cerebro retorciendo sus palabras? ¿Estaba alucinando? No se atrevió a responder, porque si ese momento no era real, no quería despertar. Quería saborear este momento, este momento perfecto y sexy, antes de que la realidad cayera sobre ella. Porque la fría y dura verdad siempre la encontraba. Siempre.

—¿Erin? ¿Me escuchaste? Te amo. Di algo.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué? —Los ojos de Chance se tornaron oscuros y duros, adoloridos. Él mantuvo su mirada mientras sus palabras desnudaban su alma para una larga inspección—. Dime por qué. Te tengo a ti. No voy a ir a ninguna parte. Háblame.

El calor de su cuerpo la calentó, la hizo sentir atesorada y amada. Deseada. Adorada. Su mirada se fijó en la de ella con absoluta atención y la

hizo esperar que lo que decía fuera en serio. Ella era la que debía elegir ahora: arriesgar la verdad, o encerrarlo y alejarse.

La verdad. Siempre la verdad.

—Soy un desastre, Chance. No quieres estar con una chica como yo.

—Te equivocas. Eso es todo lo que quiero.

—Ni siquiera me conoces. —Él volvió a abrir la boca para protestar, pero ella levantó la cabeza y le plantó un beso rápido en los labios para callarlo—. Soy una alcohólica. Estuve en rehabilitación a los diecinueve.

—Eso ya lo sabía. Y eso prueba que eres fuerte, Erin, no débil.

—Mi hermano es un desastre, pero es todo lo que me queda de mi familia. Lo amo y nunca me rendiré con él, no importa lo mal que se ponga. Nunca.

—Lo sé y lo entiendo. Siento lo mismo por mis hermanos.

—Chance, no sé cómo ser normal, y tú quieres normalidad, una cerca blanca y dos niños y un perro. —Una lágrima se deslizó de su ojo y él la besó—. Necesitas una esposa normal que sepa cocinar estofados y galletas. No puedo hacer nada de eso.

—A la mierda con lo normal. No hay normalidad, Erin. Esa es la gran mentira. Todo el mundo está lidiando con algo. Todo el mundo. No quiero normal. Te deseo.

—Pero... —Ella trató de reunir sus pensamientos para su siguiente argumento, pero él bajó su mano desde donde la había estado sosteniendo apretada contra la puerta y usó ese fuerte agarre para masajear su hombro desnudo, y el suave toque la hizo arder.

—Silencio. Yo tampoco soy normal. Estoy tan mal como tú. —Su mano se movió para tocarle la mejilla y ella se apoyó en su tacto mientras él continuaba—. No soy un ángel, Erin. Te lo dije, mis padres biológicos eran drogadictos que compraban drogas antes de comprar comida. Afortunadamente, tenía una abuela que me amaba, pero murió y no salí de esa casa hasta los siete años.

—Lo siento. —Ella desplegab un dedo rígido a la vez antes de levantarle las manos a los costados. El calor del cuerpo de Chance se infiltró en su sistema a través de las palmas de sus manos y ella tomó su el suéter con ambas

manos para mantenerlo cerca.

—No lo sientas, nena. Pero tampoco te escondas de mí. No soy ningún caballero blanco. —La besó suavemente, sus cálidos labios apretados contra los de ella en una caricia tan llena de amor que Erin sintió que su corazón iba a explotar—. Soy oscuro y sucio y he caminado por el infierno, igual que tú. No tengo miedo de tu pasado, y no te juzgo por sobrevivir a él. Resolveremos esto juntos, ¿de acuerdo? Un día a la vez. Quiero estar contigo, Erin, si me dejas.

—¿Realmente renunciaste a tu trabajo? —La pregunta le sonó sin aliento, estaba a punto de correr el mayor riesgo de su vida. Ella lo amaba con todas las células de su cuerpo, pero tenía que estar segura. Si ella saltaba y él no la atrapaba, la aplastaría y ella nunca sería capaz de escribir suficientes canciones para curar la herida.

—Sí. Esta es la era de Internet. Trabajaré sobre la marcha. Puedo ir a donde quiera, hacer lo que quiera. Y quiero estar contigo. Aquí. Nueva York. Londres. La maldita Antártida. No me importa a dónde vayamos, pero no puedo perderte.

—¿Pero qué hay de tu vida perfectamente planeada?

—No quiero una vida sin ti. —Él la miró fijamente, pero el fuego había abandonado sus ojos y había sido reemplazado por una ternura que nunca antes había visto—. Somos jóvenes. Tal vez, algún día decidamos ir más despacio y formar una familia. Tal vez no. Tal vez estemos sentados en París cuando tengamos 50 años comiendo chocolate y pidiendo servicio a la habitación. No me importa a dónde vayamos. Sólo déjame ir contigo. Te amo.

—¿Me amas?

—Tanto que duele.

A Erin le dolía cada célula de su cuerpo, físicamente le dolía sentirlo cerca de ella.

—Tengo otro concierto mañana por la noche. Aquí. En dos semanas nos vamos de gira con la banda, abriendo para ellos en todo el mundo. Viajaré durante meses, con la vida en una maleta, en una ciudad nueva casi todas las noches. —Ella levantó su mirada a la de él—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Qué vas a hacer? Eres un adicto al trabajo, Chance. Te volverás

loco. Y entonces me odiarás.

—No. Trabajaré en línea. Ya hablé con los socios y acordaron mantenerme como consultor. Créeme, tendré más trabajo del que puedo hacer. No te preocupes por mí. Tú haz lo tuyo, yo haré lo mío, y cuando terminemos cada día, pediremos servicio a la habitación y nos desnudaremos.

Ella lo estudió. Lo decía en serio. Y tenía sentido.

—Gracias a Dios por el Internet. —Ella le sonrió, y dejó de tratar de mantener su corazón fuera de sus ojos. Tiró las paredes que había construido hace muchos años. Sólo para él—. Pongo mi corazón en tus manos, Chance. Será mejor que te ocupes de ello.

—¿Eso es un sí?

—Sí. A todo. Te amo.

Chance se estremeció y dejó caer sus labios, casi tocando los de ella.

—Ya era hora, mujer. Me estabas poniendo nervioso.

—Cállate y bésame.

Él hizo precisamente eso, tomando lo que ella le ofreció con un hambre que la dejó sin aliento. Tiró de la cinta que sujetaba su blusa hasta que el corsé blanco se partió lo suficiente como para darle acceso a todas sus curvas y valles. Decidió recorrerla una vez más, besó y chupo su cuello y sus pechos hasta que ella inclinó su cabeza hacia atrás y gimió.

Con los dedos enterrados en su cabello, ella lo dejó hacer lo que quisiera, cedió a sus demandas sexuales.

Él subió su falda blanca minúscula hasta su cintura e hizo su ropa interior delgada de encaje a un lado para estimularla con su boca y lengua. Chance se arrodilló frente a la puerta del camerino, puso su boca sobre ella y la devoró como un hombre hambriento, como si nunca se cansara de su sabor.

El asalto a su clítoris hizo que sus rodillas se debilitaran, pero él la mantuvo firme con una mano en su cadera. Con la otra, metió dos dedos dentro de su húmedo calor. En pocos segundos ella explotó, pero él no cedió, la estimuló hasta hacerla perderse entre gemidos.

Esta vez sus rodillas se rindieron, pero él la atrapó con una risita

masculina extremadamente satisfecha y besó el camino de regreso a su cuerpo para reclamar su boca.

El sabor de su deseo en su lengua la ponía increíblemente caliente. Ella le empujó el pecho.

—Quiero montar tu polla, Chance. Con mis alas puestas.

La imagen lo golpeó y ella vio que sus ojos se le aflojaban.

—Eres tan sexy, mujer, me vas a matar.

—Confía en mí, será una buena muerte. —Ella lo siguió hasta el piso mientras él se acostaba de espaldas, y lo ayudó a quitarse los pantalones. Él tomó un condón del bolsillo y se lo enrolló mientras ella se quitaba su tanga. Cuando ella lo tuvo gloriosamente desnudo debajo de ella, se bajó sobre su grueso miembro y echó su cabeza hacia atrás mientras él estiraba y llenaba su cuerpo, su alma, su vida. Inclinando sus caderas para obtener un mejor ángulo, ella no se detuvo hasta sentirlo muy dentro de ella, hasta lo más profundo que pudo llegar.

Con sus alas detrás de ella, se sintió como una diosa antigua y todopoderosa cuando Chance clavó sus dedos en sus caderas para acercarla. Su cara estaba sonrojada y la tensión se evidenció en su boca mientras trataba de mantener el control.

—Ahora eres mío, Chance. Para siempre. —La verdad. Y ella era de él.

—Para siempre.

Él tomó su cabeza y la besó hasta que ella no tuvo más palabras en su mente, sólo placer y amor, y a Chance quemándola de adentro hacia afuera.

## EPÍLOGO

**S** *eis meses después*

CHANCE AJUSTÓ la correa de la guitarra sobre su hombro izquierdo, tocó las cuerdas para asegurarse de que su bajo siguiera afinado y sopló una bocanada de aire nervioso más allá de sus labios. Erin había rociado rayas rojas y negras en su cabello y lo había peinado con un estilo salvaje, parecido a un puercoespín sobre de su cabeza. Llevaba pantalones ajustados de cuero negro y un chaleco negro que parecía salido directamente de un artículo de una revista de rock and roll de dos décadas atrás.

Erin había estado fuera de sí hace dos días cuando se lo había probado todo por primera vez. Ella dijo que parecía retro.

Después, sus ojos habían conseguido esa mirada que hacía que su polla se endureciera en cinco segundos, y pasaron el resto de la tarde teniendo sexo caliente y sudoroso.

Estaba tan jodidamente enamorado de esa mujer, que a veces era casi insoportable. Le dolía sólo mirarla.

Pero amaba mirarla. No podía dejar de mirarla. Incluso ahora, cuando estaba a punto de avergonzarse en el escenario frente a miles de personas. Ella estaba ahí afuera con su banda, haciendo lo suyo mientras él esperaba al lado derecho del escenario. Él era el siguiente.

«Ser una estrella de rock» estaba a punto de ser borrado de su lista.

La risa escandalosa de Jake lo golpeó primero, lo cual lo hizo avergonzarse. Genial. Sus hermanos debían haber revisado su correo electrónico. Erin había arreglado que todos ellos estuvieran ahí para presenciar esta humillación épica.

«Aquí vamos», pensó Chance. Se dio la vuelta, y por supuesto, sus tres hermanos estaban justo detrás de él.

—Mierda, hermano. ¿Qué te hizo, te inyectó la vibra de los 80? —Los ojos de Jake se iluminaron de risa.

Chance le devolvió la sonrisa. No pudo evitarlo. Estaba demasiado feliz.

—Cállate, imbécil.

Derek sonrió y caminó lentamente a su alrededor.

—Lindo trasero, pero creo que el calcetín en tus pantalones es falsa publicidad.

Antes de que Chance pudiera responder, Mitchell se acercó y levantó su mano para tocar los picos en la cabeza de Chance con la palma de su mano. Chance tuvo que esquivar la tentativa de su hermano.

—No me toques el cabello.

Todos sus hermanos rieron y Chance se echó a reír con ellos. Se alegraba de que estuvieran aquí. No había estado en casa en meses; había estado de gira con Erin, cuya carrera estaba despegando. Había llegado a un par de listas de éxitos y uno de sus videos estaba subiendo hacia el millón de visitas.

Oyó que su canción empezaba a desvanecerse y supo que ya casi era hora.

—Salgo en un minuto. —Miró a cada uno de sus hermanos con una apreciación nueva y más profunda—. Me alegro de que estén aquí.

—Nosotros también. —Mitchell le golpeó el hombro mientras Jake y Derek murmuraban.

Jake despejó su garganta.

—Entonces, ¿esto estaba realmente en tu lista?

—¿Ser una estrella de rock? Mierda, sí. ¿Qué escribiste? ¿Unirte al circo?

—No. —Jake se sonrojó y sus tres hermanos olieron sangre, pero Mitchell

lo perdonó.

—Entonces, ¿quieres ser una estrella de rock? —Mitchell llevaba una chaqueta y tenía un par de gafas de sol muy caras encima de la cabeza. Incluso estaba un poco bronceado.

—No. Erin tiene eso cubierto. Esto es sólo una vez. Sólo necesito tachar esto de la lista, para mamá. —Chance rio y echó otro vistazo a la guitarra y al atuendo loco que llevaba puesto—. Supongo que era un loco hijo de puta de diez años que sólo quería chicas guapas.

—Bueno, tienes eso cubierto. —La atención de Derek estaba en la sección del escenario visible desde donde todos estaban. Erin, vestida toda de rojo esta noche, estaba ahí fuera dando una actuación increíble. Chance no podía evitar el sentimiento de satisfacción total y completa que lo llenaba. Ella era suya. Esa diosa en el escenario volvía a casa con él cada maldita noche.

—Sí. Tengo a una mujer sexy conmigo.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó Jake.

—Quiere casarse en Navidad. La contrataron para un espectáculo en Las Vegas. Más vale que estén ahí, cabrones.—Poco más de tres meses, y ella sería oficialmente suya para siempre. Y no le importaba si era Elvis quien los casaba, siempre y cuando fuera suya.

—Como si fuéramos a dejar que Elvis te case sin testigos. —Derek movió su chaqueta de cuero sobre sus hombros con una sonrisa.

Mitchell despejó su garganta.

—A mamá le habría encantado.

Los cuatro se quedaron en silencio durante unos segundos y Chance aceptó el momento de compartir el dolor. A su mamá le habría encantado Erin, le habría encantado preocuparse por su hermosa novia, comprar flores, comprar vestidos y probar el pastel. Toda esa locura femenina habría hecho a su madre más que feliz.

—Mamá estará mirando. —Jake se volvió para mirar a Erin. Esta vez, Jake parecía un chico de ciudad, sin su sombrero de vaquero y sus botas.

—Al carajo con eso. Probablemente te esté mirando ahora mismo, preguntándose qué carajo le pasó a su cuarto hijo favorito. —Derek lo golpeó

en la espalda y Chance se echó a reír.

El momento fue interrumpido por la voz seductora de Erin mientras contaba la historia de la promesa de un niño de diez años a una madre muy especial.

Cuando Chance subió al escenario, la multitud gritó. Erin sonrió, con tanto amor en sus ojos que todo su cuerpo brillaba. Los gritos de aprobación de sus hermanos desafiaron las probabilidades y llegaron a sus oídos por encima del estruendo.

Cuatro acordes. Ritmo constante. Él podría hacer esto. Había estado practicando durante tres meses.

Asintió hacia el baterista y el bajista *de verdad*, que había aceptado hacer esta loca hazaña con una sonrisa.

Erin le sonrió desde su lugar y contó en reversa.

Chance golpeó su primer acorde y lo dejó irse completamente. Tocó, hizo caras, sacó la lengua a la multitud, movió las caderas sólo para escuchar los gritos de las niñas y juró que podía oír la risa de su madre.

Tocaba, y amaba más a Erin con cada maldita nota.

LIBROS POR AMANDA ADAMS

*Los hermanos Walker*

El Soltero

El Vaquero

## BIOGRAFÍA

¡Suscríbete a la lista de lectores vip de Amanda!

<http://bit.ly/AmandaNews>

Amanda Adams escribe historias súper sexis de romance *new adult* (ficción para nuevos adultos) y contemporáneo. Es una autora a tiempo completo que pasa sus días tratando de caminar más y escribir menos.

Si come una ensalada en el almuerzo, se asegura de recompensarse luego con un chocolate (lo que cualquier mujer sensata haría). Amanda cree en el amor verdadero, en el amor a primera vista y en cualquier otro cliché que exista.

[www.amandaadamsauthor.com](http://www.amandaadamsauthor.com)

LIBROS POR AMANDA ADAMS (ENGLISH)

***The Walker Brothers Series***

Crash and Burn

Alone With You

Up All Night

Make Me Forget

***The Magical Matchmaker Series***

Stealing Christmas

Billionaire's Obsession (TBA)

***Romantic Suspense***

While You Were Dead (with CJ Snyder)

Dead Reckoning (with CJ Snyder)

Maverick (with CJ Snyder)